

LA CARGA MAS PESADA

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N. 196
Botin gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.
$ 14.90

MODELO N. 194
Botin gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.
$ 14.90





MODELO N. 244
En cabritilla charolada, negra, marrón, gris, beige. En piel de seda marrón y blanca. En gamuza negra, marrón gris blanca, verde, y azul. En tela metálica plateada lisa.
$ 14.90

MODELO N. 290
En cabritilla charolada, negra, marrón, sangre y beige. En gamuza negra, marrón y blanca. En piel de seda negra, marrón y marrón floreada. En piel de seda azul floreada y tela metálica lisa plateada.
$ 14.90





MODELO N. 230
En cabritilla negra charolada o marrón. En gamuza negra o marrón.
$ 14.90

MODELO N. 231
En cabritilla negra o marrón. En gamuza negra.
$14.90





MODELO N. 232
En cabritilla negra o marrón. En gamuza negra.
$ 14.90

MODELO N. 229
En cabritilla charolada marrón o negra. En gamuza negra.
$ 14.90



Botines y zapatos para varón, en todos los cueros, números 26 al 37, a $ **8.—**



RUTA DE ESPAÑA

ELOGIO DE PORTUGAL

NADA más parecido a una estupenda historia de las *Mil y una noches* que la historia de Portugal. Esto, en su conjunto. Por otra parte, abunda en relatos que pudo contar Schahrazada. Pensad, por ejemplo, en los hechos de Giraldo, el guerrero sin miedo. Pensad en don Gonzalo el Lidiador que a los noventa y cinco años muere en la batalla, peleando con tal denuedo, que mata, con su último aliento, al espantable moro Almoleimar. Pensad en las cien hazañas de Fuas Roupinho... A la verdad, no se comprende por qué no ofrece la literatura anónima del Portugal extraordinarias canciones de gesta, siendo lo que fué su epopeya.

En substancia el tema épico es siempre el mismo. Este que era un rey moro y este que era un caballero cristiano.

La Clío de estas historias se complace en ser perfectamente simple e injusta. El moro encarna todo el mal; el caballero cristiano, todo el bien.

Y si acaso aquél muestra coraje no parece sino para que más resalte el de su vencedor.

Segurísimo. El siglo XII es la centuria de la audacia y la bravura en la tierra. El poema épico surge completo de los hechos. Sólo falta el poeta que lo recoja, el juglar que lo cante. ¿O qué más se quiere que este nombrado y viejo Lidiador? Calíope sólo pide hechos tales y palabras como las que aquellos guerreros se cambiaban en la pelea.

Fabulosos ejemplos de proezas y de fiera lealtad componen la historia de los capitanes lusitanos. De otra parte, infantas y aun reinas suyas fueron y son veneradas como santas. Véase ahí otro elemento de poesía.

Pero el particular coraje portugués consistió, de veras, en ser un pueblo de razón y en atenerse a la experiencia, cuando toda Europa vivía en las brumas de la imaginación, de los supuestos de la fama y de las no contadas mentiras del tiempo. El promontorio de Sagres constituye un verdadero faro en la noche del mundo. Por iniciativa del infante don Henrique se estudiaba allí ciencias matemáticas y cosmográficas para auxilio del arte náutico.

Y bien se sabe que hasta el siglo XV se prolongó la leyenda del mar tenebroso. Así que nacía un deseo de navegaciones se espesaba a cerrar el horizonte la niebla de este leyenda. De Flandes, de Alemania, de más lejos, venía gente de falaz autoridad a referir en Lisboa aterrorizantes fábulas. Otras veces partían de Lisboa las narraciones. Una hubo que se formó en Bohemia y heló en más de una velada el entusiasmo de los corazones. En ésta desparramaba terrores la historia de cierto rey portugués (un rey fabuloso), al que se le atribuía haber enviado tres navíos a explorar el negro océano del Sur. Todos sabían que los tripulantes del único navío que volvió, al cabo de tristes meses, tornaron blancos de canas, «como árboles cargados de nieve», siendo la mayor tragedia de esta

mísera gente que nadie los reconociera más. Tan distintos los había dejado el diabólico hechizo de una isla prohibida a la que por su mal arribaron.

Hacia el Sur se levantaba, pues, lo infranqueable. El cabo Bojador era el supremo límite. ¿Quién lo traspuso? El viento que realmente empujó las velas de Gil Eanes fué la palabra del infante don Henrique.

¡Qué cuento prodigioso! El límite fué franqueado; el mar tenebroso, rendido; la mentira, desafiada y vencida. El hombre se levantó poderoso, la espada en la mano, a desbaratar fantasmas. En la ráfaga que inflaba las velas de los primeros navegantes respiraba el progreso del mundo. En el buque de Vasco da Gama navegaba todo su siglo a la vez.

Parecía cosa de sueño. Cuando el rey de Portugal envió en 1513 magníficos presentes al Papa León X («las cosas más ricas que nunca se vieran», incluso un elefante) los embajadores portugueses que hacían camino a Roma, entre multitudes absortas, personificaban el heroísmo y el milagro. ¡Qué síntesis histórica nueva y concreta, capaz de transformar el sentido de los tiempos, esa del enorme elefante de la India montado y dirigido por un marino de Portugal!

¡Y bien que se transformó el planeta! Marino — gracias al genio ibérico — significó, de hecho, señor y príncipe. El marino se alza a proa en la nao, como un efectivo dios del mar. El mar (hay que creerles a los mapas antiguos) se revolvía poblado de seres fantásticos. De esta suerte, lo que hasta entonces había sido oficio fué elevado a dignidad.

Con soberbo e altivo coraçao...
Vedes o vosso mar cortando vao
mais do que fez a gente alta de Roma.

¡Y tan cierto! Hacia la segunda mitad del siglo XVI llegaba el portugués a la península de Macao, allá por unas casi ilusorias comarcas de la China.

Fué el siglo de la riqueza y también el de la corrupción. Se cubría de barcos el Tajo; de barcos de todos los mares. Resonaban nunca oídos idiomas. Indias del Oriente e Indias de Occidente volcaban sus mercancías y productos aquí. Pero, paralelamente, languidecía la agricultura, morían las industrias, y la realidad echaba su peso grande sobre las frágiles construcciones de una afiebrada gloria.

Y un día, por la fuerza de este peso burdo, sobrevino el colapso. Aquel pueblo de capitanes fué pronto sometido por el español. Pero, ¿cómo? Nadie piensa en la rebelión. Los Felipes imperan en Portugal tan aceptadamente como en el resto de la península. A lo sumo, la gente se cuchichea alguna increíble conseja. Corre así la profecía del Encubierto. Se estima que acaso D. Sebastián, aquel fatídico monarca de quien nada se supo en el desastre de Alcázarquivir, vendrá mañana, encubierto, a libertar a los hombres de Camoens. No se concibe más completa prueba del acabamiento y muerte de una nación. El que pone su esperanza en un fantasma es que no tiene ninguna.

Mas para contraprueba de su prodigioso ser, el Portugal resucita. El siglo XVIII ve como los otros cosas de portento. Las obras del templo de Mafra, que llevaron tanto tiempo y exigieron tan crecida suma de hombres, parecen viviente página del libro de los *Reyes* o de las *Crónicas*. Lo que allí pasa es Salomónico. Y si algún signo le faltaba a este enorme y predestinado Portugal para que mostrase todas las señales de los pueblos prometeanos, túvolas espantosas en el terremoto de Lisboa. El portugués fué puesto frente a frente de la Maldición. Cuantos horrores de catástrofe son conocidos, allí se concitan: en la tierra que se abre, en el mar que se enfurece, en el incendio que devora, en el merodeador que roba y mata. Apenas se comprende de dónde saca fuerzas este pueblo para pelear a lo largo del siglo XIX y en lo que corre de éste, por el liberalismo, por la república, por una justicia mejor. ¿Y sus recientísimas glorias literarias? ¿Y Eça de Queiroz? ¿Y Guerra Junqueiro? ¿Y toda la pléyade?

Afortunadamente, las hazañas de los lusiadas tuvieron su cantor. Los dioses del Olimpo, si ha de creérsele al poema (¡y bien cierto que le creeremos!) resucitan para esta gente. Por última vez rigen el mundo y celebran asamblea los númenes griegos que estaban callados — y yertos — desde los tiempos de Virgilio.

Parece apenas lo justo que Venus inste al padre de los dioses por la suerte de tan sublimes amigos del mar, de tan temerarios valientes. Debe considerarse que la cosmografía, que toda la cosmografía de Sagres, era tan sólo una armazón de inseguras hipótesis, y que mucho más pesaba y decidía, incluso en la mente de los sabios, el poder de la imaginación. ¡Allá era poco, buscar la cuna de la aurora y querer andar por sus caminos de fuego! Pero los dioses renacen para ayudar a los héroes.

Fué lo estupendo. Un tal deseo de Oriente se apoderó de todos los corazones, que una nueva luz se levantó finalmente del seno de los mares cerúleos.

....

¿Y ahora? En esta plácida Lisboa que contemplo, se siente un alma melancólica. En esta gente que aquí circula nótase una lentitud demasiado parecida a la pereza. La lentitud: esto es lo que luego reconoce el viajero. Las palabras, los ademanes, los gestos, las miradas, los deseos mismos, están sumidos en la tardanza. Perdura en los ojos del portugués tanta sombra de pasadas y remotas visiones, que da la impresión todavía de estar extático, mirándolas; atento a lo que fué; sin saber gran cosa de lo que es y será.

Lentitud... Las horas transcurren como si se arrastraran, siempre lerdas. La tarde no acaba de caer. Las mozas con el cántaro al hombro llegan a las fuentes públicas a coger un agua soñolienta y cansada.

Conscientes de la fugacidad de la gloria y de la poca paga de las acciones sobrehumanas, estos portugueses que amaron como nadie el océano, casi no navegan hoy. Que el Brasil surque los mares, si quiere; ese Brasil que de día en día se les aparta más; tanto, que quizás muy pronto hablará otra lengua que la de Camoens, para que Portugal no ignore tampoco este dolor del espíritu.

En medio de la lerda Lisboa, los que con mayor demora discurren — a pausados pasos, con reposado hablar — son los estudiantes. Envueltos en sus ligeras capas de verano, o echada con negligencia al brazo, van y vienen, a testa descubierta, alineados por las anchas aceras del Rocío, sin ninguna inquietud, con no se sabe qué aire de novicios en descanso y esparcimiento de quiete.

Bien; ¿y mañana?... Mañana y siempre se resumirá la historia entera de Portugal en esta fábula extraña: Estos que fueron los lusitanos. Los cuales se enamoraron de la aurora y se fueron por lo hondo del Oriente a buscarla. Cuando ya la asían viéronla — gris espectro — perderse entre las nieblas de una mañana marina, solitaria y engañosa.

ARTURO CAPDEVILA

EL ÍDOLO DE ÉBANO

TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

El *Jolo* navegaba placenteramente rumbo al Este al crepúsculo ya bajo en el firmamento, dejando Singapore atrás como una sombra indefinida. Bajo el fresco toldo de la cubierta de primera clase tres personas consumían una misteriosa bebida colorada absorbiéndola por medio de pajas; una joven morena de pelo rizado y fresco cutis, un hombre bajo de cuerpo y de pelo ya gris, embebecido en la contemplación del panorama visto a través de unas gafas montadas en plata, y un arrogante gigante de espesa barba perteneciente a una raza difícil de difinir.

En uno de los rincones había una cuarta persona, un joven vestido de blanco con zapatos de color y suelas de goma, que leía un diario, recostado en un cómodo sillón. El diario le cubría la parte superior del cuerpo, y Paulina Ennever se había impuesto la seguridad de que el desconocido tenía delicadas y elegantes manos.

Margensen había estado hablando con ese acento dulce y fascinador que es peculiar de los extranjeros de refinada educación.

— Parece casi imposible — comentaba James Ennever. — ¿Quiere usted decir seriamente que los nativos en realidad creen en esta clase de cosas?

El otro colocó los codos sobre la mesa.

— La superstición juega un papel muy importante en la vida de la gente primitiva. Nosotros, también, aun cuando nos consideramos ilustrados, la favorecemos en una forma o la otra. A nadie le gusta volcar la sal o pasar bajo una escalera.

Paulina volvió bruscamente la cara después de descifrar a través del diario la fisonomía del desconocido.

— Yo no soy supersticiosa — declaró desafiando.

— ¿Está segura?

— ¡Oh, ya lo creo! No me gusta volcar la sal porque es desperdiciarla, ni pasar bajo una escalera por temor a la pintura.

Margensen sonrió, y después de una corta pausa le dijo:

— En ese caso sería usted una mujer excepcional.

— Así es — dijo el padre. — Aun no he podido descubrir cosa alguna que pudiera realmente atemorizarla.

Margensen sacó un cigarro del bolsillo del chaleco y empezó a darle vuelta entre los dedos.

— Es una cuestión de tradición en la familia — continuó Ennever. — Aunque en el caso de ella creo que mayormente se debe a la forma en que ha sido criada. Fué enseñada a montar a caballo casi tan pronto como supo andar. Nunca la amedrentamos con los duendes, y desde un principio la acostumbramos a dormir sin luz. Nunca se le mencionó la existencia de fenómenos sobrenaturales hasta que creció lo bastante para darse ella misma cuenta de que no existían tales cosas.

Margensen abrió los ojos desmesuradamente, y por primera vez notó Paulina que el blanco de las órbitas estaba descolorido como las teclas de un piano viejo.

— ¿Pero existen?

La repuesta fué una convulsiva carcajada.

— ¿Cree usted en fantasmas, señor Margensen?

Este tiró el fósforo sobre cubierta y lo aplastó con el talón.

— No me parece que creía en ninguna de esas cosas... hasta hace poco. Vivo en Borneo; no en alguna de las lindas respetables ciudades de la costa que usted tal vez conocerá; sino en el interior, donde los medios de existencia se reducen al menor y común múltiplo. Hay gente muy rara allí, con toda clase de credos; hay rastros también de viejas y olvidadas creencias cuyo exacto significado se ha perdido en la bruma del pasado, imágenes... algunas rudamente trabajadas, otras maravillosamente terminadas, las que en muchos casos parecen ejercer una rara y maligna influencia: — se puso el cigarro entre los dientes y recostó la cabeza contra el espaldar del sillón. — ¡Quién sabe si a ustedes les gustaría oir la historia del dios de Ebano! Puede ser que los convenciera.

— No lo creo — dijo Paulina. — Pero de todos modos, me gustaría oir esa historia.

El del diario estiró los brazos y bostezó.

— Como a un par de millas hacia el Este del límite de mi propiedad — dijo Margensen — la región empieza a hacerse más montañosa; el bosque desaparece y se entra en una vasta llanura cubierta con un exuberante musgo. Hay de vez en cuando grupos de palmas, gomeros, árboles del alcanfor y algunos chocerios esparcidos, donde tribus Kenejah, encuentran el modo de vivir. Debe hacer casi tres años desde que por primera vez tropecé con el dios de Ebano, en la misma llanura de que les estoy hablando.

Yo iba en busca de minerales con un grupo de cargadores y un dinamarqués, llamado Mierhoven. Bajábamos por un pronunciado declive, cuando noté que nuestros hombres se desviaban hacia la izquierda no obstante que el terreno frente a nosotros era el más a propósito para cruzar. Les grité, sin resultado alguno, y, de pronto, Mierhoven, que

caminaba enfrente, cayó en una hondonada natural del terreno que estaba oculta por espinas entrelazadas y cubiertas con el extraordinario musgo. Saltó cubierto de arañazos y empezó a gritarme para que fuera adonde él estaba. Lo encontré arrancando el musgo a brazadas con el entusiasmo de un «terrier» en busca de una rata. Media hora después habíamos despejado el lugar casi por completo y nos sentamos en el borde de la hondonada mirando a la grotesca figura del ídolo, que descansaba sobre una losa de piedra. Parecía haber sido tallado en ébano; le faltaba la punta de la nariz y las de las dos orejas, y la expresión que aun conservo en mi memoria era netamente desagradable. Los ojos eran piedras, que Mierhoven creyó serían brillantes, pero que fácilmente podían haber sido de vidrio, y alrededor de cada ojo tenía pintado un círculo amarillo. La boca había sido vaciada en forma del número ocho, en la que se veían algunos pequeños dientes de marfil.

—¿De qué tamaño era? — preguntó Paulina, con evidente excitación.

Margensen echó la cabeza a un lado.

— Aproximadamente de un pie de altura. Los brazos los tenía levantados a los costados y le faltaban las dos manos a la altura de las muñecas.

El ruido que el desconocido hizo con el diario, desvió la atención de Paulina.

— Usted se ha olvidado de los agujeros — interrumpió bruscamente.

Margensen volvió la cara. Miró por un momento al otro, quien le devolvió la mirada con interés.

— No lo comprendo.

— ¿No? Posiblemente usted no examinó las cosas con bastante cuidado. Había dos agujeritos perforados en el centro de cada muñeca como si las manos hubieran estado aseguradas por espigas de metal.

Margensen encogió los hombros.

— Probablemente usted tiene razón. Yo no recuerdo. De todos modos, la cuestión de que hubiera o no esos agujeros no es de gran importancia.

— Usted me disculpará si lo contradigo. En mi opinión, eso constituye el punto más importante del asunto.

Volvió a cubrirse de nuevo con el diario, y Margensen, quien se había medio levantado de la silla, se dejó caer pesadamente.

— Continúe, Margensen — intimó James Ennever, dirigiendo una furtiva mirada al de los zapatos de suela de goma.

Margensen giró sobre la silla hasta quedar de espaldas al desconocido que lo había interrumpido, y pasándose una mano por la barba continuó:

—Bueno, Mierhoven quería llevarse el ídolo negro. Pensaba volver a Rotterdam en la primavera, y dijo que tenía un rinconcito para él en su estudio, como mandado hacer. Era verdaderamente una lástima que lo que debía ser una obra de la desaparecida civilización, no pudiera continuar en su pagoda de musgo y espinas hasta el fin del mundo. Le dije esto, y casi nos peleamos. Acampamos al pie de la colina, y como a las cuatro de la mañana desperté, para encontrarme con la cama de Mierhoven vacía, no sé por qué circunstancias me imaginé que su desaparición tenía algo que ver con el ídolo de ébano, y poco después, con los primeros albores del día, me encontraba caminando en dirección de la hondonada dónde descansaba el ídolo.

— Se sentía un frío poco agradable; a menudo es así en esta región, en las primeras horas de la mañana. Me levanté el cuello de la chaquetilla y seguí adelante. El rocío me mojaba los pies, y más de una vez resbalé sobre el húmedo musgo. Habíamos cubierto la hondonada en la mejor forma que pudimos, pero fué fácil notar que alguien había estado allí. Me detuve en el borde, mirando a la imagen... y la maldita cosa clavó en mí sus ojos. Probablemente, la vida de la selva salvaje había afectado mis nervios como sucede en la generalidad de los casos, pero podría jurar que los ojos de la maldita esfinge estaban fijos en mí con la mayor insistencia. Parecían lanzar sobre mí dos rayos de oculta sabiduría... y sentí deseos de golpearme por mi supersticiosa idiotez. Enseguida llamé a Mierhoven con toda la fuerza de mi voz, y el eco volvió a mí burlonamente a través de la niebla. Y fué entonces cuando noté, a escasamente media docena de pasos de mí, un bulto algo raro que no había visto antes. Antes de haberme acercado a él, vi el casco de mi amigo... ¡estaba muerto! La expresión de su cara era tal... que al recordarla me horroriza.

— ¡Raro! — murmuró Ennever.

— Era horrible. Cuando me repuse de la sorpresa traté de levantarlo. Según pude ver, su cuerpo no tenía una marca que diera indicio alguno.

— Picadura de víbora — insinuó el del diario.

Margensen se mordió el labio.

— No pude conseguir que uno de mis hombres se arrimara al lugar — continuó, sin hacer caso de la observación. — Yo solo tuve que llevarlo hasta el campamento y con mis propias manos darle la sepultura más decente que me fué posible, pues mis hombres rehusaron darme ayuda en lo que se relacionara con el maldito dios de Ebano. En la tarde volví con un hacha dispuesto a hacer pedazos el ídolo para que no pudiera hacer más daño. Me planté firmemente frente a él y medí la dirección del golpe. Mirando desde cierta distancia parecería una cosa muy fácil de hacer, pero el caso fué que el hacha resbaló sobre la dura madera yendo a romper una punta del pedestal de piedra...

— El hacha se separó del cabo, y cuando me agaché para levantarla me encontré enterrado hasta los tobillos entre blanquecinos huesos humanos. Un inexplicable terror se apoderó de mí. No sé cómo conseguí subir el borde del pozo, pero desperté para encontrarme apilando las ramas y el musgo que habíamos cortado, en un estado casi de demencia. Desde entonces se han producido allí tres tragedias similares.

— ¿Gente blanca? — preguntó Ennever.

— Dos de ellos eran... y la tercera fué una mujer mestiza.

— ¿Y, sin embargo, a usted no le sucedió nada?

— Nada... excepto que tuve que bajar a la costa para tomar un descanso.

— Pero si ese ídolo fuera el causante de tantas muertes, ¿por qué no lo hacen desaparecer?

— Esa es precisamente la pregunta que a menudo me he hecho.

El joven del diario saltó de la silla y se dirigió resueltamente a los conversadores.

— Yo podría responder a esa pregunta con facilidad — dijo. — La política general de los poderes es evitar de ofender las susceptibilidades religiosas.

El desconocido metió las manos en los bolsillos y balanceó el cuerpo sobre las puntas de los pies.

— Eso sería lógico — continuó, — pero los centros oficiales no están satisfechos con la idea de que exista relación alguna entre esa religión y las tragedias. La opinión que prevalece es que las víc-

timas fueron asesinadas en alguna forma misteriosa, empleando el ídolo como una excusa.

Paulina le dirigió una peculiar sonrisa.

— Sacar al dios de Ebano de su pedestal significaría desaparecer la excusa.

— Posiblemente; pero significaría también perder la oportunidad de descubrir al asesino.

Margensen, incapaz de esconder su ira, se encaró con él.

— ¿Cómo sabe usted todo eso? Vamos a ver.

— Me temo que eso sea asunto mío — respondió, — y dirigiéndose a Ennever continuó. — Puede usted estar completamente seguro, sin embargo, de que sé lo que digo.

Estaba a punto de retirarse, cuando Paulina despejó la atmósfera.

— ¡Ahí lo tiene Mr. Margensen! La importancia de su ídolo negro se desvanece hasta la insignificancia. Dividámonos en dos partes. Papá y usted por lo sobrenatural, y el resto por lo material. ¿Puede saberse cuál es su nombre?

— Drew, Michael Drew.

— El mío es Ennever — dijo el padre de ella, con evidente sequedad.

— ¡Drew! — murmuró Margensen. — ¡Drew! He oído hablar de usted en alguna parte.

— Muy posible. Hace tiempo que recorro estas aguas. Usted está en Bukit Sambilan, ¿no? Lo compró poco después de morir el pobre Mierhoven. No es un mal sitio, pero un poco solitario.

El gigante le dirigió una furiosa mirada preñada de sospechosas amenazas.

— Estoy acostumbrado ya, — respondió fríamente.

Drew arrimó su silla.

— Usted ve, señorita Ennever, a pesar de lo que el señor Margensen quiere hacer creer, él no tiene inconveniente en seguir viviendo allí. Usted debería tratar de ver su casa mientras está en Borneo. Me dicen que es espléndida.

— El hecho es — interpuso el padre de ella, — que el señor Margensen ha tenido la amabilidad de invitarnos, y aun no hemos resuelto si aceptar o no.

— Me muero de impaciencia por ver ese ídolo de ébano — dijo Paulina. — ¿Promete mostrármelo si vamos?

Margensen sonrió.

— Francamente no lo desearía. Pero si esa es la única condición bajo la cual aceptarían mi humilde hospitalidad, estoy dispuesto a cargar con la responsabilidad.

Drew cruzó los brazos sobre el pecho y al sonreir mostró dos filas de blancos dientes.

— Si usted quiere hacer la cosa en debida forma señor Margensen, ¿porqué no se apodera del ídolo y se lo regala a la señorita Ennever como recuerdo de su visita?

Margensen frunció el ceño hasta que sus dos abultadas cejas se unieron.

— Todos tenemos nuestro derecho a la opinión. Por mi parte — añadió ingenuamente — estoy conforme en aceptar que la señorita Ennever siga riéndose de los fantasmas antes que mostrarla una con la cual estoy convencido aprendería a tenerles miedo.

⚭

El *Jolo*, siguiendo su definida ruta, navegaba frente a una costa de un aspecto casi artificial. Durante las horas del día Paulina se deleitaba observando el panorama. Después lo recordaba como una tira pintada en una escena panorámica sobre un fondo azul obscuro; un laberinto de encantadas islas, esbeltas palmeras y nunca una nube en el horizonte.

Largaron ancla por tres días en Labuan, y Margensen, quien tenía allí ciertos negocios, se dispuso a pasar las noches en tierra. A la vista de su corpulenta figura desapareciendo a la distancia, Paulina experimentó una sensación de absoluto alivio. Margensen había viajado con ellos constantemente desde Marsella, la había acompañado a tierra en cada puerto, y sin embargo se sintió más tranquila cuando él se separó de ellos. Raros pensamientos la perseguían al retirarse a dormir. Trató de continuar el sueño, pero la tranquilidad poco común del buque le negó esa ayuda. Extrañaba la falta del balanceo, el ruido del agua, y la trepidación de la máquina.

Ante la imposibilidad de conseguir el sueño, se dió por vencida, levantándose ligeramente, se envolvió en un kimono que había comprado en Singapore y salió a la cubierta. Esta se hallaba sumida en la mayor obscuridad, y no notó la presencia de un hombre que estaba recostado sobre la barandilla hasta que casi se le echó encima.

— ¡Señorita Ennever!

Ella se detuvo con un sobresalto.

— ¡Oh! ¿Es usted señor Drew? Me dió un buen susto. No esperaba encontrar a nadie a estas horas.

— No podía dormir, ¿eh?

La sorpresa se dibujó en la cara de Paulina.

— No. ¿Usted tampoco?

— No lo he probado. Para decirle la verdad he estado tratando de pensar.

— ¿Y yo lo interrumpo?

— De ningún modo. Me alegro que haya venido. Me encuentro enredado en una madeja. Margensen ha desembarcado, ¿no es cierto?

— Sí; ¿por qué?

— No sé. Pensaba solamente...

Arrimó una silla para ella, y él se recostó de nuevo contra la barandilla.

— Sabe usted algo realmente de ese ídolo... ¿o era sólo una broma que usted daba a Margensen?

— ¿Todavía la está preocupando? No, hablaba con seriedad, señorita Ennever.

— ¿ Lo ha visto usted?

— A menudo.

— ¿ Y es cierto que han ocurrido esas tragedias?

— Oh, sí; muy cierto.

Me gustaría oir la versión de esa historia. No sé porqué me parece que usted tiene algo que ver en el asunto.

Drew sonrió sardónicamente.

— Si la pongo en posesión de un secreto, ¿juraría usted no divulgarlo a nadie?

Paulina hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

— Margensen le dijo que Mierhoven no tenía marca alguna en el cuerpo cuando él lo levantó. Yo no podría jurarlo porque no lo vi, pero los otros que sufrieron la misma suerte tenían una pequeña punzada en la piel de una de las manos, y habían muerto a consecuencia de algún veneno introducido en la sangre.

— Pero si hubiera habido algún veneno en el cuerpo del ídolo se hubiera secado hace mucho tiempo, ¿no es cierto?

— Claro.

— Quiero decir que el veneno no podría haber ido allí de por sí.

— No.

— ¡Me parece que usted no es muy explicativo!

— Lo siento. Mis pensamientos estaban escapándose por la tangente. ¿Quiere que hablemos de otra cosa?

Paulina estaba evidentemente decepcionada.

— Yo creía que íbamos acercándonos al principio de una historia conmovedora. Esperaba que usted me diera una explicación en venenos y sus efectos, y hasta esperaba oir de usted que había encontrado impresiones digitales en el ídolo.

— No tengo la menor idea de la clase de veneno que ha sido empleado. Creí al principio que se trataba del jugo del árbol *ipoh* que los nativos usan para envenenar sus flechas. Pero me equivoqué. Es sin duda un veneno de mucho más poder que ese.

La conversación tomó otro rumbo y media hora después Paulina se retiró a su camarote. Apenas habían llegado al extremo del corredor, cuando vió aparecer a Margensen, quien con paso precipitado se dirigía a la cubierta, y antes de que ella tuviera tiempo para retroceder, lo vió acercarse a Drew con quien al instante se trabó en acalorada discusión.

Era una noche de luna, y la luz caía sobre la cubierta que brillaba como si fuera de plata.

Margensen se detuvo frente a Drew que aún continuaba recostado contra la barandilla.

— Oh, usted, Margensen. ¿Me buscaba?

— ¡Quiero saber qué diablos significa que usted me venga siguiendo!

El otro se sacó el cigarrillo de la boca.

— ¿Acaso he estado siguiéndolo?— le preguntó con acento candoroso.

La ira de Margensen estaba a punto de desbordarse.

—Desde que usted está en este buque ha estado mezclándose en mis asuntos. ¡Le juro Drew, que si yo supiera que usted está tratando de hacerme quedar mal con la hija de Ennever, lo tiraría al mar!

— ¿Está amenazándome, Margensen?

— ¿Amenazándole? Usted se va a explicar debidamente antes de que yo salga de este vapor.

— Temo que tendrá mucho que esperar. Yo le recomendaría que se fuera a dormir. Ya ha dicho bastante por esta noche, y le aseguro que si no fuera porque está borracho, se lo hubiera hecho pagar caro también.

Con un rugido como el de un toro furioso, Margensen saltó sobre su atormentador.

Paulina, que no había perdido una palabra de la discusión, con una vaga esperanza de hacer algo que evitara la tragedia que veía aproximarse, salió de su escondite. Con la mayor sorpresa vió que el más corpulento de los dos hombres retrocedía lentamente hacia ella como impulsado por una fuerza superior. Parecía tener el cuerpo contraído, y cuando tropezó con una silla y se echó a un lado, se dió cuenta ella de que los dedos de Drew le apretaban fuertemente la muñeca, retorciéndole el brazo.

— Por todos los santos, ¿quién es usted? gritó Margensen con desesperación.

El otro sonrió plácidamente.

— Uno que ha aprendido a cuidar de su persona, Margensen. Tal vez uno de estos días sepa algo más sobre mí. Buenas noches.

Cinco minutos después Paulina estaba en su camarote, con una viva impresión grabada. Era la de un raquítico joven, todo de blanco y recostado contra la barandilla encendiendo un cigarrillo, mientras un gigante retrocedía en la obscuridad.

MICHAEL Drew llegó apresuradamente a la casa de campo de Ennever.

—¿Como está, Drew?—le preguntó Ennever al salirle al encuentro.— Precisamente estaba diciendo a Paulina durante la cena que otra partida de bridge no estaría mal. Temíamos que usted nos hubiera dejado por completo. Margensen está de vuelta en su plantación y pensamos dar una escapada mañana para conocer su finca.

— Ya lo sabía. Por eso he venido a verle. Le voy a hacer una pregunta impertinente, pero le ruego que no se ofenda. ¿Ha hecho Margensen alguna proposición de casamiento a su hija?

A través de sus gafas, los ojos de Ennever parecían haber duplicado el tamaño,

— Para decirle la verdad, me habló algo al respecto y yo se lo comuniqué a mi hija. Personalmente nada tengo en contra de Margensen. Parece ser un individuo bastante decente; pero Paulina lo rechazó.

— ¿Y, sin embargo, ustedes están dispuestos a ir mañana a Bukit Sembilan?

— ¿Porqué no? Margensen no lo tomó a mal. No guarda rencor y claro, tampoco lo hay de nuestra parte. Además, manifestó que si rehusábamos se sentiría muy ofendido.

— Bueno — dijo Drew con cierta resignación. —Espero que lo pasarán bien. Pero no se detengan mucho tiempo allí, y procure no perder de vista a su hija. Margensen sería una decente persona... si no fuera porque tiene sangre de negro, y usted sabe que ésta domina por completo en el momento crítico; uno nunca sabe lo que a un individuo en esas condiciones se le puede ocurrir. Margensen no está bien mirado aquí, entre la respetable sociedad bornese, y si él cree que con la ayuda de una esposa blanca será aceptado por la sociedad está muy equivocado.

Ennever se pasaba la mano por la cabeza como para estimular el pensamiento.

— ¿Que Margensen no es blanco?

— Su padre lo era, pero la madre no. Corre el rumor de que ésta era hija de un blanco y una india Kenyah. Es posible que esto influya en su actitud con respecto al ídolo de ébano. Yo estoy casi seguro que él ya lo conocía antes de que Mierhoven lo encontrara entre el musgo. Bueno, debo retirarme.

— Gracias — dijo Ennever abriéndole la puerta.— Si yo hubiera sabido esto hace dos días no le hubiera prometido esta visita. Pero con las cosas como están, creo que no hay otro remedio. Buenas noches.

— Mis respetos a la señorita Ennever; — dijo el otro desde la escalera.

ASI que este es su dios de Ebano! — dijo Paulina.— Es curioso, ¿no es cierto?

Ennever se había sentado sobre una roca y se limpiaba el sudor de la frente con el pañuelo.

— Bajo la luz del sol no parece inspirar tanto temor — le dijo Margensen, — pero si usted lo hubiera visto al anochecer como yo lo vi, creo que

usted misma se hubiera asustado. No se acerque demasiado, señorita Ennever. Está más segura aquí.

— No necesita asustarse — dijo ella deslizándose en el agujero. No voy a tocarlo. No veo ningún hueso — agregó con un tono de desengaño en su voz.

— El musgo crece muy rápidamente y los ha cubierto.

Ella se situó cerca de la imagen.

— Paulina — gritó su padre. — Por amor de Dios, trata de ser racional por una vez. El señor Margensen ha sido lo bastante amable para dejar a un lado sus escrúpulos y traerte aquí; ya has visto todo lo que tenías que ver, y lo más pronto que volvamos será mejor.

Su hija le apuntó risueñamente con un dedo.

— ¡Bah! ¿Tienes miedo?

— ¡No es cierto!

— Tiene la nariz rota — indicó ella después de un prolongado examen. — y... ¡Oh! Aquí hay algo que ninguno de ustedes me había dicho.

— ¿Qué es? — preguntó Margensen.

— Hay dos puntitas de metal asomando por los agujeros de las muñecas.

Se volvió con cara de triunfo señalando con una mano su descubrimiento. Para su sorpresa el corpulento Margensen parecía estar preso de convulsiones, las venas estallaban sobre su frente, y su cuerpo se sacudía como si súbitamente lo hubiera atacado fiebre y que señalando con un dedo acusador decía:

— ¡Agujas envenenadas! ¡Usted las puso allí para que yo me pinchara!

— ¿Yo...? ¡Que tontería! Usted sabe que nunca en mi vida he estado aquí.

En seguida se volvió hacia el inofensivo Ennever, amenazándole con los puños.

— ¡Entonces ha sido usted! Ese maldito Drew le ha estado hablando. Yo sé muy bien. Me ha estado persiguiendo. Lo mandaron de Singapore para que yo no supiera quién es. El le dijo que fuí yo quien mató a Mierhoven para quedarme con su parte del oro que encontramos... y a los otros porque sabían demasiado.

Avanzó sobre el asombrado Ennever, con el cuello estirado hacia adelante y los brazos extendidos. Ennever se hizo a un lado nerviosamente.

— A mí no me gusta que la gente sepa demasiado de mí, ni que me hagan malas jugadas.

— ¿Se ha vuelto usted loco? — balbuceó Ennever tratando vanamente de afrontar la situación, y al recordar las advertencias de Drew.— Trate de calmarse, y volvamos en busca de nuestros caballos.

El otro se detuvo enfurecido, brillando en sus ojos una astuta llamarada.

— Buscar los caballos, ¿eh? ¡Para que pueda llevársela a ella y dejarme con mi soledad y ese maldito ídolo! — saltó sobre Ennever y tomándolo por los hombros lo sacudió furiosamente.

— Es usted quien se va a quedar aquí. Paulina y yo... no le gusta, ¿no?... nos iremos ahora mismo, nos internaremos en la selva y no habrá quien nos encuentre.

Saltó al fondo del pozo donde se encontraba el ídolo, y ella, verdaderamente asustada por primera vez, se abalanzó sobre él como una pantera, golpeándole la descompuesta cara con la fusta de montar. El la tomó entre sus fornidos brazos, y en el momento que se detenía para recuperar fuerzas y arrojar su carga contra el pedestal de piedra, un fogonazo salió de entre el matorral y una delgada figura apareció en pie, con una humeante pistola entre sus dedos.

Margensen, se llevó una mano al costado, y cayó. El pálido e indignado Ennever rodó entre el musgo y la maraña de espinas. Cuando encontró sus gafas, Paulina y Drew estaban juntos, mirando el cuerpo inerte de un hombre que yacía a los pies del fatídico dios de Ebano.

E D M U N D   S N E L L



LA NUEVA SIRVIENTA

—¿Cómo se llama usted?... ¿Zoila?... Bueno, pues la llamaremos Rosa.
—¿Y cómo se llama la señora?... ¿Marquesa de Lagares? Bueno, pues yo la llamaré Luisa...

—No.

—¡Me parece que usted no es muy explicativo!

—Lo siento. Mis pensamientos estaban escapándose por la tangente. ¿Quiere que hablemos de otra cosa?

Paulina estaba evidentemente decepcionada.

—Yo creía que íbamos acercándonos al principio de una historia conmovedora. Esperaba que usted me diera una explicación en venenos y sus efectos, y hasta esperaba oír de usted que había encontrado impresiones digitales en el ídolo.

—No tengo la menor idea de la clase de veneno que ha sido empleado. Creí al principio que se trataba del jugo del árbol *ipoh* que los nativos usan para envenenar sus flechas. Pero me equivoqué. Es sin duda un veneno de mucho más poder que ese.

La conversación tomó otro rumbo y media hora después Paulina se retiró a su camarote. Apenas había llegado al extremo del corredor, cuando vió aparecer a Margensen, quien con paso precipitado se dirigía a la cubierta, y antes de que ella tuviera tiempo para retroceder, lo vió acercarse a Drew con quien al instante se trabó en acalorada discusión.

Era una noche de luna, y la luz caía sobre la cubierta que brillaba como si fuera de plata.

Margensen se detuvo frente a Drew que aún continuaba recostado contra la barandilla.

—Oh, usted, Margensen. ¿Me buscaba?

—¡Quiero saber qué diablos significa que usted me venga siguiendo!

El otro se sacó el cigarrillo de la boca.

—¿Acaso he estado siguiéndolo?—le preguntó con acento candoroso.

La ira de Margensen estaba a punto de desbordarse.

—Desde que usted está en este buque ha estado mezclándose en mis asuntos. ¡Le juro Drew, que si yo supiera que usted está tratando de hacerme quedar mal con la hija de Ennever, lo tiraría al mar!

—¿Está amenazándome, Margensen?

—¿Amenazándolo? Usted se va a explicar debidamente antes de que yo salga de este vapor.

—Temo que tendrá mucho que esperar. Yo le recomendaría que se fuera a dormir. Ya ha dicho bastante por esta noche, y le aseguro que si no fuera porque está borracho, se lo hubiera hecho pagar caro también.

Con un rugido como el de un toro furioso, Margensen saltó sobre su atormentador.

Paulina, que no había perdido una palabra de la discusión, con una vaga esperanza de hacer algo que evitara la tragedia que veía aproximarse, salió de su escondite. Con la mayor sorpresa vió que el más corpulento de los dos hombres retrocedía lentamente hacia ella como impulsado por una fuerza superior. Parecía tener el cuerpo contraído, y cuando tropezó con una silla y se echó a un lado, se dió cuenta ella de que los dedos de Drew le apretaban fuertemente la muñeca, retorciéndole el brazo.

—Por todos los santos, ¿quién es usted? gritó Margensen con desesperación.

El otro sonrió plácidamente.

—Uno que ha aprendido a cuidar de su persona, Margensen. Tal vez uno de estos días sepa algo más sobre mí. Buenas noches.

Cinco minutos después Paulina estaba en su camarote, con una viva impresión grabada. Era la de un raquítico joven, todo de blanco y recostado contra la barandilla encendiendo un cigarrillo, mientras un gigante retrocedía en la obscuridad.

∞

Michael Drew llegó apresuradamente a la casa de campo de Ennever.

—¿Cómo está, Drew?—le preguntó Ennever al salirle al encuentro.— Precisamente estaba diciendo a Paulina durante la cena que otra partida de bridge no estaría mal. Temíamos que usted nos hubiera dejado por completo. Margensen está de vuelta en su plantación y pensamos dar una escapada mañana para conocer su finca.

—Ya lo sabía. Por eso he venido a verle. Le voy a hacer una pregunta impertinente, pero le ruego que no se ofenda. ¿Ha hecho Margensen alguna proposición de casamiento a su hija?

A través de sus gafas, los ojos de Ennever parecían haber duplicado el tamaño,

—Para decirle la verdad, me habló algo al respecto y yo se lo comuniqué a mi hija. Personalmente nada tengo en contra de Margensen. Parece ser un individuo bastante decente; pero Paulina lo rechazó.

—¿Y, sin embargo, ustedes están dispuestos a ir mañana a Bukit Sembilan?

—¿Porqué no? Margensen no lo tomó a mal. No guarda rencor y claro, tampoco lo hay de nuestra parte. Además, manifestó que si rehusábamos se sentiría muy ofendido.

—Bueno — dijo Drew con cierta resignación. —Espero que lo pasarán bien. Pero no se detengan mucho tiempo allí, y procure no perder de vista a su hija. Margensen sería una decente persona... si no fuera porque tiene sangre de negro, y usted sabe que ésta domina por completo en el momento crítico; uno nunca sabe lo que a un individuo en esas condiciones se le puede ocurrir. Margensen no está bien mirado aquí, entre la respetable sociedad bornese, y si él cree que con la ayuda de una esposa blanca será aceptado por la sociedad está muy equivocado.

Ennever se pasaba la mano por la cabeza como para estimular el pensamiento.

—¿Que Margensen no es blanco?

—Su padre lo era, pero la madre no. Corre el rumor de que ésta era hija de un blanco y una india Kenyah. Es posible que esto influya en su actitud con respecto al ídolo de ébano. Yo estoy casi seguro que él ya lo conocía antes de que Mierhoven lo encontrara entre el musgo. Bueno, debo retirarme.

—Gracias — dijo Ennever abriéndole la puerta.— Si yo hubiera sabido esto hace dos días no le hubiera prometido esta visita. Pero con las cosas como están, creo que no hay otro remedio. Buenas noches.

—Mis respetos a la señorita Ennever; — dijo el otro desde la escalera.

∞

Así que este es su dios de Ebano! — dijo Paulina.— Es curioso, ¿no es cierto?

Ennever se había sentado sobre una roca y se limpiaba el sudor de la frente con el pañuelo.

—Bajo la luz del sol no parece inspirar tanto temor — le dijo Margensen, — pero si usted lo hubiera visto al anochecer como yo lo vi, creo que

usted misma se hubiera asustado. No se acerque demasiado, señorita Ennever. Está más segura aquí.

— No necesita asustarse — dijo ella deslizándose en el agujero. No voy a tocarlo. No veo ningún hueso — agregó con un tono de desengaño en su voz.

— El musgo crece muy rápidamente y los ha cubierto.

Ella se situó cerca de la imagen.

— Paulina — gritó su padre. — Por amor de Dios, trata de ser racional por una vez. El señor Margensen ha sido lo bastante amable para dejar a un lado sus escrúpulos y traerte aquí; ya has visto todo lo que tenías que ver, y lo más pronto que volvamos será mejor.

Su hija le apuntó risueñamente con un dedo.

— ¡Bah! ¿Tienes miedo?

— ¡No es cierto!

— Tiene la nariz rota — indicó ella después de un prolongado examen. — y... ¡Oh! Aquí hay algo que ninguno de ustedes me había dicho.

— ¿Qué es? — preguntó Margensen.

— Hay dos puntitas de metal asomando por los agujeros de las muñecas.

Se volvió con cara de triunfo señalando con una mano su descubrimiento. Para su sorpresa el corpulento Margensen parecía estar preso de convulsiones, las venas estallaban sobre su frente, y su cuerpo se sacudía como si súbitamente lo hubiera atacado fiebre y que señalando con un dedo acusador decía:

— ¡Agujas envenenadas! ¡Usted las puso allí para que yo me pinchara!

— ¿Yo...? ¡Que tontería! Usted sabe que nunca en mi vida he estado aquí.

En seguida se volvió hacia el inofensivo Ennever, amenazándole con los puños.

— ¡Entonces ha sido usted! Ese maldito Drew le ha estado hablando. Yo sé muy bien. Me ha estado persiguiendo. Lo mandaron de Singapore para que yo no supiera quién es. El le dijo que fuí yo quien mató a Mierhoven para quedarme con su parte del oro que encontramos... y a los otros porque sabían demasiado.

Avanzó sobre el asombrado Ennever, con el cuello estirado hacia adelante y los brazos extendidos. Ennever se hizo a un lado nerviosamente.

— A mí no me gusta que la gente sepa demasiado de mí, ni que me hagan malas jugadas.

— ¿Se ha vuelto usted loco? — balbuceó Ennever tratando vanamente de afrontar la situación, y al recordar las advertencias de Drew.— Trate de calmarse, y volvamos en busca de nuestros caballos.

El otro se detuvo enfurecido, brillando en sus ojos una astuta llamarada.

— Buscar los caballos, ¿eh? ¡Para que pueda llevársela a ella y dejarme con mi soledad y ese maldito ídolo! — saltó sobre Ennever y tomándolo por los hombros lo sacudió furiosamente.

— Es usted quien se va a quedar aquí. Paulina y yo... no le gusta, ¿no?... nos iremos ahora mismo, nos internaremos en la selva y no habrá quien nos encuentre.

Saltó al fondo del pozo donde se encontraba el ídolo, y ella, verdaderamente asustada por primera vez, se abalanzó sobre él como una pantera, golpeándole la descompuesta cara con la fusta de montar. El la tomó entre sus fornidos brazos, y en el momento que se detenía para recuperar fuerzas y arrojar su carga contra el pedestal de piedra, un fogonazo salió de entre el matorral y una delgada figura apareció en pie, con una humeante pistola entre sus dedos.

Margensen, se llevó una mano al costado, y cayó. El pálido e indignado Ennever rodó entre el musgo y la maraña de espinas. Cuando encontró sus gafas, Paulina y Drew estaban juntos, mirando el cuerpo inerte de un hombre que yacía a los pies del fatídico dios de Ebano.

EDMUND SNELL



LA NUEVA SIRVIENTA

—¿Cómo se llama usted?... ¿Zoila?... Bueno, pues la llamaremos Rosa.
—¿Y cómo se llama la señora?... ¿Marquesa de Lagares? Bueno, pues yo la llamaré Luisa...



POR PARTIDA DOBLE

— Yo soy independiente
y no conservador ni socialista;
Yo soy medio anarquista
y medio irreverente.
Y no respeto a nadie.
— Es sorprendente.
— Yo, que jamás he sido respetuoso,
me respeto a mí mismo.
— Es muy curioso.
— Y no me importa un pito
de que uno triunfe y otro dé un mal paso.
Se lo aseguro a usted. Pero es el caso
que voy a ser papá.
— Le felicito.
— Y ser padre es muy serio.
Ser padre es serlo todo.
Ser padre no es igual, de ningún modo,
que tocar la guitarra o el salterio.
Como mi independencia
no me impide ser hombre de conciencia,
seré un padre modelo. ¡Sí!
— En un hombre
de conciencia, se explica.
— Y he pensado en el nombre
del chico.
— ¿Será chico o será chica?
— Chico. Así lo he jurado.
Y siempre he sido honrado.
¿Voy a faltar a mi palabra?
— Amigo,
cálmese, porque no le contradigo.
— El hecho es que he pensado
solemnizar el viaje
del príncipe.
— Presumo el homenaje.
— Un príncipe es un príncipe. ¿No es cierto?
Eso no va a negarlo ni un salvaje.
Un príncipe es un príncipe. Le advierto
que yo no soy monárquico;
yo soy independiente y soy anárquico,
y no respetaría
a un superior jerárquico.
Mas, por galantería
y hasta por simpatía
he dispuesto que el chico
se llame como el príncipe.
— Bien hecho.
— Y estaré satisfecho
al ponerle ese nombre.
— Me lo explico.

II

— ¿Y qué tal por su casa?
— Soy padre.
— Pues ya puede estar contento.
— ¡Soy padre de un problema!
— ¿Qué le pasa?
— Me pasa que mi vida es un tormento.
Va usted a comprender mi aturdimiento.
¡Mi excelente señora
me ha dado unos mellizos! Dos varones
llenos de perfecciones
y que gritan con gracia encantadora.
¿Cómo los llamo ahora?
Es un trance tremendo.
Estoy desorientado.
— Lo comprendo.
— Llamarlos de igual modo es imposible.
Y me siento aburrido e irascible,
y fiero e incendiario.
Perdone. ¡Cada loco con su tema!
Me voy. Es necesario
resolver el problema.

III

— He pasado momentos de amargura;
pero, hoy, ¡qué bienestar y qué dulzura!
Estoy de parabienes.
— ¿Arregló todo?
— Es cierto.
Se llamarán los nenes
uno Hum y otro Berto.

L U I S   G A R C I A



DIBUJOS DE MACAYA


Señor Alberto Saa, presidente del Concejo Deliberante de Mendoza, que acaba de asumir la Intendencia de la capital con unánime aprobación.


Señor L. Segura, designado recientemente Tesorero de la Intendencia Municipal (Mendoza.)


Señor M. Gervasio, nuevo Secretario General de la Municipalidad (Mendoza.)


Mayor José María Sarobe, agregado militar argentino en la Legación del Brasil, que acaba de obtener el premio "Patria" del ejército argentino.


Señor Horacio Saulle ganador del primer premio en un Torneo Handicap, organizado por el Centro Ajedrecista de Lanús.

EL TESTAMENTO DE SARASATE

Como curiosidad histórica que revela al mismo tiempo el carácter y el temperamento del famoso músico, creemos oportuno citar su testamento.

En él constituía por herederos únicos a sus hermanas, salvando las siguientes mandas:

Al Ayuntamiento de Pamplona, su ciudad natal, todos los muebles y enseres de la casa que tenía en París; las alhajas, cuadros e instrumentos que tenía en "Villa Navarra", en Biarritz, y dos maravillosos "stradivarius".

A los pobres de Pamplona los legó también 15.000 panes que fueron distribuidos inmediatamente, y a la casa de Misericordia de dicha ciudad otros 15.000.

Al Conservatorio de París legó un "stradivarius" y 20.000 francos con destino a una pensión anual para los alumnos de violín.

Al Conservatorio de Madrid donó 100.000 francos y su famoso "stradivarius" cojo.

A la Academia de Música de Pamplona, legó 25.000 francos y toda su biblioteca.

A la Sociedad de músicos pobres de París, legó 4.000 francos; 40.000 a su criado Carlos, y a su cocinero 20.000.

Se calcula que después de todos estos legados, quedó a los herederos de Sarasate más de un millón de francos.



La Pastilla para la TOS

Debe ser activa y no ser perjudicial al estómago.

Pastillas iodeína Montagu

son activas por sus componentes (iodo y codeína) y no afectan al estómago.

Son de gusto agradable y su acción es eficaz en las **TOSES, BRONQUITIS, DISNEA**, etc.

En venta en todas las Farmacias.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo.

Sarmiento y Florida. **Buenos Aires.**

De Avellaneda

La visita del Príncipe de Italia



El yate "Adhara" en el Riachuelo.



Llegada del Príncipe y el Presidente al Mercado Central de Frutos.



Grandiosa recepción que las sociedades italianas de Avellaneda [illegible] al Príncipe heredero de Italia.

La MUJER y YO, MANO a MANO



Se va a servir la primera tanda! — exclama en el departamento el empleado del vagón restaurante.

Y los viajeros, semejantes a pequeñas barquichuelas atravesando un estrecho durante una tempestad, se ponen en marcha camino del restaurante, a los largos del estrecho pasillo, viéndose empujados de una pared contra la otra. Yo también tengo que bailar a lo largo del pasillo, y entrando en el comedor, tomo asiento en el puesto que me señalan. Una mesita en la que no hay más que dos sitios, uno frente al otro; debo sentirme por ello satisfecho, pues de ese modo no habrá más que un hombre a quien mirar hostilmente mientras coma. De no ser así hubiera habido tres, y es demasiado para un hombre tan cortés como yo. Resulta una sensación muy extraña la de tener que mirar desde tan de cerca la boca de personas completamente desconocidas, que se sienten molestas, que tratan de no hacer ruido con los platos al comer, de no sorber la sopa, tan sólo para que yo, de quien todo lo ignoran, forme una buena opinión de ellas. Siempre he sentido ganas de decirles que las dispensaba de todo aquello; que, por lo que a mí se refería, podían comer y conducirse como quisieran: no las citaría ante el tribunal de la historia. ¡Pero que hiciesen conmigo otro tanto!

Aguardo a ver quién es el que se sentará frente a mí en la silla vacía. ¡Una mujer! No levanto los ojos para no molestarla clavándole mi mirada. Hago como que leo con la mayor atención en la lista el nombre de las espinacas y de la carne picada. Veo que esta mujer no es ni guapa ni muy elegante; pero, en fin, a pesar de eso permaneceremos a gusto durante un cuarto de hora uno frente a otro. La mujer arregla su peinado. ¡Oh, esto es muy gentil por parte suya, pues no quiere que vea sus cabellos en desorden! Traen los entremeses, y la mujer se sirve muy poco. Comprendo que no quiere que crea yo que come mucho. Desde Byron no está bien el que una mujer coma mucho, ya que, lo que es bastante triste, no tiene más remedio que comer.

Durante los entremeses la señora comienza a mirarme. ¡Cáramba! ¡Cómo me mira, qué fijamente! Me mira sin cesar, y de una manera que no es posible dejar de comprender. ¿Qué es lo que antes había dicho? ¿Que esta señora no era guapa? ¡Oh, es bastante guapa! De todos modos no se la puede llamar fea. En torno a su nariz y a su boca hay ciertos rasgos gentiles. Me mira tan descaradamente, que comienzo a turbarme, confundiendo la sal con el azúcar. Parece ser que yo la he agradado. He de decir con toda sinceridad que esto no me sorprende. Todavía hay hombres guapos sobre la tierra, y si hasta ahora yo no me he tenido por guapo, en lo sucesivo podré hacerlo sin temor, puesto que no es cosa que ocurra todos los días el que una dama aristocrática se rinda enamorada de un hombre a los tres minutos de verle. Y esta dama es una aristócrata; no hay más que fijarse en su elegancia. Y también es hermosa; hasta ahora no había visto lo hermosa que es. En torno a sus sienes y a sus orejas hay algo positivamente hermoso. No cabe duda; es hermosa, muy hermosa, pues ahora ya me sonríe, dedicándome distintas sonrisas, como si quisiera ensayar cuál de esas sonrisas la sienta mejor. Me gustaría decirla que, para mí, cualquier sonrisa me agrada viniendo de una mujer tan maravillosa. Estoy muy satisfecho de no haberme puesto la alianza matrimonial. ¡Ah qué prudente disposición ha sido la tomada al no ponérmela! Si llevase la alianza, la baronesa vería inmediatamente que, a pesar de mi juventud, soy un hombre casado, y entonces no se atrevería a mostrarse tan enamorada de mí como en este momento visiblemente lo hace; sus ojos brillan, mirándome con un aspecto cada vez más animado... «¡Oh, hada mía! — digo en mi interior. — Hada, ¡cómo te muestras superior a todos los prejuicios de la sociedad! ¡He aquí que sin preocuparte de que seas una condesa, me distingues de tal modo con tus sentimientos, a mí, al plebeyo, que ni siquiera soy hijo de campesinos, y, sin embargo, eres maravillosamente hermosa, y hasta los mismos reyes caerían a gusto, rendidos a tus pies!». Ahora soy yo el que come poco; aunque me maten no probaré el pan, para que este ángel vea con quién se las ha; las gentes distinguidas no suelen comer mucho pan, y yo también perderé la costumbre de comerlo para ser delgado y seductor toda mi vida, que se verá embellecida por tu amor, ¡oh electora palatina! (1), que me has elegido. Discretamente, en voz muy baja, ordeno al mozo ponga una botella de champaña sobre mi mesa. Nunca lo bebo; pero ¡qué diferencia entre un hombre que en una sencilla comida de vagón restaurante toma champaña y aquel que bebe agua mineral! La reina ni siquiera se entera del champaña, de tal modo me mira a mí, que es lo único que la interesa; parece no preocuparse de si soy rey o mendigo, tan fatal es la pasión que en su corazón he hecho nacer. La comida ha terminado y ella va a levantarse, a decirme algo; me hará una seña, se descubrirá. ¡Oh, qué maravillosa aventura!

La dama se levanta, me mira una vez más, de una manera todavía más intensa, y se marcha con rítmicos movimientos.

De repente el mozo comienza a limpiar con su servilleta algo que hay a mi espalda. Miro hacia allí... Un espejo.

Detrás de mí hay un espejo, el espejo del vagón restaurante. He estado sentado entre la mujer y el espejo. Mano a mano; la mujer y el espejo... ¡Oh, es inaudito el que las mujeres feas, y sobre todo las de clase baja, sean tan vanidosas!

(1) Título de la antigua Alemania.

ANDOR GÁBOR

LA DIANA

TANGO DE JOSE L. PADULA (DISCO Nº 6998)

Discos Dobles "NACIONAL"

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

18103 { El alma que siente. Tango. Solo Gardel. Flores-Servidio.
La vuelta de Rocha. Tango. Solo Gardel Peñaloza-Filiberto.

18091 { Sacate la caretita. Tango. Solo Gardel. Caruso-Cosenza-Schumaker.
El consentido. Tango Solo Gardel Iribarne-Millán

Discos Dobles "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.00

ROBERTO FIRPO — Orquesta Típica.

6271 { Tesorito. Tango Adolfo R. Avilés.
Almafuerte. Vals. Adolfo R. Avilés.

6273 { Un metejón. Tango. Antonio de Bassi.
Para ti. Tango Ciriaco Ortiz.

FRANCISCO CANARO — Orquesta Típica y Jazz-Band

6998 { **LA DIANA, Tango. Típica. José L. Padula.**
El borracho. Tango. Típica. José L. Padula.

6997 { Dreams of India (Sueño indio). Shimmy. Jazz-band. Wernich.
Asaura. Paso doble. Jazz-band. Luis Ricardi.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

7426 { Hermoso delta. Shimmy. Soiovich.
Vencida. Tango. Juan Maglio.

FRANCISCO LOMUTO — Orquesta Típica

7605 { Retazo. Tango. Vicente Romeo.
Aquellos ojos. Tango. P. Polito.

DUO RUIZ ACUÑA (Con acomp. de guitarra I. GOMEZ)

10286 { El escondido. A. Chazarreta-Ruiz-Acuña.
Tei de querer. Vidala. A. Chazarreta.

Disco Doble "Nacional" de 25 ctms. a $ 3.25

JOSE BOHR (El popular "Broadcaster")
(Con acomp. de ORQUESTA CANARO)

16104 { Estoy enamorado. Bohr-Rietti-Bleur.
Mister Bohr. Millán-Demare.

POR LA ORQUESTA TIPICA F. CANARO



Fonógrafo Glücksmann
SIN BOCINA
Precio con 200 púas: $ 45.00

MAX GLÜCKSMANN







De Avellaneda

La visita del Príncipe de Italia

Concentración de alumnos de las escuelas, esperando el paso de la comitiva oficial en su visita a esta ciudad.

Las niñas de las escuelas arrojando flores al paso del automóvil que conducía al Príncipe y al Presidente.

El Príncipe heredero de Italia, al finalizar su visita al Frigorífico.

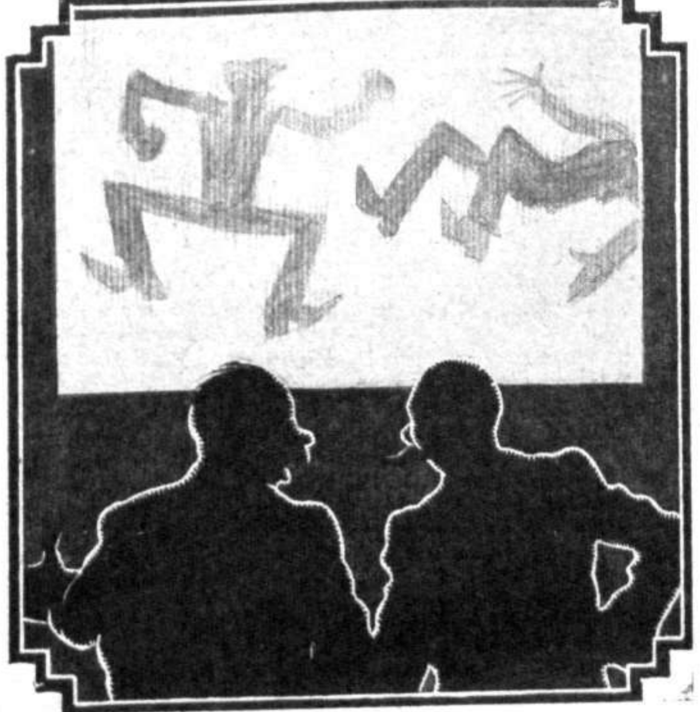

8
PALACIO REAL DE MADRID
PROVEEDORES DE S.M. ALFONSO XIII
Licor de los
8 Hermanos
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
8
Familiar en todos
los hogares
CONCESIONARIOS:
Freixas & Cia

Los jugadores que componen el equipo vencedor en el campeonato a quienes se les otorgaron sendas medallas honoríficas.

El salón social del Club "Unión Empleados y Obreros" en el acto de la entrega del premio al team de football por el campeonato ganado de la Copa de competencia.

Animado baile con el cual se terminó el festival organizado para el acto de la distribución de los premios.







CARLO LANZA E FIGLI

PUES me estaba yo aquella noche en cómoda butaca del «Cine de los Rusos» (0.50 la función completa), y trataba de digerir un mondongo a la española que, por demás azafranado, conspiraba contra el ritmo de mi pulso, cuando aquel mozo (Neal Hart, o Buck Jones, o Pepe el Tranquilo, que no supe quién fuese, de cierto) se puso a hacer la mar y morena en la pantalla.

Para empezar, se disfrazó de persona decente y se caracterizó según muestra de cierto retrato de caballero, con el que logró justo parecido. Salió luego a la calle, tomó un taxi, lo «caloteó» en plena «city», se emboscó en un portal, y en apareciendo el legítimo propietario de su trucada figura, tras de desmayarlo con gentil mamporro, lo arrojó a que se pudriese en un sótano que sobre la vereda y allí, a dos pasos, abría la boca muy a propósito. Cumplida esta como diligencia previa, el héroe se internó desenfadadamente por las oficinas del Banco; palmeó al gerente en el «hall, tout en passant», sonrió al contador tras de su ventanilla, apresuró al ascensorista, se hizo preceder por dos ordenanzas, para que le abrieran de par en par las puertas de la sala del directorio, y retribuyendo breves saludos y mudos acogimientos, ocupó con soltura el único asiento vacante en la mesa de acuerdos.

Y como en ese momento alguien expone (alguien a quien los demás directores escuchan como si oyesen llover), el bandido le replica. Y desde sus primeras palabras, el ambiente de la sesión se caldea. La pantalla no nos repite, desgraciadamente, lo que él expresa; pero sus gestos denuncian al orador avezado, incisivo y eficaz. Termina entre aplausos (nadie le conocía tan inteligente, entre sus compañeros de Banco). El se inclina, agradeciendo. Y al sentarse, extrae, a ocultas de su bolsillo, una araña-pollito de celuloide (patente americana), la deja caer junto al pie de su vecino, y descubriendo a la bestia peluda, pega un respingo y la señala con el dedo. Los directores se echan de bruces a contemplarla, con el interés y el desprecio a las rodilleras propios de verdaderos naturalistas, y en ese momento es que nuestro hombre aprovecha para difundir en el aire cierto gas deletéreo, que proviene de una ampolla de vidrio que ha quebrado en su pañuelo, con lo que sobreviene la catalepsia colectiva, de la que él mismo queda exento por causa que no se ofrece a la curiosidad del espectador. Después de esto, el director de escena no dedica sino escasos pies de film a la operación del desvalijamiento de los dormidos, demasiado elemental y práctica para quien ha descollado en las anteriores.

Y la cinta sigue corriendo con cierto adormecedor murmullo de abejorro, y el mondongo azafranado difunde en el cerebro un calor de bondad, y los Diez Mandamientos y las Siete Partidas, las mil y una ordenanzas policiales y municipales se violan sucesiva y regularmente por el brioso mancebo, quien moviéndose tanto para nosotros que, ¡oh gloria! permanecemos tan tranquilos, a medio film ya se ha zafado con gracia de no menos de 300.000 dólares de multas y resarcimientos, como de 200 años de «Sin-sin» y de 14 sillas eléctricas, por lo bajo. Este hombre que no fracasa nunca, que no vacila jamás, que excede a los elementos, al medio y a la colectividad, me resulta sencillamente tonificante. La profunda sabiduría de nuestro teatro nacional afluye espontánea a mis labios con la frase sacramental de «Lo que está bien, está bien», aunque por respeto al sitio en que me encuentro busque yo, para mejor expresarme, el auxilio de una cita clásica, y al fin murmure, sintético:

—¡La perra!...

— No crea, don... — me insinúa el ocupante de la butaca vecina, a la izquierda.





— «¿Plait-il?...» — le pregunto por sobre el hombro, con la más pura distinción suiza.

— ... Eso del «Brodo» y de la Quinta Avenida son puras macanas; se lo afirmo. Yo también anduve por allá, por ver si algo aprendía, y le digo, que para muchachos que sepan trabajar, los nuestros. Sin vanidad nacional, este es el París del «atraco»...

— ...la Meca, digamos más bien...

— ...la Me...cachis del «escruje», iba a decirle.

— ¿Quién será este tipo? — me pregunto. E invitándolo a que se presente:

— Mi nombre es Polidor Raíces — le digo.

— ¿El payador?

— El mismo.

— ¡Qué «potra» la mía! Buscándolo andaba, y si a usted no se le ocurre acordarse de su familia, capaz que lo «afano» y no lo «embroco».

— Si usted me hiciese el obsequio de elevar algo el nivel de la conversación...

— ¡Alto ahí, don! No se estire, que se va a despegar. Si le he hablado en criollo moderno, (lenguaje de intimidad hasta en nuestros salones más «recherchés».) ha sido sólo por darle confianza para romper «la glace», ¿entiende?. Yo también la «chamuyo» en «boulevardier», cuando pito rubio. Pero la cortedad de los literatos de ahora me revienta. Maturana, Sánchez, don Diego Fernández Espiro, eran «bacanes a la gurda» para la milonga. Y en el bajo de Belgrano, y más para el lado de la Provincia, en el boliche de las «Siete Argollas», he jugado al mus por el salame y los higos secos, con algunos de ellos. ¿Se da cuenta? Y, últimamente... yo también soy alguien... en Villa Madero, ¡entérese!...

Y me pasa su tarjeta de opalina apergaminada (al que imprimen Whitherby & C.º de Londres) donde leo, en fina litografía:

CARLO LANZA (HIJO)

COMISIONES PARTICULARES

— Mucho gusto...

— El gusto es mío. ¿Y cómo le va de literatura?

— Bien gracias; ¿y la suya?

— Está en casa.

Carlo Lanza (hijo) es un inédito, lo adivino en su discreta evasiva y comprendo que hay que alentarlo.

— ¿Tiene usted algo en preparación? — le pregunto.

— «Laburitos shushetas», pura «mistonguería»; no le cuento porque anda mucho «battilana»... ¿Y usted?...

— Poca cosa también. Unos versitos que me encargaron para darle bombo a un jabón. Pero se fundió la fábrica antes de empezar a trabajar y he resuelto ponerles numeritos romanos a las cuartetas y darlas a las ediciones de los domingos. El próximo publicaré un glosario titulado «Musae Conjugalis».

— Dígame una de esas musas... (Vea si adivino y traigo la guitarra)

— Voy a animarme, pero dele gracias a que está obscuro — y recito:



LAS ROSAS DE FATIMA

¡Fátima! ¡Fátima! ¡Fátima!...
Si en vez de escatima, escátima
Se dijese en este idioma
Que por broma,
Aunque viene del vascuence y aquitano,
Quichua, maya y araucano,
Le llamamos castellano,
Pero es puro y nacional...
No escatimara zegríes,
Sultanas,
Huríes,
Albornoces, y charchafes, y cuscuces,
Ajimeces, cacahuetes y avestruces,
Caravanas,
De las orejas y del Mar Muerto,
De lápislázuli y del desierto,
Montadas en bellos
Camellos,
Montadas en oro
Sonoro,
Que tintineara sobre tus cabellos.
Sortilegio
Formal,
Que evoca el arpegio
De tu nombre oriental.
¡Ay! ¡Ay! Tres veces. ¡Ay!...
Oriental del Uruguay...

— ¿Qué le parecen, don Carlo?

— Les falta emoción. Si tuvieran emoción serían «huguianos».

— ¿Y usted cree que es necesario emocionar a las personas para que salgan a comprar jabón?

— No, no es eso; quiero decir que como usted ya.. es payador conocido, saca los versos de la cabeza, como los chicos sacan pan del horno, distraídos...

— ¿Y qué quiere que haga?

— ¡Hágase ladrón!... como yo, como ese mozo de la pantalla. Es oficio bonito, no lo «engrupo». Y el único con cura de reposo y estación de altura para cuando a uno se le va la «zabeca» y se «esgunfia» del «laburo». ¡Usted viera lo sano que es el aire de Sierra Chica!...

— ¿Usted cree?...

— ...y la transición es fácil, se lo aseguro. Como que, al fin de cuentas, todos los que se meten a payadores, musicantes y picos de oro, lo hacen por no sudarla en el yugo; son, como nosotros elementos restados a las actividades positivas, aunque por falta de entereza moral y de introspección suficiente no ingresen francamente en nuestro gremio. Y para que vea que le «chamuyo» limpio, acuérdese de la tirada de don Víctor sobre la «pigritia», relaciónela con la última novedad de la estética, la «oscitatio», y convenga en que ante el Arte y la Psicología, somos hermanos, don Polidor.

Y yo, entonces, tocado, me confieso:

— Sí, amigo mío; sí, mil veces. Usted me arranca de cuajo mi secreto.

Poco sabe usted de mí, pero si me escucha, sabrá más que mi madre. Trataré de retratar mi espíritu con un apólogo.

Si las acciones que tengo guardadas, no le digo a usted dónde, llegaran a valorizarse, yo sería el Rey de la harina de lino, aquí y en Duluth.

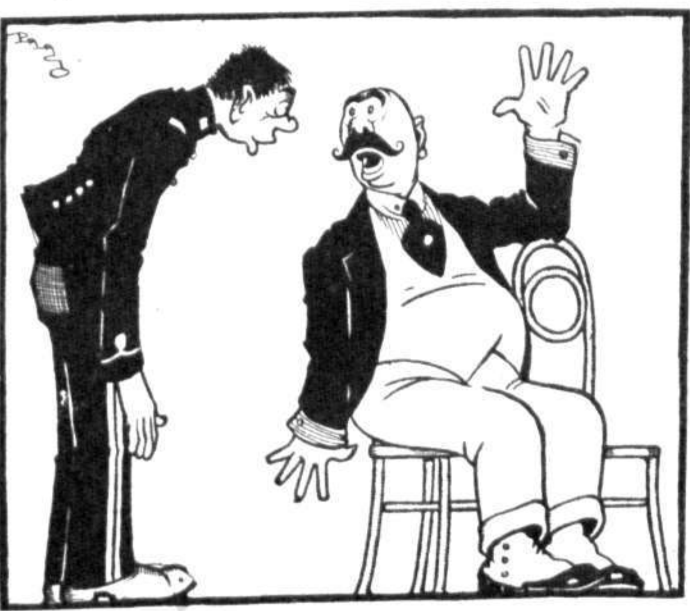
Si se descubriesen las relaciones que la esposa del jefe de redacción mantiene con el motociclista encargado de «bichar» las casas de los personajes moribundos, para ver cuánto entornan la puerta y venir a avisárselo al cronista social, el jefe de redacción moriría de disgusto y yo sería el jefe.

Si ganase el premio municipal de verso blanco, como he ganado los nacionales de entomología y arquitectura conmemorativa, mi busto de mármol sería inaugurado por Mr. Forestier en la punta del espigón de la Avenida Costanera. Noel me lo ha prometido.

Y todas esas perspectivas de provecho, de poder y de gloria, excitan mi imaginación mucho menos de lo que se lograría anunciándome que un plebiscito de «pelandrunes» me ha consagrado Rey del «Escruje», o nombrado «capo de la camorra», o solemnemente rebautizado como Bibí des Epinettes, o el «Grone de Chiclana».

Esto es resultado de la imaginación. ¿Y qué otra cosa puede crear la imaginación creadora, sino el despropósito mental del tropo, o el despropósito civil del delito? ¡Ya ve usted si seremos hermanos!

Pero, con todo, con un común ideal, mi oficio no iguala al suyo. En efecto: ¿Cuáles son, desde Fray Luis, la vida sabia y el cantar sabroso? La descansada. El no aprendido. Y figúrese usted ahora que yo, un payador, como usted dice, para ganar el pan de cada dos días tengo que concurrir todas las noches a la redacción de un importante rotativo, con la sola misión de decirle al Gobierno que acierta, cuando mi director ha amanecido oficialista, y que se equivoca, cuando mi director ha trasnochado opositor. Y como él mismo no es ni una cosa ni otra, pero un golfo que ve la política, como los golfos ven los faroles del alumbrado público, he aquí que yo debo turnar mi personalidad, mi opinión y mi estilo, para alabar y para criticar, día de por medio, la consuetudinaria acción oficial, que de por sí no es mala ni buena, sino tonta de toda tontería; como yo, como mi director y como el Gobierno. Apilo así quince loas y quince reprimendas, y al cabo de treinta días, hay en la casa un hombre que tiene siempre la misma cara y que es el encargado de darme plata, no sé si por lo que hice o por lo que esperé. ¿Aprecia usted en toda su ultrajante chatez eso de que siempre la misma plata venga de la misma mano del hombre de la misma cara? Plata que antes de cobrarla ya sabía yo cuánto importaba y al centavo; y ya la había gastado, peso a peso; y de la que ya no me puede quedar nada. ¡ira de Dios! nada más que la sensación insoportable de que, percibiendo el salario, he renovado por otros treinta días el compromiso crítico apologético de mi execrable profesión de editorialista.


Su entrada, señor...

Usted dirá, amigo malevo, que también escribo milongas, de esas con consonantes en las puntas y mi nombre de Polidor Raíces al pie de la forma. Es cierto, las escribo. Los días pares, a la Rosa; los días impares, a la Raza. Gustan tanto a mi señora, como mis editoriales gustan a mi director. ¿Su precio? La paz conyugal. Y es así como he conquistado el derecho de que me llamen un sembrador de ideas, un espíritu de vanguardia, un hombre que ha elegido la más noble de las actividades, la de la mente. Esta es mi vida descansada, este es mi cantar sabroso. ¡Hágame usted el favor, señor malevo; hágame usted el favor de cortarme la garganta!

Soy tan intelectual y tan avanzado como aquel gallego que, comiendo habas con tocino, justificaba su mezquino regalo con la afirmación de que «para eso» lo había ganado. Pues si no es más que para eso, ¿qué más puede darnos, el que sea con una pluma y no con una nona con lo que lo ganamos? ¡Horror de horrores! La voluntad hollada por el tiempo, el bombón deshecho que parece una cucaracha aplastada, el buey tras la carreta... ¡Uff!... ¿Quiere decir, entonces, que la necesidad y el sacramento nos ponen la herramienta en la mano, nos plantan ante el yunque y para animarnos nos dicen: ¡Cuando hayas golpeado un mes o una luna, te daré con qué tengas fuerzas para golpear otro tanto y por el mismo plazo, y así hasta que revientes! ¡Ah!... Y si desmayas, te urgirán todavía: ¿Es que ya no sabes golpear? ¡Sí, vive Dios!; sí que me lo sé de memoria y por hábito y mecánicamente; pero es por eso mismo por lo que dejo de golpear; porque este cantar ya lo he aprendido, y ya no es sabroso ni para mis nervios ni para mi corazón. ¡Ah, la voz del yunque nuevo, del yunque imprevisto que suena a libertad y a devaneo!...

Así es como he llegado a convencerme de que la emoción artística, la emulación psíquica, la libertad voluptuosa, que se nos niegan en el plano de las abstracciones mentales, con todo y demostrar que el ministro de Hacienda ignora la tabla de Pitágoras, es probable que se las conquiste en las materialidades del conato urbano, con solo y por ejemplo, aplicar el golpe de «furca» al habilitado de la Aduana. Por lo pronto, ya es indudable que mientras el más vulgar de los discípulos de Stendhal, sabe lo que pasa por el corazón de una mujer, antes de que ella le permita reclinar la cabeza sobre su seno, en cambio, ni el maestro de Luiggi Vampa, ni el Rey de los descuidistas adivinan lo que contendrá la cartera de cuero de Rusia que están substrayendo delicadamente al confiado pasajero en la plataforma del tranvía. «Esta mujer me ha amado toda la vida» es una frase decepcionada, aunque parezca todo lo contrario. Y «esta cartera estaba vacía»




es una triunfante comprobación experimental, a la que ningún espíritu superior puede ser insensible.

Porque, en verdad, para ustedes mismos, ¿qué es lo que vale? ¿Lo que cuenta del hecho delictuoso? ¿Su producto? ¡De ninguna manera! Si no fueran ustedes espíritus artísticos y generosos por excelencia, cambiarían su noble profesión por otra más tranquila y lucrativa. Pero por fijo que no hay una que pueda reservar al ánimo esforzado la satisfacción de la propia pericia, la comprobación de la facultad innata, el orgullo de la solución personal, como el salpimentado ejercicio del «escruje». ¡Ese sí que es cantar sabroso! ¡Aquí es donde hay que sacar las ideas de la cabeza, los recursos del cuerpo, y hacer de tripas corazón! La volición rápida, la comprensión fulmínea, la reacción instantánea del esgrimista, del «chauffeur», del cazador, son tardos pasos de aprendizaje, tozudos sacrificios de «training» ensayadas malicias de histriones, frente a tales «agachadas», «gambetas» y «espiantes» como los que impone un buen «laburo» de «punga».

Y dejando de lado, por sabida, la experiencia de que como para los literatos son las más incómodas amantes y los más envidiosos amigos, así, para los ladrones, son las más resignadas compañeras y los más solidarios colegas, ¿habrá quien dude de que la policía, áspera para el burgués, cuida del maleante con el mismo celo que la Defensa Agrícola de la langosta? El afecto se engendra con el trato, y de éste, la admiración. ¿Qué mucho, pues, que un meritorio novicio, luego de oír de los mismos labios del «Batitú», incomunicado «con causa», la relación arrebatadora de la «biaba» que recibió el «otario» y de los dividendos que pagó la «percanta», adquiera de súbito la verdadera conciencia de su empleo y, borrando con un gesto la imagen aterradora de los quince o veinte días que todavía le faltan para cobrar sus sueldos, menos las multas, le preponga, caviloso:

— ¡Che, «Batitú», ¿qué te parece si pido la baja... y salimos juntos?...

Los comisarios, los altos empleados que con la experiencia de los años han formado una filosofía de su oficio, tienen para el «chorro» consideraciones y delicadezas que jamás las comprenderá el cerebro, adoctrinado hasta la asofía, de un juez. Y echo mano de este neologismo que tomo de «asophus» latino, porque me parece más apropiado para calificar una ignorancia dura y solemne, pura ignorancia formada de la misma materia que el saber y del saber mismo, como la cáscara del queso, que por haberse endurecido se ha hecho cáscara, es decir, se ha adoctrinado.

Yo creo que todos los comisarios del mundo se parecen al de «Gamine». Se sienten un poco ultrajados en sus sentimientos por las características exteriores de su profesión, que el vulgo ve alguacilesca y sicaria, y que, en realidad, es simplemente administrativa y participa de las misiones confiadas por el Estado a instituciones democráticas y optimistas como las del censo, el empadronamiento y el contralor de la inmigración. Los comisarios amenazan a todo el mundo con el «calabozo», como las madres amenazan con la paja y no con el palo de la escoba. En realidad, la Policía no está vinculada a la delincuencia; su tarea principal consiste en determinar el paradero de cierta clase de ciudadanos. Un niño perdido, un demente prófugo, una menor raptada, una mayor que se hace raptar, un senador que se niega a asistir a las sesiones del Congreso, son «personas buscadas», por razónes tan indiferentes a la Policía como cuando se le encarga que busque a Tremblié o al «Brasileiro». El calabozo no va a retenerlos, carece de condiciones de prisión, va a servirles de domicilio de «referencia», hasta que el padre, el curador, el marido, el presidente del Senado, el Juez, resuelvan cuál sea el domicilio definitivo de la «persona buscada».

Y, en tal concepto, es fácilmente comprensible cómo un comisario llega a advertir, a poco de serlo, que el más lógico, natural e inofensivo de sus clientes es precisamente el más asiduo, el «chorro», huésped sonriente, milonguero, anecdótico, folklorista y costumbrista interesantísimo, confidente discreto, consejero acertado en pesquisas de otra índole y mayor importancia, que pueden motivar una aprobación de la Jefatura y un ascenso; y hombre vinculado a políticos prestigiosos que saben estimar la benevolencia con que se mira a sus «elementos» protegidos.

El policía no ha traído su ciencia, su ejemplo y su experiencia de las compilaciones de un Bajo Imperio agonizante de degradación, sino de las claras prácticas de aquella primera democracia, de hombres aptos a rigor del Taijeto, que floreció a orillas del Eurotas. Por eso, mientras el juez, socrático y argumentista se encarniza burguesamente contra el «senior» del «escruje», el reincidente, y excusa el rapto pasional ridículo u homicida del caballero, el comisario, aristotélico y equilibrado, ríe con magistral elevación la travesura pueril del robo, aprueba su habilidad, admira el gárrulo estoicismo de la profesión. Y uniendo luego a su viril concepto clásico del delito, el shawiano moderno de la pasión, desprecia la vanidad, la falta de «self-control», la ceguedad, la vehemencia, la miseria moral del delincuente «dilettante». El sabe que el profesional es bueno, y que hasta los más altos ideólogos y reformadores sociales preocupados por el progreso de la humanidad, se han sentido a veces obligados hacia el «maleante», el «rantifuso», el «punguista», el «lunfardo», el «chorro», polimorfo y único, poeta de la propiedad ajena, filósofo de la propia. Y prueba de ello es que una vez circuló una invitación así concebida:

« N. N., ácrata convicto, retribuyendo atenciones
« recibidas, tiene el agrado de invitar a usted y de-
« más punguistas de su pabellón a tomar parte en
« la inauguración privada del Pozo de la Escobería,
« que se efectuará mañana a las 15. Terminado el
« acto habrá tranvías en todas direcciones.
« R. S. V. P. Sin uniforme.
« Sírvase presentar esta entrada en la escobería.

— Su entrada, señor...

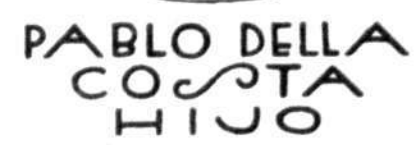
— «¡Tomá», viejo, y «hacete» a un lado...

Y entregando la que tenía en la mano, me desperté.

El acomodador sonreía.

La butaca de la izquierda había estado desocupada toda la sección.

¡¡Perverso mondongo!!.



DIBUJOS DE PALACIO

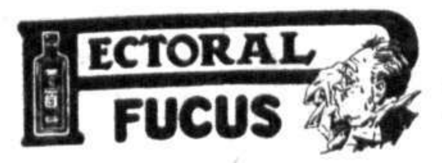




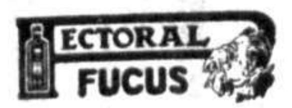


El Pañuelo de Moda

Elegante y confortable la moda, ha venido a llenar esta vez una tercera misión, cual es la de protejer tantos lindos cuellos de las indiscreciones..... del tiempo, que con sus bruscas alternativas, puede causar más de un resfrio, el cual si se cuida con el



se eliminará pronto, antes de que ataque al pecho, caso en que (si por descuido llega) será necesario redoblar las dósis (3 a 6 cucharadas por dia) para impedir que él haga progresos, pues desde la primer cucharada el



Impone Silencio a la Tos

$ 3 el fco. En las farmacias

Pida el obsequio de dos Pañuelos Inhalantes Fucus que todas las farmacias le entregarán por cada frasco de Pectoral Fucus.



Aspecto que presentaba el salón del Teatro Roma durante el gran festival artístico organizado por la Sociedad de Fomento "El Progreso" de Villa Porvenir.

ALMAS RECATADAS

Si recatas demasiado tu alma, sólo tú cosecharás la experiencia de tu vida. No abreviarás la faena de otros ni aumentarás con tu aceite la luz de su lámpara. Más bien será como si encendieses tu candil.

El orgullo no dejará de cuchichear: "Tú secreto es una aristocracia". Los otros no tienen el derecho de saberlo.

Pero tú combatirás ese sentimiento huraño y exclusivo, porque aspiras más a que tu experiencia sea mano que guíe, brújula que conduzca, timón que salve.

Date todo a todos, que cada uno según su tamaño, tomará de ti lo que convenga, como cada raíz busca en la misma tierra morena sus jugos y encuentra la divina substancia para sus flores.

¿Tú crees que el agua, el aire, el sol se vulgarizan porque se dan con esa copiosa y opulenta liberalidad?

¿Pierde, por fortura, su aristocracia la piadosa estrella? — AMADO NERVO.

El Secreto de la Hermosura Perpetua

Por Hélène Du Bléry

Cutis nuevo, en una noche. La cara rejuvenecida durante el sueño.

Es cosa que parece increíble, pero que no es nada más que la pura verdad. ¿Sabía usted que la epidermis de su cara va muriendo paulatinamente y de un modo continuo, para ser constantemente renovada por células nuevas? Precisamente son las muertas escamas cutáneas las que dan al semblante ese amarillento y feo aspecto que el polvo puede ocultar sólo momentáneamente. Así que resulta evidente que, si su cutis se halla en constante estado de desarrollo, de cambio y de renovación, usted está en condiciones de ayudar a la Naturaleza contribuyendo al desarrollo de ese continuo proceso de rejuvenecimiento.

Elimine el gastado cutis exterior que ya ha desempeñado su papel, haciéndose para ello aplicaciones de cera mercolizada. Esta fragante substancia constituye un maravilloso descubrimiento, pues ella disuelve y elimina por completo el velo mortecino formado por la cutícula vieja, revelando así la aterciopelada y brillante tez que se halla debajo. Todas las imperfecciones y erupciones que se producen en la cara, provienen del hecho de haberse permitido la acumulación de las partes muertas de la epidermis. La cera mercolizada posee maravillosas propiedades de absorción que tienen la virtud de realizar el rejuvenecimiento del cutis mientras uno se halla durmiendo.

Pida, en su farmacia, cera mercolizada, y, después de lavada su cara con agua tibia, aplíquese un poco de dicha cera mercolizada como si fuera cold-cream, y no la retire hasta la mañana siguiente. Si hace usted esto todas las noches, dentro de diez días, más o menos, usted quedará asombrada por los resultados.

Supresión del bozo en la mujer.

Para las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado, de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal, que nadie puede percibir que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Acerca de shampoos.

Hay un sinnúmero, que pueden ser calificados como buenos, innocuos o malos. Es imposible que una marca de shampoo pueda resultar apropiada para cada diferente especie de cabello. En algunos casos, saca demasiado del aceite natural; en otros, insuficiente. Las personas de cabello claro necesitan un shampoo más suave que las de cabello obscuro. Lo lógico, pues, es que uno mismo prepare su propio shampoo, graduando su fuerza de acuerdo con las necesidades de su cabello. Como una planta en tierra fértil y bien cuidada, el cabello crecerá abundante y hermoso si se le cuida apropiadamente; pero si abúsase de él, como hacen muchas mujeres que lo lavan con fuertes soluciones alcalinas, se obtendrán los mismos efectos que si se echa un veneno para yuyos sobre una planta delicada. Antes de concluir, debo manifestar que mi farmacéutico me recomendó el empleo de stallax sencillo, en lugar de los shampoos en polvo, ya preparados; y debo hacer constar que esta substancia resulta ideal para el fin indicado. Hace que el cabello se vuelva suave y ondulado.

De Lomas de Zamora

Núcleo de representantes del periodismo provincial y de la capital que asistió al "lunch" ofrecido por el señor Luis Siciliano, director del prestigioso diario "La Unión", celebrando la inauguración del nuevo edificio que ocupará este difundido diario.

Señor Luis Siciliano, director y propietario de "La Unión".



Juan Diego Cascallares era un hombre bueno, con esa bondad ingenua y espontánea que las gentes, acaso con algo de razón, calificarían de tontería. En sus seis años de matrimonio, puso todas sus energías al servicio del bienestar doméstico, y gracias a su espíritu ahorrativo y previsor, contaba con su casita, modesta pero lo suficientemente cómoda para él y los suyos, y con una asignación mensual segura en el presupuesto de la Nación. Pero, malgrado ello, Juan Diego no era feliz. Faltaba a su completa dicha, algo que él mismo no acertaba a definir exactamente. Y en sus largos soliloquios con su conciencia, solía hacerse estas o parecidas reflexiones:

— ¿Qué falta a mi perfecta dicha? Tengo un hogar honrado y limpio, que no cambiaría por ninguna de esas suntuosas mansiones en las que sus moradores, con superficial aspecto de gentes felices, vivirán tal vez, y en razón de su misma categoría en el mundo, en eternas rencillas hijas de la vanidad y del orgullo. Tengo una esposa, que si no es modelo de consortes, tampoco deja mucho que desear, puesto que es buena y hacendosa y se aviene a nuestra modesta situación: y tres hijos, que cuando regreso de mi oficina, cansado del diario trajín, me llenan de gozo con sus voces infantiles que me dicen «papá». Y sin embargo, sinceramente, no podría llamarme un hombre feliz. Pero, ¿será acaso que yo no comprendo en qué estriba la verdadera felicidad? ¿O es que ésta no existe sino en el vocabulario de los hombres, y no es más que una palabra, un gesto vanidoso con el que pretenden despertar la envidia de los demás, diciéndose felices sin serlo?

Y seguía Juan Diego sumergiéndose en pavorosas cavilaciones, de las que sacábalo la voz de su esposa, anunciándole que ya estaba pronta la comida.



Un vulgar suceso doméstico hízole dar un día con la clave de su lamentable infelicidad. Se acercaba el cuarto aniversario del natalicio de su primogénito, y una noche, mientras dormían los pequeños, convenía con su mujer la mejor forma de recordar la fecha.

— Cómprale un trajecito de esos de marinero, con pantalón largo y cuello azul, — decía ella.

— Me parece mejor que le traiga aquel automóvil mecánico que vimos en la vidriera de un comercio, — opinaba él, — seguro de que ese presente, aunque menos práctico que el indicado por su esposa, agradaría más al niño.

Como no estaban de acuerdo en la elección del regalo, ella propuso otra cosa que él no consideró conveniente, y él aconsejó otra que tampoco le pareció bien a ella. Y no pudiendo resolver en definitiva qué le regalarían al pequeño, optó él por hacer valer su autoridad de jefe de familia.

— Bueno, — dijo imperiosamente. — Compraré lo que me parezca, y lo que yo haga bien hecho estará. Y ella, que no obstante la resignación que él le atribuía, tratándose de intereses domésticos no admitía más voluntad que la suya, — replicó colérica:

— Comprarás lo que yo quiero, o de lo contrario malgastarás nuestro dinero, pues yo haré trizas el inservible juguete que te empeñas en adquirir, y el pobre hijo mío se quedará sin regalo. Y en una violenta crisis de nervios, rompió a llorar desconsoladamente.

Esa noche Juan Diego estuvo despierto hasta muy tarde, sin lograr conciliar el sueño, ese mago dispensador de olvido y paz, y cabrioleándole en el cerebro una idea fija, especie de tenaz obsesión que no le abandonó en toda la noche, y que lo persiguió durante muchos días. En su casa, en la calle camino de su oficina, y entre el enorme fárrago de papeles esparcidos sobre su escritorio, pensaba amargamente:

— ¡Por qué tendré yo una mujer tan exigente, que me condena a su capricho, a depender siempre de ella, a ser el eterno ejecutor de su omnipotente voluntad! ¿O por ventura yo, Juan Diego Cascallares, padre de tres hijos, empleado al servicio de una nación independiente y democrática, no tengo derecho, como cualquier ciudadano, a satisfacer un deseo mío? Y se rebelaba contra la tiranía de su esposa; tornábase taciturno y huraño, y, a pesar de ello, no se resolvía a comprar el juguete mecánico, temeroso de que su mujer cumpliera su amenaza.

Así, entre vacilaciones y secretas protestas, llegó el cumpleaños del niño, sin que volviera a conversar con su esposa sobre el particular, y no habiendo decidido aún qué compraría.

Ese día, muy temprano, abandonó Juan Diego su casa y se encaminó hacia el centro de la ciudad, deteniéndose largo rato ante los escaparates de los comercios, sin saber qué comprar. Pero como el tiempo apremiaba, y era forzoso resolverse por algo, se decidió al fin, entró en una sastrería para niños, y compró el trajecito indicado por su mujer.

Y de inmediato, sintió renacer en su espíritu la perdida tranquilidad, y logró sentirse casi dichoso.

Ya en su casa, mientras le ponían al niño el flamante traje, su mujer, mimosa y zalamera, le sonreía otra vez regocijada, triunfalmente...

Y convencido el bueno de Juan Diego de que su desdicha era obra de él mismo, que se atormentaba inútilmente por fútiles motivos, no dió más en la imperdonable debilidad de soliloquear con su conciencia, como queriendo desentrañar de ella el por qué de su «inmensa infelicidad»; y rendido por aquellas luchas terribles entre su amor propio y su «autoridad» subalternizada por el capricho de su mujer, pensó filosóficamente:

— Ella tenía muchísima razón; el automóvil aquel no hubiera servido para nada; en cambio, ¡está tan lindo Juanito con su pantalón largo y acampanado! Y besando efusivamente al pequeño, salió de su casa rumbo al ministerio, donde le esperaban importantes tareas, tras las cuales entrevía una vejez tranquila, libre de preocupaciones, gozando los beneficios de la ansiada jubilación, como merecido premio a sus afanes y fatigas...



LA NATURALEZA·ES·CIEGA

y avanza recta e inflexible hacia sus fines. Empujado por ella va el hombre. Pero ella ni lo ve, ni lo oye, ni lo siente. Con idéntica impasibilidad lo halaga o lo tortura, lo levanta o lo derriba, lo crea o lo destruye. El hombre, sinembargo, usando de las mismas fuerzas que ella le otorga, ha ido, poco a poco, aprendiendo a defenderse. Así, por ejemplo, tratándose de los dolores físicos, la ciencia humana ha luchado hasta llegar al descubrimiento de la

CAFIASPIRINA

que es el analgésico perfecto, pues no solo alivia rápidamente los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por los excesos alcohólicos, etc., sino que levanta las fuerzas e imparte al organismo una grata sensación de bienestar.

NUNCA AFECTA EL CORAZON

En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.

BAYER

De Bánfield

Cabecera del banquete con que los socios del Club Social celebraron el 19.° aniversario de su fundación.

El señor Camilo Dablane presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un destacado núcleo de vecinos, en aplauso a su eficiente actuación al frente de la Comisión de Fomento.

CASA CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. RASETTI y Cía.

SUCESORES

IMPORTADORES

ARMAS
MUNICIONES Y
CUCHILLERIA



OFERTAS EXCEPCIONALES

ESCOPETA fuego central, de 2 tiros, calibre 16, con cuatro cierres, caño izquierdo choke, fabricada especialmente para la caza, con caño de Acero Especial. Arma recomendada a	$ 85.-
Cartuchos cargados con pólvora sin humo, calibre 16, con munición templada, fabricación especial, marca Carlos Rasetti, el ciento....	$ 13.-

AVISO

Rogamos a nuestra clientela del Interior, se sirvan solicitar precios. Estamos en condiciones de vender a los precios más convenientes.



PISTOLA MAUSER

Calibre 7.65 de repetición automática, 8 tiros

$ 40.00

Revólveres SMITH Y WESSON

Todos los modelos y calibres.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

SARMIENTO
ESQUINA
MAIPU
BUENOS AIRES



BASES DEL CONCURSO

1.º — Desde la fecha y hasta el 8 de Noviembre queda abierto el Concurso 28 de CARAS Y CARETAS.

2.º — Para tomar parte en este Concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo con claridad el nombre completo, apellido y dirección del remitente y la cantidad de granos de maíz que éste calcule contiene la botella del aperitivo Quinado "**Kalisay**", que se ha llenado hasta la parte superior de la etiqueta amarilla, y se ha depositado en la escribanía de los señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río debidamente lacrada y sellada con todas las formalidades de práctica y cuyo facsímile publicamos.

3.º — Pueden también enviarse las soluciones escritas al dorso de las etiquetas amarillas de las botellas de aperitivo Quinado «**Kalisay**».

4.º — Se adjudicarán los trescientos premios siguientes:

El Trust Joyero Relojero, valor........ **$ 1.000.—**

Sexto premio: Un sulky «Eureka» N.º 120, color natural, ruedas de 52 pulgadas, con guardabarros y elásticos de pinceta, de la firma Juan y José Drysdale y Cía, valor .... **$ 340.—**

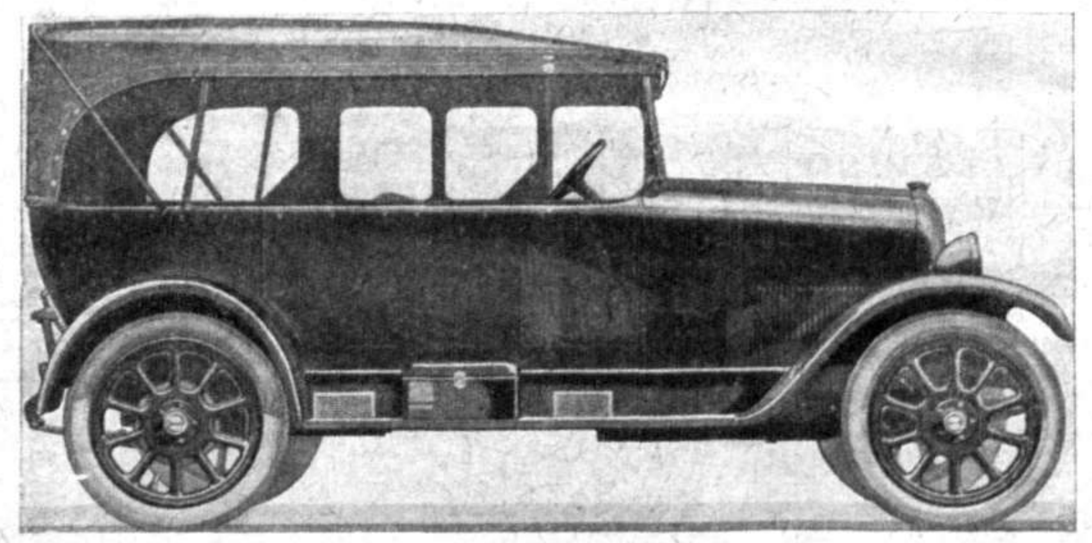
Séptimo premio: Un magnífico reloj pulsera para señora, de oro, platino y brillantes, adquirido en el Trust Joyero Relojero, valor.......... **$ 300.—**

Octavo premio: Un magnífico reloj pulsera para caballero, de oro, adquirido en el Trust Joyero Relojero, valor .... **$ 300.—**

Noveno premio: Un juego de cubiertos de alpaca sellada insuperable, de la marca «ANEZIN»; en estuche de roble forrado de seda, compuesto de 106 piezas, de la casa Anezin, valor.......... **$ 257.60**

10.º premio: Una concertola de salón, N.º 5, de la casa AMERICA, modelo 1924, valor.......... **$ 250.—**

11.º premio: Una máquina de coser y bordar de la casa



Primer Gran Premio: Valor $ 5.750 m/n.— Un magnífico automóvil Fiat Colonial Torpedo, nuevo modelo de lujo 501, motor 10-15 H.P., arranque y alumbrado eléctrico. Coche dotado de todos los adelantos modernos, con capacidad para cinco pasajeros, adquirido en la casa Fiat, en cuyas vidrieras se exhibe.

LISTA DE PREMIOS

Primer premio: Un automóvil Fiat Colonial Torpedo, para cinco pasajeros, motor 4 cilindros 10-15 H.P., arranque y alumbrado eléctrico, completamente equipado, valor.......... **$ 5.750.—**

Segundo premio: Un regio dormitorio de la conocida casa Lorenzini y Peretti, de roble y raíz de olmo, compuesto de 9 piezas, valor.......... **$ 1.700.—**

Tercer premio: Un soberbio piano de la célebre marca alemana Goers y Kalmann adquirido en la casa Lottermoser, valor.......... **$ 1.300.—**

Cuarto premio: Un piano Lottermoser, de la casa del mismo nombre, valor.......... **$ 1.200.—**

Quinto premio: Un precioso pendantif de brillantes, engarzado sobre platino, adquirido en la conocida casa

SINGER, valor.......... **$ 220.—**

12.º premio: Un anillo de oro 18 k. y brillantes para caballero, del Trust Joyero Relojero, valor.... **$ 200.—**

13.º premio: Un anillo de platino y brillantes para señorita, de El Trust Joyero Relojero, valor.. **$ 200.—**

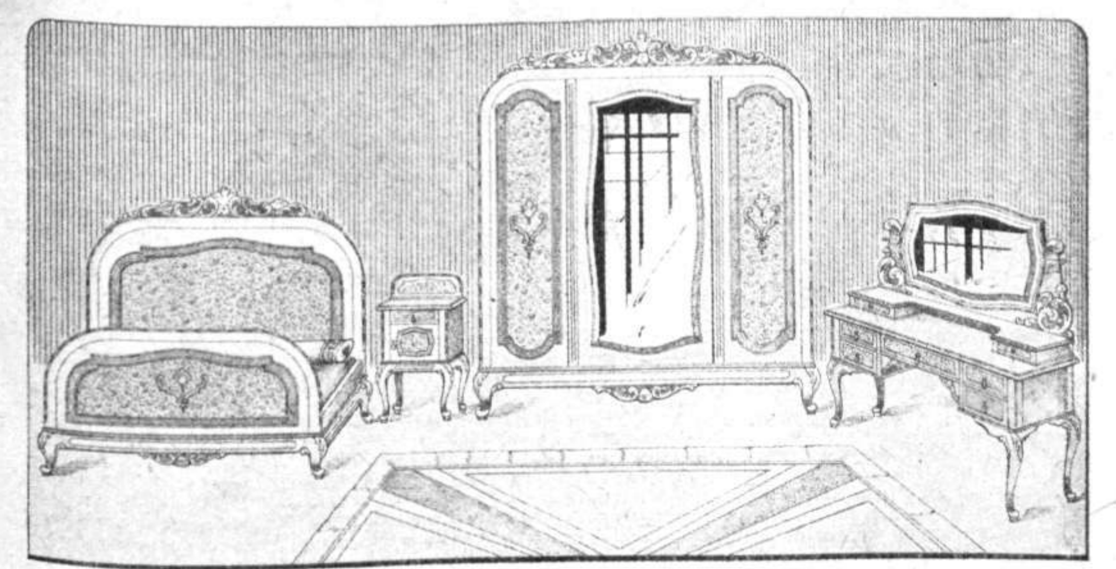
14.º premio: Un par de aros brillantes y diamantes, de El Trust Joyero Relojero, valor.......... **$ 180.—**

15.º premio: Un juego de frascos para «toilette», compuesto de 9 piezas de cristal Bacarat, cortado, rosado, de la casa «ANEZIN», valor.......... **$ 172.60**

16.º premio: Una bicicleta de la famosa marca PEUGEOT, de la casa Lehman y Cía., para señoritas, valor .... **$ 160.—**

17.º premio: Una bicicleta íd., para niño, valor **$ 160.—**

18.º y 19.º premios: 2 juegos para servir helados, de



Segundo premio: Valor de $ 1.700 m/n. — Un regio dormitorio, de roble y raíz de olmo, compuesto de los siguientes muebles: 1 cama, 1 ropero de 3 cuerpos, 1 toilette, 2 mesitas, 1 elástico, 2 sillas o 1 banqueta. Adquirido en la conocida casa LORENZINI Y PERETTI.



Tercer Premio: Valor $ 1.300 m/n. — Un soberbio piano de la célebre marca alemana GOERS Y KALMANN. Adquirido en la conocida casa LOTTERMOSER.



Cuarto Premio: Valor $ 1.200 m/n. — Un hermoso piano Lottermoser, marca de la misma casa.

metal plateado e interior dorado y cristal, compuesto de ocho piezas de la ORFEBRERIA ANEZIN, a $ 125.90 c/u., valor.................... $ 251.80
20.° al 23.° premios: 4 juegos para servir te y café, metal plateado marca «ANEZIN», compuesto de 5 piezas, a $ 140.— c/u., de la casa Anezin, valor.................... $ 560.—
24.° al 26.° premios: 3 alfileres de corbata a $ 100.— c/u., de El Trust Joyero Relojero, valor.................... $ 300.—
27.° y 28.° premios: 2 juegos para «toilette» compuestos de 3 cepillos, 1 espejo, 1 peine, en un artístico estuche, de la casa «ANEZIN», a $ 90.— cada uno, valor.................... $ 180.—
29.° al 36.° premios: 8 juegos de escritorio de cristal negro y bronce, compuestos de tintero doble, portacartas, secador, regla, cortapapel y limpiaplumas, de la casa Tamburini y Cía., Lda., a $ 62.50 c/u., valor.................... $ 500.—
37.°, 38.° y 39.° premios: 3 colecciones de 25 volúmenes encuadernados en tela de las conocidas ediciones de «LA CULTURA ARGENTINA», a pesos 50.— c/u., valor.................... $ 150.—
40.° premio: Un gemelo especial para campo, de la renombrada marca BAUSCH del Instituto Optico Oculista SUVA, valor.................... $ 50.—
41.° premio: Una guitarra «AMERICA» N.° 3021, de la casa AMERICA, valor pesos.................... 42.—
42.° al 46.° premios: 5 aparatos de radiotelefonía a galena, con selector de onda del Instituto Optico Oculista SUVA, a $ 40.— c/u., valor.................... $ 200.—
47.° premio: Una guitarra valenciana legítima N.° 3005, de la casa AMERICA, valor.................... $ 39.—
48.° al 52.° premios: 5 aparatos fotográficos KODAK, de la casa SUVA, a pesos 33.— c/u., valor.................... $ 165.—
53.° premio: 1 estuche «necesaire» de 14 piezas de marfil, de A la Ciudad de México, valor.................... $ 29.50
54.° premio: 1 estuche «necesaire» de 12 piezas, de marfil de A la Ciudad de México, valor.................... $ 29.50
55.° al 58.° premios: 4 valijas para viaje, de 55 ctms. de largo, de cuero y correas, de A la Ciudad de México a $ 26.50 c/u., valor.................... $ 106.—
59.° al 61.° premios: 3 «en-tout-cas», de pura seda, con mangos labrados, de A la Ciudad de México, a $ 25.— cada uno, valor.................... $ 75.—
62.° premio: Un estuche «necesaire», de 12 piezas de marfil, de A la Ciudad de México, valor.................... $ 23.50

La botella de Kalisay se llenó hasta la línea que indica esta flecha.

63.° al **65.**° **premios:** 3 manomóviles con ruedas de goma, de A la Ciudad de México, a **$ 21.50** c/u., valor.................................. **$ 64.50**
66.° al **68.**° **premios:** 3 costureros de felpa y forrados en raso, con útiles, de A la Ciudad de México, a **$ 18.50** c/u., valor.............................. **$ 55.50**
69.° y **70.**° **premios:** 2 triciclos para niñas, con canasta y ruedas de goma, de A la Ciudad de México, a **$ 16.50** c/u., valor.............................. **$ 33.—**
71.° al **300.**° **premios:** 230 canastos **"Kalisay"** especiales para las fiestas de Navidad y Año Nuevo, a **$ 15.—** c/u., valor.......................... **$ 3.450.—**

5.° — Los premios detallados se adjudicarán en la forma que se expresa a continuación:

a) El «Primer Gran Premio» a la persona que indique el número exacto de granos de maíz que contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**.

b) El segundo premio a la persona que indique el número que más se aproxime a la cantidad exacta de granos de maíz que contiene la botella, tanto anterior como posterior. Y los premios tercero hasta el trescientos, ambos inclusive, a quienes remitan cupones o etiquetas con cifras que sigan en orden aproximativo, adjudicándoseles los premios por el orden que se establece.

6.° — En el caso de que nadie indicase el número exacto de granos de maíz que contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**, los premios se adjudicarán a las personas que más se hubieran aproximado, siguiendo el orden establecido en el artículo que precede.

7.° — Si varias personas hubieran coincidido indicando el número exacto de granos de maíz que contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"** se sorteará el primer premio entre todos los cupones o etiquetas que hayan acertado.

Los demás premios, en este caso, se adjudicarán también por sorteo, entre todos los que hayan indicado el número exacto, con exclusión del cupón o etiqueta que haya sido favorecido con el primer premio como se ha procedido en concursos anteriores.

Si habiendo alcanzado a ser favorecidos con premios todos los cupones o etiquetas que indiquen la solución exacta, aun quedasen otros premios de los ofrecido, se adjudicarán sucesivamente a los que se hayan aproximado al número exacto y en la misma forma expresada anteriormente, sorteándose cuando varios coincidieran.

8.° — En cada cupón o etiqueta se podrá escribir una sola cantidad, pero cada interesado puede enviar cuantos cupones o etiquetas de **"Kalisay"**, etiqueta amarilla, desee, siempre que indiquen un número distinto en cada uno de ellos.

9.° — Los sobres conteniendo cupones o etiquetas deben dirigirse a: «Concurso 28 de CARAS Y CARETAS. Chacabuco, 151/155. — Buenos Aires».

10.° — Los cupones o etiquetas **"Kalisay"** que no vinieran escritos con claridad o que se prestasen a confusiones, lo mismo que los que llegaran después de la fecha de clausura, no entrarán en concurso.

11.° — Los premios serán entregados previa identificación del agraciado.

12.° — Cualquier duda respecto a la interpretación de las bases de este concurso será resuelta por los escribanos señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río, cuyo fallo será inapelable.

Aparte de los premios citados, se otorgarán otros cinco premios especiales, en Cédulas del Banco Hipotecario Nacional, a las cinco personas que remitan mayor cantidad de cápsulas con su correspondiente estampilla fiscal adherida, de las que cubren las botellas del aperitivo Quinado «Kalisay», distribuidos en la siguiente forma:

Al 1.° $ 600 m/n en cédulas.
Al 2.° » 400 » »
Al 3.° » 300 » »
Al 4.° » 200 » »
Al 5.° » 100 » »

NOTA. — Oportunamente indicaremos la fecha y el sitio en que tendrá lugar la apertura de la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**, para contar los granos de maíz que contiene y proceder a la adjudicación de los premios, publicándose después los resultados y la crónica del concurso con las fotografías y los nombres de los agraciados.

La apertura de la botella **"Kalisay"** y el sorteo se hará en acto público, controlado por los escribanos señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río.



Acto de sellar y lacrar la botella de APERITIVO QUINADO KALISAY, de los señores Lagorio y Cía., realizado por los escribanos señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río en las oficinas de la administración de "Caras y Caretas". Presenciaron el acto el administrador, señor José Canals, un representante de la casa Lagorio y Cía., y numerosos interesados en el importante concurso.

Nuestros favorecedores recuerdan el extraordinario interés que despertó el concurso número 27, convocado por CARAS Y CARETAS, cuyo éxito superara a todo cálculo. Nuevamente esta revista quiere proponer al público un problema, cuya solución exacta reporte beneficio positivo a los que logren descifrar la incógnita. Para ello establece su concurso número 28.

Una larga experiencia ha demostrado que la calidad del tema propuesto es el que más garantías de ecuanimidad ofrece al público. Se trata de un problema en el que el cálculo y la paciencia se mezclan sin llegar a anularse, y sin que el resultado pueda dar mo-



Botella lacrada y sellada por los escribanos señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río. Las flechas señalan hasta dónde está llena de granos de maíz.

tivo a la más leve duda. Las bases, cuya atenta observancia recomendamos a nuestros favorecedores, son sumamente sencillas, como de costumbre.

Justo será poner de relieve la gentil cooperación de la bien conocida y apreciada firma LAGORIO y Cía., creadora del insuperable aperitivo QUINADO KALISAY, producto que conquistó singular renombre entre sus similares, merced a largos años de creciente éxito. Por otra parte, la valía y la cantidad de los premios demuestran toda la importancia que tiene este concurso a base del aperitivo KALISAY. Una simple lectura de la lista de premios dará perfecta idea de ello. Indudablemente este certamen despertará también vivo interés entre los inteligentes aficionados al cálculo, tan numerosos en nuestro país.

LEOPOLDO FRIGONI
ESCRIBANO





En Buenos Aires, a nueve de Agosto de mil novecientos veinticuatro, siendo las diez horas, en presencia del señor Administrador de "Caras y Caretas", don José Canals y del Señor representante del Vino Quinado "Kalisay" Don Celestino P. Lagorio y de las personas al final firmadas, en las oficinas de la Administración de Caras y Caretas, calle Chacabuco número ciento cincuenta y uno, procedimos a llenar con granos de maíz, hasta la línea de la parte superior de la etiqueta amarilla, una botella de Vino Quinado "KALISAY", la que debidamente cerrada y lacrada, queda en mi poder.-Con lo que terminó el acto, firmando todos por ante mí de que doy fé.-

Celestino P. Lagorio — José Canals

Ante mí:

JOSÉ ROBERTO DEL RÍO
ESCRIBANO

Copia del acta labrada por los escribanos señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río.

Señor Administrador de "Caras y Caretas", remito a usted para el Concurso N.º 28 .... cápsulas del Aperitivo **KALISAY.**

Nombre y apellido ....

....

Domicilio ....

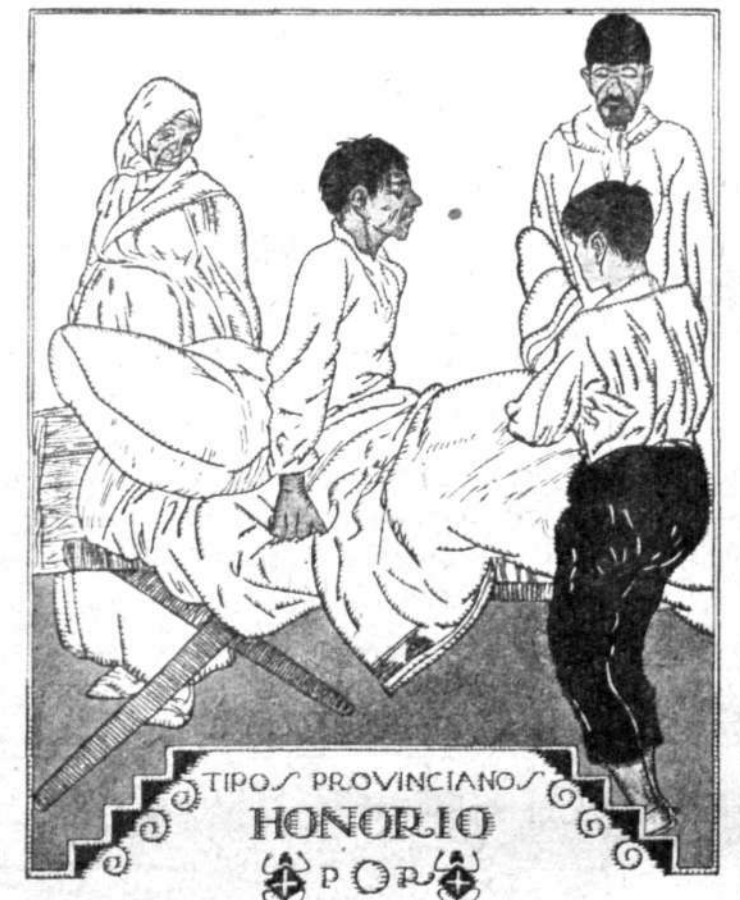
Concurso 28 de "Caras y Caretas"

La botella del **APERITIVO QUINADO KALISAY** contiene .... granos de maíz.

Firma ....

Domicilio ....

N.º 1



TIPOS PROVINCIANOS
HONORIO

POR GREGORIO GUZMAN ZAAVEDRA

En la corriente mansa de la acequia la varilla de algarrobo hacía una raya movediza. La mañana era luminosa sobre los árboles y se obscurecía entre las ramas bajas que formaban un techado combo sobre las aguas.

Dos o tres *tinti-caballos* se afanaban en imitar a la varilla de algarrobo, y en vuelos repentinos bajaban y subían como grandes mosquitos juguetones. De rato en rato una hoja se soltaba de su gajo y, dando volteretas, caía blandamente en la acequia y se iba con la corriente. A veces, una hormiga azorada que bajara con ella huía hasta un pedazo del borde no mojado, y agitando la cabeza parecía apesararse por un mal presentimiento.

El paisanito sacó su varilla del agua y se quedó mirando las gotas que se le escurrían. Luego la rompió y arrojó los pedazos lejos de sí. Observó la sombra que hacían las plantas en el suelo y se levantó. Hacía mucho tiempo que se había abierto dos hoyos en la arena mojada, dos hoyos tan hondos que el agua brillaba en ellos como espejitos. Levantó su sombrero espantándole algunas moscas y se lo puso despacio. La cara tostada se le ensombreció y en la boca tuvo un pliegue de lloro. Miró vagamente en derredor y comenzó a caminar.

Anduvo un corto trecho y se hundió con fuerza el sombrero al sentir que un sollozo le empujaba el pecho.

Un hombre salió de entre unos matorrales.

— ¿Qué haces, Pedro? — le preguntó.

— ¿Cómo andan por la casa?

Pedro, el paisanito, le respondió pisoteando una mata de pasto:

— Medio mal... mi hermano se ha puesto más enfermo.

— ¿Honorio?

— Sí... está flaco... habla despacito... A mí me da rabia.

Apoyó la cabeza en un tronco y se echó a llorar agitadamente.

— Vamos, muchacho, no ha de ser nada malo... Ya se compondrá... ¿Qué dice la curandera?

— No sé... yo no me arrimo mucho... no quiero ver a mi hermano así...

El hombre dobló un cerco de ramas secas y se fué por un camino angosto lleno de pequeñas huellas.

El enfermo miró a la vieja Francisca, la curandera y dijo:

— Me duele mucho aquí... en esta parte... mucho...

La curandera se inclinó y poniéndole la mano en el vientre se quedó un rato como pensando en otra cosa. Los cabellos blancos le caían sobre las mejillas rugosas y obscuras. Movió un poco los labios pero no habló.

— ¿Y mi tata?

El viejo Segundo, doblado en una silla, con los codos en las rodillas, se retorcía las manos y los músculos de la cara se le hinchaban como si masticara algo. El viejo Segundo era el padre de Honorio, del enfermo, y de Pedro, el paisanito huraño que andaba rondando la casa lleno de rabia por un dolor. Tenía los cabellos recortados y emblanquecidos como las hojas caídas del maizal. Los ojos negros lucíanle bajo los párpados flojos y estaban fijos en el umbral del cuarto. Cuando sintió que el enfermo preguntaba por él, le miró despacio y con su voz grave como un trueno muy lejano dijo:

— ¿Qué quieres, hijo?

Honorio aspiró un poco de aire, lo dejó escapar en un ronquido dé-







bil y volvió a medias el rostro.

—Ah... está aquí...

—¿Cómo quieres que salga?... Tengo que estar cerca de vos.

—Cierto... al fin es lo último...

La curandera le palpó la frente y balanceó la cabeza:

—Bueno... es mejor que te calles.

Honorio cerró los ojos. Se sentía morir poco a poco. Claramente notaba que se le iba la vida como el agua de los chifles agujereados. Sin embargo, pensaba que esa vida no se le iba del todo... Porque era imposible. Cierto que los chifles quedaban vacíos, inservibles, y había que tirarlos... Pero el agua caía en la tierra y regaba alguna raíz... y las raíces regadas sostienen los tallos altos y esa agua hinchaba las hojas y hacía reventar los brotes... Hacía cuatro o cinco días que un dolor agudo le echó a la cama. Un dolor venido de quién sabe dónde, como una piedra que alguien arrojara al azar sobre el campo. Estaba en lo mejor de la tarea. Después de cargar el carro con buena leña, hasta más arriba de las barandillas, se había inclinado a levantar el látigo, cuando una puntada le obligó a ovillarse sobre el pasto. Nunca sintió en su fuerte organismo un malestar, y allí en el suelo, abrió muy grandes los ojos mirando el campo, los árboles, el carro, y tuvo una honda amargura como si hubiera tragado hiel. Quería mucho esas cosas, las quería así como estaban, como las había visto desde sus años primeros. Largo rato estuvo caído hasta que su tata le encontró. El viejo le echó al hombro y le llevó a la casa, pisando los yuyos secos y haciéndolos crujir como si se quejaran. Cuando se vió en brazos de su tata, así, dolorido, tembloroso, le pareció más lejano el campo y creyó que volvía a la niñez, a la edad aquella casi sin recuerdos, un pedazo de vida como una nube que viera mucho tiempo atrás... Miró los caminitos angostos por donde tantas veces anduviera tras las cabras, en los atardeceres silenciosos, las pequeñas acequias que llevaban el agua a las chacras y que él las había limpiado hasta con amor. Luego al llegar a la tranquera una sombra se le extendió delante y no pudo ver más. Muchas horas después pudo darse cuenta de algo. Miró el techo del cuarto, las paredes, el claro de la puerta, el patio, la copa del árbol, un pedazo de cielo. El mal que le atacara se obstinó en hacerle cada vez más daño. Unos tras otros los momentos le iban llevando las fuerzas. Ahora estaba con las últimas... casi nada...

—¡Tata!

—Hijo...

—Estoy muy mal... creo que se acaba esto... ¿Dónde está Pedro?

El viejo se apretó las rodillas con los dedos temblorosos y se levantó. En el corredor la curandera hacía unos amasijos de yerbas.

—¿Y Pedro?

—Por ahí debe andar. En varias ocasiones ha venido hasta el árbol. Después se va ligero al monte... ¿Ve? ahí viene otra vez.

Don Segundo se va hasta su otro hijo y le toma de un brazo.

—Ven, muchacho.

—¿Adónde, tata?

—Honorio quiere verte.

Pedro mira al viejo y le nota una expresión rara que en vez de huir como era su intención se echa a llorar apretando el rostro contra el pecho de su tata.

Don Segundo le toca la cabeza sacudida por los golpes de llanto, y dos grandes lágrimas se le caen en el pecho donde un gran sollozo parecía aguardarlas agazapado para saltar violentamente.

Los dos se encaminaron hasta la tranquera y abrazados lloraron sobre los troncos pelados, duros, mientras un gran sol les envolvía en un manto tibio y transparente.

—Secate la cara, muchacho... Vamos a verlo... es tu hermano.

—Sí, tata.

El muchacho se pasó la manga por los ojos y siguió al viejo hasta la casa.

Honorio les sintió entrar y preguntó:

—¿Y Pedro?

—¿Qué quieres, Honorio?

—Ah... sois vos... vení... arrimate... ¿Por qué no venías?... ¿Adónde has andado?

—Por la acequia.

—La acequia... Cierto... tienes el olor de la acequia en las manos... ¿Corre siempre igual?

—Sí... ahora se va llenando más...

—Mejor... es bueno que venga mucha agua.

—También fuí al cerco.

—¿Al cerco?... ¿No has visto algún portillo?...

—Sí... ya lo cerré.

—Hay que cerrar los portillos siempre...

La proximidad de la muerte parecía aclarar el pensamiento de Honorio. Las noticias que le daba Pedro le hicieron correr más a prisa la poca sangre, la última sangre y en los ojos tuvo una sonrisa casi alegre. Alzó una mano como llamando a alguien. Don Segundo se le aproximó.

—Tata... quiero pedirle un favor... Yo creo que no me lo negará... Además, debe ser el último... Yo... tengo ganas de ver el campo... que estos ojos que se van a cerrar se alegran con esa luz del aire, con ese olor tan lindo del campo bajo el sol... ¿Por qué no podrían sacarme... así, en la cama?...

Pedro tiró del saco a su tata y movió la cabeza:

—Yo le voy a ayudar...

El viejo miró la puerta y luego la cara de Honorio donde había un gesto de ansiedad.

Sacaron al enfermo, levantando con cuidado la cama y lo pusieron en el corredor.

La curandera se llenó de azoramiento, y acercándose a don Segundo le musitó:

—Van a hacer que se muera más pronto.

Y se fué detrás de la casa donde tiró los remedios que estaba preparando. Se quedó derecha mirando la sombra de los árboles que se iba estirando como un borrón azulado sobre los pastos. No había duda... el pobre muchacho se moriría. Ella lo supo apenas lo vió dos días antes, pero cumpliendo con sus obligaciones le atendió hasta el momento aquel. Ahora no tenía más que aguardar un poco. Los ojos renegridos, bajo la frente tostada, seguían fijos en la sombra de los árboles y un rayo de sol le hacía brillar los cabellos blanquecinos sujetos con horquillas de alambre. Algunas hormi-







gas retozonas se le subían en los botines descatalados y por el pecho y los hombros le iba y venía una avispa moviendo las alas sin ruido.

Cuando volvió al corredor se detuvo con un trazo de asombro en los labios entreabiertos. El enfermo parecía revivir. Nunca, la curandera, había observado un caso como ese.

Honorio con el busto algo levantado por unas almohadas que Pedro le puso en la espalda, movía las manos y hablaba suavemente. A ratos sonreía y su rostro seco y rugoso parecía humedecerse por un gran soplo de vida.

—Gracias, tata... —suspiró el enfermo, mientras los ojos se le llenaban con los colores del campo.

El viejo se sentó al borde de la cama y Pedro apoyado en un horcón del corredor se puso a mirar a lo lejos retorciendo la punta de su *chumpi*.

—Pedro... hermanito... ¿qué es aquello que cuelga del árbol?

—El morral del zaino.

—El morral del zaino... sí... ya lo veo bien... Se quedó unos instantes mirando la pequeña bolsa que oscilaba levemente.

—¿Y aquello blanco... es el maizal?

—Sí, el maizal.

La chacra enmarcada por las ramazones del cerco brillaba alegremente. Algunos pájaros pasaban sobre ella cortando el aire luminoso y se iban hasta los árboles lejanos.

—Tata...

—¿Qué quieres, hijo?

—Yo estoy contento porque puedo ver todavía cómo vuelan esos pajaritos sobre nuestro maizal...

Don Segundo sintió que Honorio le apretaba una mano y un extraño calor le pasó por el cuerpo. Sabía que su hijo se estaba muriendo, porque en su larga vida vió agonizar a muchos seres queridos. Recordó de su padre que en una noche muy triste se le enfrió en sus brazos. No hacía muchos días que su perro, el viejo «Fiel» se le murió lamiéndole la mano, y su higuerita, cuidada como una hija la había hallado seca y negra de hormigas cuando fué a cortarle los brotes nuevos. Pero su hijo Honorio tenía una leve sonrisa que le llenaba el rostro de claridad sana, como si la energía del campo le hubiera infundido aliento de resurrección.

—Hermanito—se atrevió el muchacho huraño—estás lindo como antes. Ya no tengo miedo...

Se le acercó y le arregló la camisa sobre el pecho. Tenía en los dedos un temblor de hojas pálidas reviviendo por la esperanza que le soplaba una brisa bienhechora.

—¿Por qué has de tener miedo, Pedro? Ya sos un hombrecito... ¿Acaso no sabes trabajar como tata?

Honorio aspiró con afán el aire que tenía tibieza de yuyos al sol. Luego un silbido malo como canto de pájaro moribundo le salió de la garganta y retorciéndose bajo el corredor se quedó temblando en el aleto.

—Hermanito —dijo Pedro haciendo pucheros.— Me está entrando una rabia otra vez... Yo me voy al cerco...

El moribundo le tomó de la mano y se irguió. El rostro seco y amarillo se le llenó de sombras y de luz a un tiempo y los labios tocados de muerte se plegaron en sonrisa severa.

—¡No!... no te has de ir... ¡Tata!... mire el campo... nuestro campo... qué lindo está... Y todas estas cosas... la pirua con sus chalas... la tranquera para atar los animales... ¡Tata!... yo quiero tocar... todo esto... la chacra querida llena de sol... las hojas de los árboles... ¡Tata! yo quiero... besar... el campo...

—Honorio, hermanito, mis manos tienen el olor de la acequia...

Don Segundo se dobló sobre las rodillas y cubriéndose la cara reprimió un sollozo que le hinchó las espaldas como un viento amargo.

—Olor... de... la acequia... sí... de agua... linda... —susurró el moribundo mientras caía poco a poco sobre las almohadas y apretaba contra su boca helada las manos temblorosas de Pedro.

El viejo, repentinamente, comenzó a llorar y su lloro era como un trueno muy lejano.

Como el aleteo de un pájaro herido sonaron las últimas palabras de Honorio:

—Agua... de la acequia... no la dejen... secar... para las plantas... para todos...

Y el soplo postrero de aquella vida se fué como un perfume mezclándose en el aire sabroso a yuyos y a sol.

Pedro se soltó de las manos que seguían apretando las suyas, miró los ojos de su hermano llenos de una muerta ansiedad de luz y huyó hasta el sitio donde los árboles hacían un techado combo sobre el agua, que seguía corriendo mansamente como un esfuerzo hinchado de esperanza.

Se arrojó sobre las arenas mojadas y hundiendo las manos en ellas, se quedó inmóvil, mientras algunas hojas amarillentas volaban en la azulosa penumbra, caían en la acequia y se iban navegando lentamente.


DIBUJO DE BESARES






Enlaces




Señorita Zulema L. Massa con el señor Silvio S. Lucchini. — Lanús.




Señorita Adela Paz con el señor Edgardo Luis Amaral. — Tucumán.




Señorita Rosa Romano con el señor Maximino López. — Rivadavia.




Señorita Teresa Crapivinsky con el señor Isaac A. Potnoy. — Rosario.




Germano-Miglio. — General Sarmiento.




Señorita Roquelina González con el señor Albino Olano. — Ayacucho.


VENTA ESPECIAL DE TAPADOS
Y
ARTICULOS DE PUNTO
1249. — En "piel de camello". Rica tela de gran moda. Esta preciosa chaqueta confeccionada que valía $ 55.— la liquidamos a $ 23.—
150. — Saco chaleco de abrigo, el artículo del día, en fino punto tricot de lana, en colores vicuña, gris y marino. Valía pesos 9.50; lo liquidamos a $ 6.90
1249
95.- Porte-Tresor, la cartera de la actualidad en fino celuloide con hermosa aplicación. Valía $ 8.20; la liquidamos en todos colores a. $ 5.90
Durante este acontecimiento regalaremos a todo comprador un magnífico retrato tamaño 60 por 40 ctms. de S. A. el príncipe Humberto de Savoya. Los pedidos por carta también gozan de este obsequio.
150
Solicite nuestro folleto de liquidación de blanco y lencería.
5219
5219.- Hermoso tapado de elegante corte, en rico velour de lana. Valía pesos 85.- lo liquidamos a
$ 42.—
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B'AIRES



Parte de la concurrencia que asistió al baile organizado por el "Football Club Quequén" en honor de sus asociados.

Existe una curiosa idea arraigada profundamente en la conciencia de la sociedad. Si algún dolor os oprime el corazón o vuestra vida está próximo a naufragar, se os dirá que vayáis a reponeros a París o a Viena o tal vez a Nueva York... Tendréis que iros inmediatamente a alguna parte, como un gato noctámbulo y aullar vuestras penas a la luna en tejas extrañas en lugar de hacerlo sobre las vuestras...

Una mujer hermosa constituye siempre para la mayoría de las gentes un objeto de suspicacia. Y cuando ella agrega seductora elegancia a las atracciones de la forma y facciones, es aún más rápida y totalmente condenada.

EL CAPATAZ

Desde la colina, montado en su overo,
con la rienda suelta, contempla el «potrero».

Grande es su pericia, pero son sus ojos
cual vidrios de aumento. — Charcos y rastrojos
huertas y «rodeos», «puestos» y «limpiones»;
lo que hay en los «bajos» y hay en los rincones,
su mirada abarca de un solo vistazo,
y, así, todo se halla próximo a su brazo.

Los peones ya saben bien que no hay distancia
para sus pupilas; por eso la «estancia»
de «Los Algarrobos» crece y desarrolla,
siendo hasta modelo de «estancia» criolla.

Y mientras los rayos del sol iluminan
las vastas planicies, él ve si caminan
juntas las ovejas; si algún rezagado
potrillo o carnero, lejos se ha quedado;
si algún corderito, sin madre, tiene hambre
o ha sido arañado por algún alambre.

— Juan — dice a un peoncito, medio «maturrango»,
que, arreando un carnero, se enterró en el fango: —
si seguís como ahura, naide va a ganarte
a arriar una tropa y haser un aparte...

El muchacho sabe que eso es un enojo,
y al punto se excusa, poniéndose rojo.

— Tenés poca suerte — dice a otro que deja
por manca, en el pasto, tirada una oveja; —
pero siento mucho no darte una mano,
porque eso no se hase con ningún vaquiano.
Y el peón, aunque aprecia las palabras francas,
recoge a la oveja, llevándola en ancas.

Entre la humareda del fogón que llena
la inmensa cocina, se oye su serena
voz. — Oigan, muchachos — dice, — el patrón viene,
y no necesitan que yo les ordene
lo qui han di haser tuitos. — Y el patrón, que llega,
mira, a la distancia (tal cual se despliega
un pintado lienzo), desplegarse al campo,
con brochazos de oro, rojeces de lampo,
verde de arboledas, ocre de trigales,
polícromas notas de los animales
que se diseminan, buscando pasturas
tiernas, o el abrigo de las espesuras,
y cómo, balando, marchan las majadas,
por los caminitos, para las aguadas...

El patrón le dice que está satisfecho;
el capataz goza... se le ensancha el pecho,
y en su faz tostada se refleja, viva,
la emoción que fluye de su alma nativa.

Santiago Maciel

VELADA EN EL TEATRO DE LA SOCIEDAD ITALIANA. — Velada organizada por el Comité de la Unión Cívica Radical, en celebración del aniversario de las revoluciones de 1890 y 1893, en la que hicieron uso de la palabra los diputados nacionales don Jorge Raúl Rodríguez, don Diego Luis Molinari y otros oradores.



Un rico postre

es el budín Flavia, que se prepara con la siguiente receta:

125 gramos de manteca,
4 huevos,
100 gramos de harina,
1 cucharada de Royal,
100 gramos de azúcar,
4 pancitos de

Chocolate Noël.

Se pone al fuego en una cacerola el chocolate y la manteca y se revuelve hasta que estén bien unidos ambos ingredientes. Se retira del fuego, se deja enfriar un poco *y se le agregan 4 yemas; luego la harina* con el *Royal.* Se bate hasta que no haya grumos. En seguida se echa el azúcar y, por último, las 4 claras a nieve. Se pone en una budinera, untada con manteca, a horno regular.

El Chocolate Noël no debe faltar en ninguna casa, pues además de constituír un excelente desayuno y una merienda insubstituíble, la dueña de casa puede improvisar en cualquier momento un delicado postre con ese fino artículo.

Hay tres clases de Chocolate Noël : 1 Estrella, papel crema; 2 estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas, (inmejorable) papel marrón.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra :



La marca que tiene una fama de 77 años.



Deléitese usted saboreando el

Oporto DOM LUIZ

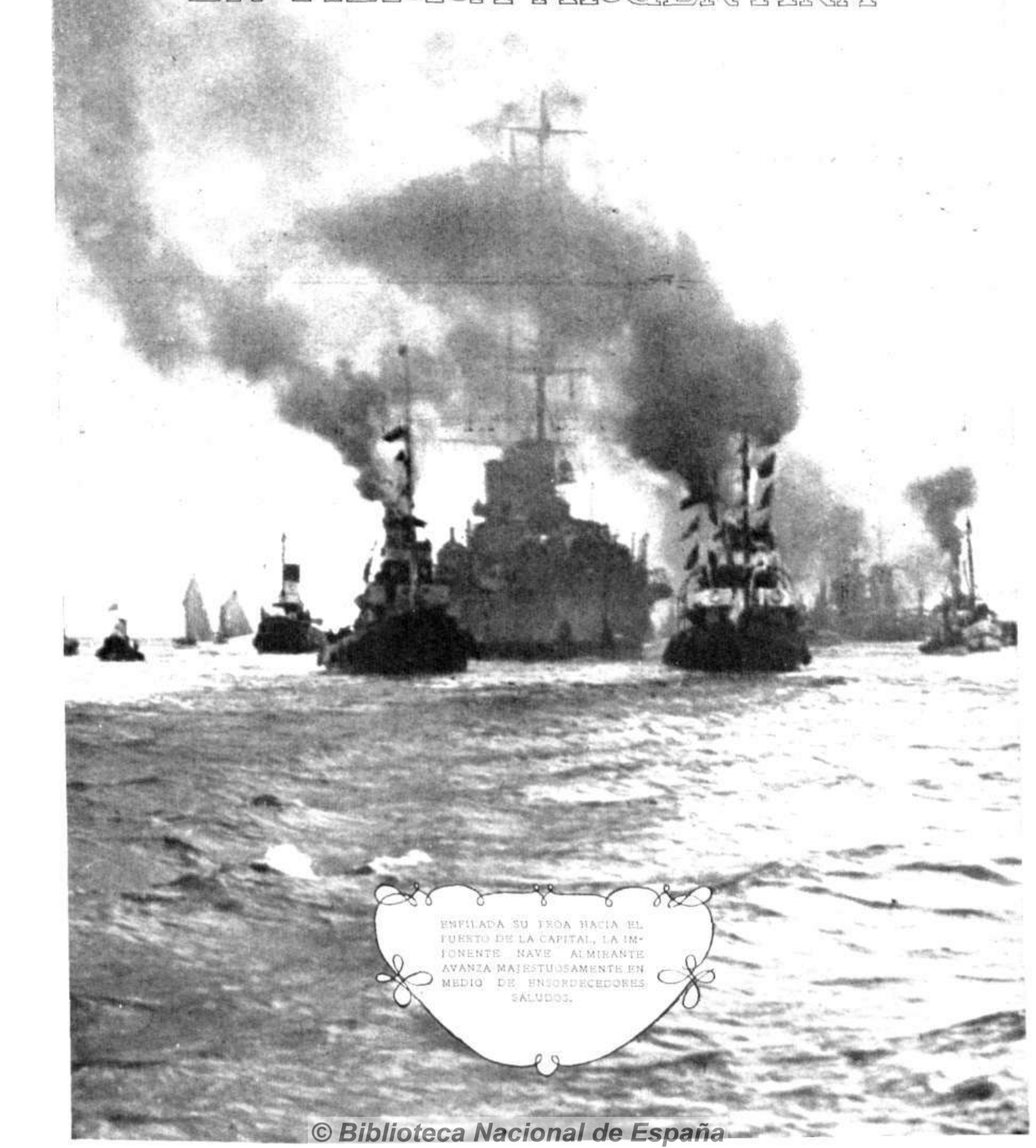
La arraigada preferencia que Vd. le dispensa es ampliamente correspondida por la gran calidad y añejez de este vino generoso.

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

NVMERO 1350

HVMBERTO DE SABOYA PRINCIPE DEL PIAMONTE EN TIERRA ARGENTINA



ENFILADA SU PROA HACIA EL PUERTO DE LA CAPITAL, LA IMPONENTE NAVE ALMIRANTE AVANZA MAJESTUOSAMENTE EN MEDIO DE ENSORDECEDORES SALUDOS.



VA EN EL COCHE OFICIAL, EN MEDIO DE LAS DELIRANTES MANIFESTACIONES POPULARES, EL AUGUSTO HUÉSPED EXPRESA AL PRIMER MAGISTRADO ARGENTINO LA HONDA EMOCIÓN Y LA ALEGRÍA QUE LE PRODUCE AQUEL MAGNO RECIBIMIENTO

ESCOLTADA POR LOS GRANADEROS A CABALLO, LA CARROZA DE GALA ABANDONA EL DESEMBARCADERO PARA DIRIGIRSE EN



DESPUÉS DE CAMBIADAS LAS PRIMERAS IMPRESIONES, EL JOVEN PRÍNCIPE Y EL PRIMER MAGISTRADO SONRÍEN AL PUEBLO, QUE, EN UN CLAMOR INDESCRIPTIBLE, PRODIGA SUS SALUTACIONES DE BIENVENIDA AL REGIO HUÉSPED.

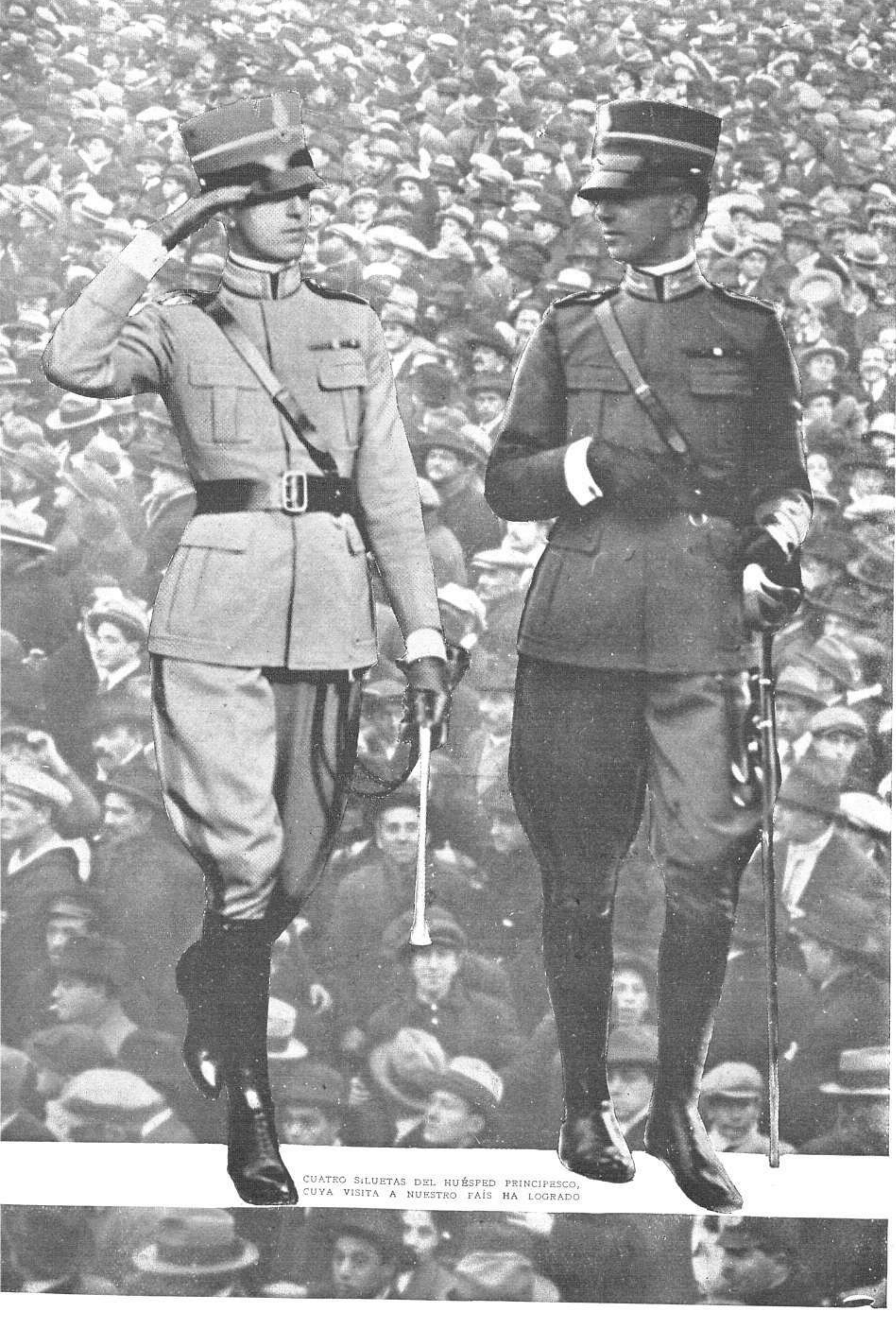
TERMINADAS LAS CEREMONIAS DEL PROTOCOLO, S. A. HÁLLASE DE NUEVO EN MEDIO DE LA INMENSA OLA QUE, EN SU AFÁN DE VERLO, ROMPE LAS VALLAS DE LA POLICÍA



EL HEREDERO DE LA CORONA, QUE TIENE A SU LADO AL DOCTOR ALVEAR, RECIBE EMOCIONADO, EN LOS BALCONES DE LA CASA DE GOBIERNO, LAS DELIRANTES OVACIONES.

LOS ACORDES DEL HIMNO NACIONAL LLENAN EL AIRE DE NOTAS SOLEMNES. EL PRINCIPE HEREDERO, QUE TIENE A SU LADO AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, SALUDA MILITARMENTE MIENTRAS TODOS LOS PECHOS REBOSAN DE ARDOR PATRIOTICO QUE LUEGO ESTALLA EN DELIRANTE Y LARGA OVACION





CUATRO SILUETAS DEL HUÉSPED PRINCIPESCO, CUYA VISITA A NUESTRO PAÍS HA LOGRADO



CONMOVER A LAS MUCHEDUMBRES, QUE VITOREAN CLAMOROSAMENTE SU NOMBRE.



AL SON DE CANCIONES PATRIÓTICAS, LOS ESCOLARES ARGENTINOS RINDIERON AL JOVEN PRÍNCIPE UN HOMENAJE PLETÓRICO DE BELLEZA.



EL PRÍNCIPE Y EL PRIMER MAGISTRADO ENTRANDO EN EL PALACIO BOSCH, QUE LE SERVIRÁ DE RESIDENCIA OFICIAL.

ANTES DE PENETRAR EN EL PALACIO, EL [illegible] HUÉSPED Y EL DOCTOR [illegible] GUARDIA DE HONOR.



EL ABANDERADO DE LAS FUERZAS NAVALES QUE RINDIERON HONORES A LA LLEGADA DEL HIPERLORD DE LA CORUÑA.

REGIMIENTO 1.º DE INFANTERÍA «PATRICIOS,» QUE MONTARÁ LA GUARDIA EN LA RESIDENCIA OFICIAL.

EL INTERÉS DEL PUEBLO NO RECONOCE CANSANCIO. ESTOS CHICOS SE HAN TREPADO INTRÉPIDAMENTE A UNA COLUMNA PARA VER AL PRÍNCIPE.

DEBE AFIRMARSE CON ORGULLO QUE LA MUCHEDUMBRE OFRECIÓ UN ALTO EJEMPLO DE DEMOCRACIAS CULTAS, AL AGLOMERARSE JUBILOSAMENTE PARA TESTIMONIAR AL PRÍNCIPE DE PIAMONTE EL HONDO CARIÑO QUE EN TODOS LOS PUEBLOS SUPO CONQUISTAR SU GLORIOSA CASA.

UNA VÍCTIMA DE LA EXTRAORDINARIA «CONGESTIÓN» POPULAR. AUTOMÓVIL BLOQUEADO POR LA MUCHEDUMBRE, QUE NO PUEDE, DE NINGUNA MANERA, DARLE PASO.

EL PASO DE LAS MODERNAS DOTACIONES DE LOS BOMBEROS FUÉ SEGUIDO CON VISIBLE INTERÉS POR EL PRÍNCIPE DESDE LOS BALCONES DE LA CASA DE GOBIERNO.



FANTÁSTICAMENTE ALUMBRADOS POR LAS ANTORCHAS LOS BRILLANTES CASCOS DE LOS BOMBEROS EMERGÍAN DE LA OBSCURIDAD, OFRECIENDO UN ESPECTÁCULO SENCILLAMENTE IMPRESIONANTE.

FIGURAS DE ACTUALIDAD

NUEVOS MIEMBROS DE LA MAGISTRATURA NACIONAL



Dr. ARGENTINO GERMÁN BARRAQUERO
JUEZ DE COMERCIO

Dr. CARLOS ALBERTO VARANGOT
JUEZ EN LO CIVIL

Dr. AGUSTÍN NICOLÁS MATIENZO
JUEZ DE COMERCIO

Dr. RAFAEL A. LEGUIZAMÓN
JUEZ FEDERAL EN LA PLATA

Como son jóvenes, no hay que dudar:
son cuatro jueces que muchas veces,
por sus aciertos, darán que hablar,
son cuatro jueces.

SENCILLÍSIMO VESTIDO DE SACO, CON SIMÉTRICOS ADORNOS DE ASTRAKÁN.

VESTIDO DE FORMA MUY ORIGINAL. ANCHAS MANGAS Y CUELLO DE PIEL.

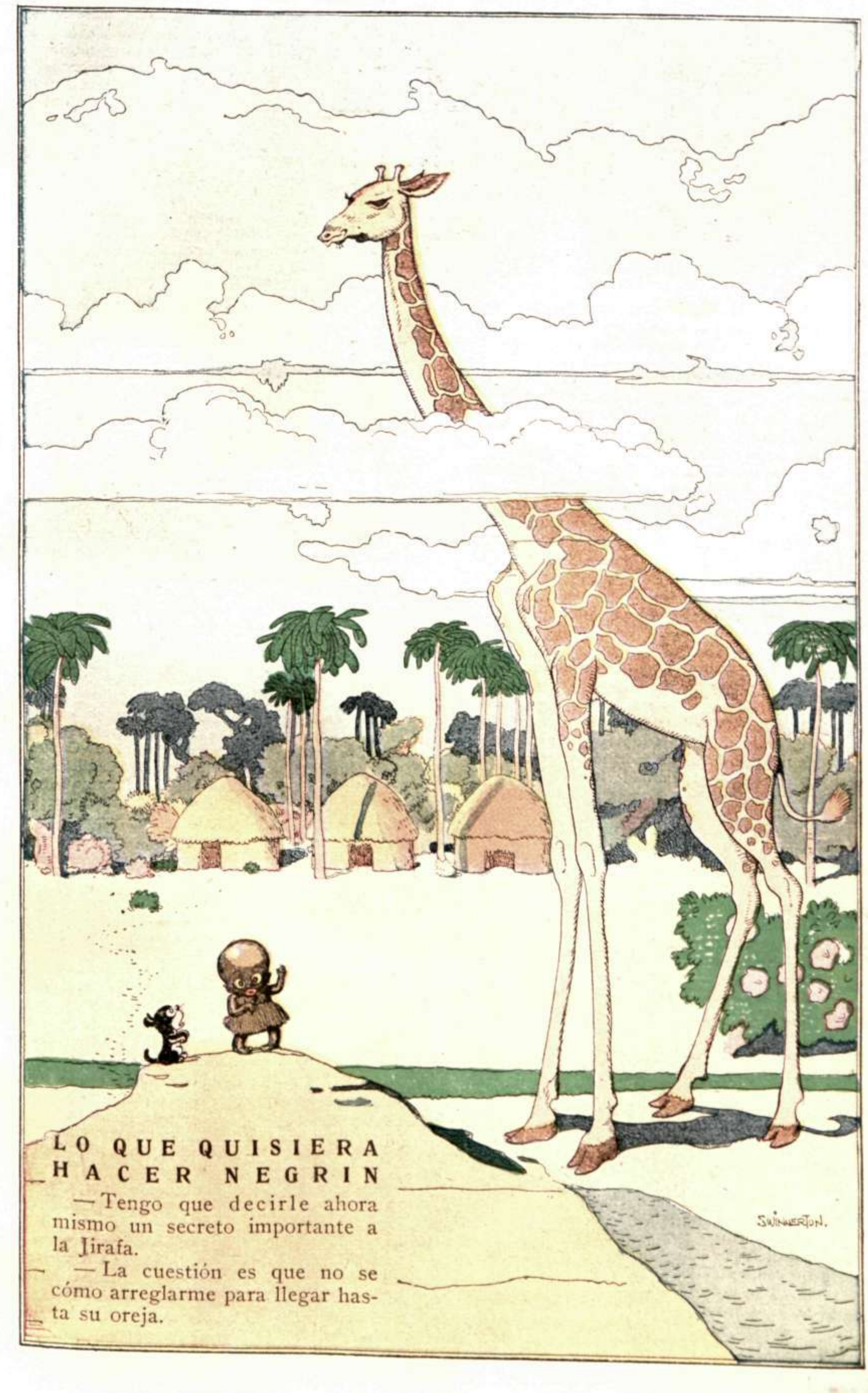




UN MODELO MUY CHIC Y QUE POR SU NOVEDAD LLAMÓ LA ATENCIÓN EN LONGCHAMP.



ELEGANTE TRAJE DE MEDIA ESTACIÓN, CON DIBUJOS ULTRA MODERNISTAS.



LO QUE QUISIERA HACER NEGRIN

—Tengo que decirle ahora mismo un secreto importante a la Jirafa.

—La cuestión es que no se cómo arreglarme para llegar hasta su oreja.

La FIEL ADMIRADORA

Las otras tardes como a las cinco, en la estación Constitución, mientras esperaba a Eva, con quien habíamos convenido vernos a las dos en aquel sitio, y que, según costumbre, llegó casi seis horas después, encontré a mi amigo el poeta Enrique, que arrastrando una enorme valija iba de plataforma en plataforma, preguntando a guardas, inspectores y changadores, si en realidad ya había salido el tren de la mañana que pasa por Tandil.

¡Siempre el mismo Enrique; irrespetuoso con los horarios, rebelde a la tiranía de los plazos, viviendo fuera del tiempo! Al verme, fué hacia donde yo estaba y, dejando caer la valija, exclamó desalentado:

— Tú que eres mi amigo ¡no me engañes! ¿Salió ya el tren de las ocho de la mañana?

— ¡Hombre!!!

— Y ahora, ¿qué hago?

— Me acompañas a esperar a Eva que de un momento a otro llegará de Quilmes y luego tomas el tren de las diez y nueve y pico.

— ¿A qué, si ya no tendría tiempo de llegar al velorio?

Enrique iba a un velorio. ¿Se puede concebir algo más grotesco que la presencia de este hombre feliz y revoltoso, en el ambiente funeral de una casa donde se vela un cadáver a cuyo alrededor hay hombres graves que reflexionan sobre la inutilidad de la existencia, y mujeres inmóviles y lívidas, de ojos enrojecidos por las lágrimas y el desvelo, y en cuyos labios ablandados por el llanto tiemblan oraciones sin voz? Enrique da una sensación de juventud entusiasta, vivida y gastada en la esplendidez de un multimillonario de salud, de tiempo vacío, de inquietud andariega y de buen humor, que dilapida su fortuna sin acumular reservas que le hagan sostenible la hora de los achaques.

— ¿A un velorio? — le pregunté asombrado.

— Sí, al de mi única admiradora fiel.

En seguida imaginé una historia sentimental como para servir de argumento a una de esas novelas que publican con el retrato del autor, y se me figuró que la admiradora de Enrique había sido una joven rubia y suave, de voz de arrullo y ojos celestes de mirar tendido, que, enamorada del despreocupado y tornadizo Enrique que pasó a su lado sin prodigarle la caricia varonil que hubiera llenado de motivos su existencia, se había resignado a admirar su obra poética, desde la soledad de su desengaño donde se fué consumiendo hasta adquirir el lírico mal de Mimí y la Dama de las Camelias. Y al velorio de esa criatura, que por error de Dios no nació ángel sino mujer, pero que conservó en la tierra su espíritu celestial, iba Enrique, el cruel, el asesino...

Entonces pensé que si yo tuviera una admiradora así, la rodearía de mimos; le consultaría su parecer sobre mis producciones antes de publicarlas; le regalaría los originales, y en los días adversos, en esos días en que viejas amarguras fermentan en el alma y uno no puede dar dos pasos por la calle sin tropezar con un acreedor, me acercaría a ella con un gesto de niño enfermo y abandonado, para que sus caricias me reanimaran.

Esto pensaba clavando la mirada taladrante en los ojos de Enrique, alrededor de cuyas pupilas me parecía ver el reflejo sangriento de su crimen. Y cuando me invitó a tomar un «whisky and soda», estuve a punto de volverle la espalda con altanero desprecio, pero accedí; esperando que el efecto del alcohol sobre su cerebro de asesino de ángeles me permitiera asomarme a contemplar el fondo negro de su alma.

Separados y unidos por la mesa, sobre la que se elevaba la botella de cuyo contenido esperaba yo eficaz colaboración para sorprender las insospechadas miserias morales del hombre que hacía de su obra una túnica vaporosa e inmaculada para encubrir su retorcido espíritu de monstruo, depuse por un momento la repulsión que me inspiraba su presencia y, aparentando cordial interés que lo alentara a confiarse sin ocultaciones, le pregunté apoyando mis palabras en una sonrisa animadora:

— ¿De tu única admiradora fiel?

Y entonces obtuve de sus labios la revelación.

Cuando Enrique era niño y vivía en su pueblo natal, las señoritas lugareñas se lo pedían a la madre para vestirlo de paje o desnudarlo de Cupido en los cuadros vivos de las fiestas de beneficencia, lo sacaban a pasear todas las tardes y no había mujer que resistiera a la tentación de acariciarle la rizada cabeza o de levantarlo en brazos para mirar de cerca sus ojos purísimos y decirle entre dos besos sonoros y efusivos: «Amor, amorcito, amorín»...

El día que cumplió cinco años, su casa se llenó de visitas. Todas sus amigas fueron a darle unos besos más y a regalarle «sonseritas» que la madre agradecía conmovida, mientras el festejado las aceptaba con la indiferencia del que se cree con derecho a lo que se le da.



Cuando hubo reunidas unas veinte muchachas, a una graciosa trigueña que era considerada la belleza del pueblo se le ocurrió proponer a Enrique que eligiera novia entre las presentes, proposición que despertó jubiloso interés. Todas se aprestaron a obtener la preferencia del niño y para ello tra-

taron de llamar su atención, enumerando los regalos llevados o recordándole atenciones anteriores:

— Yo te traje el tren con rieles.

— Yo el burro con cuerda, y el domingo cuando te llevé a la plaza te dejé meter las manos en la fuente.

— Yo te traje el tambor, y los días que comes en casa te dejo comer el dulce con la mano.

— ¡Yo te traje los soldaditos!

Enrique paseó varias veces la mirada indecisa desde las muchachas a los juguetes, hasta que la detuvo en una pelota azul de goma.

— ¿Y esta pelota? — preguntó levantándola en alto. — ¿Quién me trajo esta pelota?

Hubo un silencio de expectativa. Amalgúnda Rivero, una solterona rolliza, desengañada e ingenua, que desde lejos contemplaba la escena, gimió:

— Yo, queridito...

— ¡Bueno; tú eres mi novia! — declaró Enrique con esa audacia que da a los niños la carencia de noción del peligro.

Poco tiempo después Amalgunda y su madre se fueron a vivir a Tandil y años más tarde Enrique se vino a Buenos Aires a estudiar. Acá empezó a escribir y a publicar, y desde la aparición de su primer verso hasta la de su último libro — en venta desde hace una semana, — cada vez que publicaba algo, recibía, escrita por inhábil pluma y con tinta aguada, una postal de tema ingenuo, con esta felicitación invariable: «Amalgunda Rivero envía a su amiguito Enrique el más puro reflejo de su pálida admiración».

Enrique imaginaba a Amalgunda, viejecita, encorvada sobre sus versos; leyendo con dificultad, haciendo pausas arbitrarias, pasando de largo sobre los puntos y las comas, interrogando donde había signos de admiración. Quién sabe qué deliciosas visiones provocarían en la célibe anciana los versos de Enrique, en los que danzan ninfas y sátiros...

Enrique está seguro que Amalgunda no ha comprendido la mitad de su obra; que no ha leído la otra mitad; que «el más puro reflejo de su pálida admiración» inalterable, no era más que una prueba de eterna gratitud al niño de cinco años que la eligió novia; pero, a pesar de todo, Enrique quería retribuír con su presencia en el velorio, el halago bien intencionado y constante de las postales.

El relato, terminado al dar principio la sexta «vuelta» de whisky, nos enterneció. Aconsejé a Enrique que se fuera a Tandil a acompañar al cementerio los restos de Amalgunda y que una vez que bajaran el ataúd a la fosa arrojara el primer puñado de tierra.

LUIS CANÉ

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

Partió Enrique y le auguré buen viaje. La estación estaba llena de ese público apresurado y sin apellido del atardecer en las estaciones. A cada tren que llegaba, acercábame a la plataforma a ver desfilar los viajeros.

Sobre las ocho llegó Eva. Desde lejos descubrí la pluma azul de su sombrero que, al acercarse rápidamente entre las cabezas de los pasajeros que venían delante de ella, denunciaba ese apresuramiento con el que las mujeres pretenden, en pocos metros, descontar tiempo a sus demoras. Cuando estuvo a veinte pasos de mí, embelleció el Universo dedicándome una sonrisa de labios, en la que no participaban los ojos, por hallarse dedicados a vigilarme para sorprender el gesto más imperceptible que revelara mi impaciencia acumulada durante la espera.

Eva — tan contemporánea en sus veinte años, como paradisíaca en su indumentaria y en su obediencia a la mejor consejera que tuvo la mujer desde que dejó de ser costilla — es bella, elegante y de aspecto misterioso. Así venga de Quilmes o del fin del mundo, nunca trae canastas ni paquetes, y al verme esperándola en la estación no me echa al cuello un abrazo de esposa públicamente fiel que viene de pasar el día en casa de la madre, sino que con un gesto rápido me invita a que no la detenga y a que, acordando mi paso al suyo, siga a su lado.

Ya en la calle subimos a un automóvil. Apenas cerré la portezuela, Eva se apresuró a justificar su demora, asegurándome que cada vez que se pone delante del espejo a arreglarse para mí, pierde la noción del tiempo buscando efectos de encanto que la hagan cada día más agradable a mi amor. Cuando creí que había terminado, le pregunté:

— ¿Leíste mi novela en CARETAS de ayer?

— ¡Ah, no! ¿Salió algo?... Es verdad que los otros días me dijiste que en el número anterior te la anunciaban... ¿Quién te la ilustró? ¿Te la pagaron bien? ¿Cobraste ya el importe?

Y sin advertir el silencio desconsolado de mi respuesta de escritor sin admiradoras, se apretó a mí para deslizarme al oído este secreto:

— He dicho en casa que venía a pasar tres días con las chicas de López, pero no pienso ir a verlas hasta pasado mañana.



M O M E N T O S

Por el dibujante norteamericano



Cuando se ha hecho usted pasar por un noble ruso y alguien le presenta a un ruso de verdad.



Cuando les ha dicho a sus amigos que tiene un yate regio y van a verlo.



Cuando su novia insiste en ver en dónde ha puesto usted su retrato.



Cuando el cura es llamado urgentemente para asistir a un enfermo y éste se fué al club.



Cuando le sorprende el amigo en cuya casa acaba usted de almorzar.



Cuando quiere usted evitar una cita diciéndole a la muchacha que va usted a salir de la ciudad y ella le encuentra en la calle.

EMBARAZOSOS

CHARLES DUNN



Cuando le mandan al hospital y está usted esperando que la enfermera salga para que no le vea la media rota.



Cuando molesta usted a todos en el cine buscando un anillo que se le ha caido.



Cuando ha descargado usted una tonelada de carbón en otra casa.



Cuando quiere sacarle el cuerpo al majadero que siempre le invita a su casa.



Cuando ha empezado usted a hablar de su "radio" a un amigo muy querido.



Cuando quiere usted hacerse el gracioso con una persona que no conoce.



MALEDICENCIA

POR

JOMER B. VILLA

AMANECÍA cuando la Tránsito Robles, — barriendo con la pollera el polvo de un sendero que bajaba del cerro y haciendo resonar la suela de la alpargata contra el talón desnudo —marchaba hacia un rancho vecino a aplicar sus conocimientos ilimitados del curanderismo en la persona de un muchacho atacado de sarampión.

A poco andar, en un recodo de la senda, topóse con la Celestina Taborga, una china vieja y desgreñada con quien inició conversación:

— ¡Chuchuyta, qué frío!... ¿Cómo vais, mujer?

— Así, así nomás, Transitito. ¿Y usté?

Mientras encendía un cigarrillo de *hinojo*, la Robles, como más interiorizada de los acontecimientos del lugar, hablando con su acento serrano como si amacara las palabras, narró aquella escena vista por sus ojos que le molestaba en la lengua como una espina de algarrobo.

— ¿Sabís una cosa, Cele?... Figurate qui a la Pascuala, qu'es puro no m'eche agua como vos sabís, l'hi visto ayer noche, juntito al arroyo, conversando pico a pico y besuqueandose de a ratos con el porteño ese, hermano'e la tísica que viv'en chalé del cerro. Parecía que tuvieran los labios llenitos di arrope, tanto er'el afán con que los besaban.

— ¡Jesús!...

— Ciertito, Cele... Io pensé en el pobre Rosario, tan confiadito que vive de su prenda que hasta la crée un'alhaja. ¡Bien haiga con la alhaja!...

Celedonia se horrorizó:

— ¡Nunca l'hubiera créido! ¡La Pascuala! Tan consentida y presumidita que parecía! Agora mesmo m'iba a verla pa que m'hiciera unas flores de papel pa el altar de la Virgen, ella que tiene manos como de bruja. ¡Malhaya con la chinita! De seguro qu'el porteño l'ha catequizao con su labia. Sempre hi dicho io, Transitito, qu'esos mocitos de la ciudá son como demonios... ¿Y el pobrecito Rosario? ¡Le tengo una lástima!...

— Verdaderamente hay que compadecerlo, pero se lo tiene merecido. ¡Zonzo el hombre que confía en una mujer demasiado coqueta y emperifollada!

Y agregó, variando de tono:

— Mirá, Cele: no digáis nada de lo que ti cuento, ¿oyís? Ia que el diablo ha metío la cuchara, que siga revolviendo solo, nomás. No sía que nosotras le volquemos la fritura.

— Descuide, Transitito. Ia sabe que io soy por demás reservada.

— Hasta lueguito, pus. Mi enfermo s'estará muriendo. Saludos a tu hombre.

Y la Robles, alivianada ya de su secreto, alejóse acompañada por el repiqueteo acompasado de las *usutas*. (1)

La Celedonia reinició también su ruta. El flamante secreto de que era depositaria le molestaba terriblemente. Ansiaba encontrarla a la Ritita, su comadre, para contarle todo y arrojar de sí el tormento insoportable. Ella también se escandalizaría. La imaginaba ya echando mil pestes contra la chinita y escupiendo por el colmillo como solía hacerlo en los momentos de grandes emociones. Marchaba pensando en estas cosas cuando divisó al novio de la Pascuala. Lo llamó a gritos y el muchacho se acercó saludando:

— ¿Cómo va, ña Celedonia? ¿Sempre tan madrugadora?...

— Así es, Rosario. ¿Y tu mama?

— Güena, gracia.

(1) *Usutas:* alpargatas.

—Mi alegro, muchacho. ¿Sabís que venía pensando en tu persona?...

Los deseos de expulsión se hicieron violentísimos en la debilitada discreción de la vieja parlanchina.

—¿En mí?... ¿Y qué cosa era?

—Ay m'hijo; es un cuento que mi'hecho la Tránsito.

—Hai ser alguna mentira, entonces. Esa vieja'el diantre anda queriendo que le pasen la lengua por un tunal.

—Fijáte vos: me dijo, me dijo...

Tosió afectadamente y continuó:

—Mirá, Rosario: ia sabís que te apreceo muy mucho y nu hago caso e'la murmuración, pero la Tránsito ha visto con sus mesmos ojos. La Pascuala...

El muchacho arrugó el entrecejo y demandó, con violencia casi:

—¡Hable, nomás!

La voluptuosidad de la maledicencia embargaba por entero a la Celedonia y narró punto por punto y con algunos agravantes de propia invención todo cuanto habíale dicho la Robles momentos antes.

Rosario escuchaba; y surgía entretanto en su temperamento impetuoso una cólera sorda, un deseo violento de maltratar a la que hería la reputación, para él intachable de la Pascuala; y su semblante fué adquiriendo una expresión tan sombría que atemorizada, la Celedonia masculló una frase de despedida y se alejó rápidamente, llena de justísima inquietud.

Rosario quedó en medio del camino pensando en las palabras de la vieja. Ni por un momento creyó en la culpabilidad de su prenda. Imaginábala tan buena que ni siquiera una leve sospecha nació en su cerebro; y dejara tal vez las cosas en su sitio sino le inquietara el abultamiento que adquirirían los hechos propalados por el boletín viviente de la comarca, hechos que despertarían el comentario maligno de los que vivían haciendo juegos malabares con las reputaciones ajenas. Por eso, cuando se alejó del lugar en que permaneciera cavilando, llevaba ya delineado un plan salvador.

II

El rancho de la Tránsito Robles erguía su mísero aspecto en lo alto de un cerro. Allí tenía su laboratorio la vieja curandera y cocíanse los yuyos de la sierra con cuyo zumo se aliviaban más tarde los males ajenos.

La vieja, que acababa de cenar, mateaba sentada ante el fuego, a cuyo resplandor vacilante, la silueta acurrucada tenía mucho de espeluznante.

Vivía la Robles completamente sola desde que quedara viuda y jamás tuvo temor de nadie, ya que nadie hubiérase atrevido contra un ser que hacía el «daño» a la distancia.

Esa noche fué interrumpida por la llegada de Rosario. Taciturno y sombrío, el mocetón avanzó.

—Güena noche—dijo.

—Igualita la tengáis, m'hijo. ¿Qué andáis haciendo?

—La buscaba.

—¿Estáis enfermo, tal vez? Ia sabís vos que la vieja Tránsito cura todo, desd'el empacho hast'el mal de amor.

Le miró con intención picaresca y añadió:

—¿Querís tomar un mate de poleo?

El muchacho aceptó y entraron a charlar de cosas triviales. Como al descuido, Rosario atizaba el fuego con una barra de hierro que dejó luego entre las ascuas.

Más tarde, cuando la plática había languidecido hasta el extremo que la vieja dormitaba, Rosario se acercó a ella, la tomó de una mano y apretó tan violentmente que la mujer despertó sobresaltada y lanzó un grito:

—¡Ayayiita! ¡Mi hacís mal, muchacho!

Rosario, trémulo de coraje, con los labios contraídos, como mordiendo las palabras, mandó:

—¡Largá toditito lo que dijiste de la Pascuala a la Celedonia Taborga!

La Tránsito tembló. ¡Ah, su maldita lengua incontenible!

Reflexionó un instante y ante un nuevo apremio enérgico tuvo que responder:

—No hi dicho más que la purita verdá, m'hijo. Dije que la Pascuala, qu'el hermano'e la tísica, en fin... ¿me comprendís, no?... Que los vide conversando como dos palomitos y que...

—¡Mentís, mentís!—gritó Rosario furioso.—La Pascuala nu es capaz d'eso, ¿sabís?... La Pascuala es güenita y moderada como nu hay otra. ¡Por eso la quero! ¡Todo lo que hais visto son embustes, inventos de tu boca venenosa y podrida!

—Oime, muchacho.

—¡Pero las vais a pagar, vieja lechuza! ¡Ia no murmurarás de naides, agora! ¡Hi de quemarte la lengua!

—¡Soltáme, Rosario!—clamó la mujer intranquilizada.—Soltáme.

Presentía algo desagradable y ensayó un grito de socorro que se perdió en la noche...

Rosario sonrió malignamente. Después abrazó a la mujer y la derribó. Sucedióse en el suelo una lucha violenta. La Tránsito se debatía desesperadamente, mordía, clavaba las uñas, escupía y lanzaba gritos estridentes clamando auxilio, pero la abandonaron de pronto las fuerzas y quedó desmayada.

Rosario se incorporó. Los reflejos del fuego iluminaron su rostro sudoroso, surcado de rasguños que manaban sangre. Se apoderó del hierro enrojecido que dejara entre las brasas momentos antes, lo miró con feroz complacencia, se acercó a la Tránsito, arrodillóse, separó con la mano que le quedaba libre los labios descoloridos de la vieja, entreabrióle los dientes e introdujo el hierro de un golpe.

La sibila, recobrada bruscamente por el dolor horrible, intentó levantarse pero la sujetaron dos brazos hercúleos. Quiso arrojar de su boca aquel objeto que la martirizaba espantosamente pero la mano potente no cedió.

Pretendió implorar y no pudo emitir más que unos sonidos guturales, incomprensibles. Miró a Rosario, suplicante y enternecedora y el muchacho permaneció inconmovible. Sólo oyó, confusamente, que le decía:

—¡Quero quemarte esa lengua, maldita!

Y tomó de nuevo la varilla de hierro y la metió entre las encías descarnadas. Resonaron agudísimos los ayes de la torturada, se expandió en el ambiente un penetrante olor carne quemada, se retorció la vieja como culebra enfurecida, pero Rosario continuó sosteniendo con mano firme, hieráticamente, el hierro que chirriaba poniendo a la vieja en los límites del paroxismo.

Cuando la Robles, incapaz ya de soportar los sufrimientos atroces cayó en un nuevo desvanecimiento prolongado, el muchacho abandonó el rancho sintiendo en el alma el inmenso alivio de su venganza satisfecha.

Marchó en la noche, pensando amorosamente en la Pascuala, para su conciencia sin mácula ni reproche.

Y no imaginó en ningún momento que la vieja Tránsito Robles, por vez primera en su larga vida de calumniadora, había dicho la verdad...

DIBUJO DE MACAYA



ABANICOS JAPONESES

En el Yosiwara las japonesitas
con sus abanicos abanícanse.
¡Qué bellas y suaves y qué pequeñitas
con la eterna gracia de toda musmé!

A esos abanicos de figuras raras
mis mejores versos les dedicaré;
¡oh japonesitas de los yosiwaras,
de las encantadas casitas de te!

MANOS:

Raros arabescos, frágiles bordados,
manos y abanico, nácar y marfil.
¿Qué será más bellos: los raros miniados
o las blancas manos de encanto gentil?

ROJO:

Mira ese abanico ¡qué vistosas galas!
Tiene el rojo vivo de las amapolas,
la sedosa gracia de todas las alas,
los cambiantes iris de todas las colas.

BLANCO:

Una pluma y otra pluma y otra pluma.
Mece su abanico la gentil oirán.
¡Si parecen copos de rizada espuma!
¡Si parecen olas que vienen y van!

ORO:

Oro puro y vivo cual no tiene el sol,
y cual las estrellas nunca lo tendrán,
tiene ese abanico de luz tornasol
hecho con las plumas de un áureo faisán.

AZUL:

Tiene ese abanico una transparencia
de aguas ondulantes de algún lago azul,
que de él no se sabe si es luz o es esencia,
o es aire, o es sueño, o es sombra, o es tul.

ENVIO:

Oro, laca, marfiles y perfumes
quise enviarte en mis versos más sutiles,
pero tú, tierno amor, todo resumes:
Oro, laca, perfumes y marfiles.

ALBERTO FRANCO

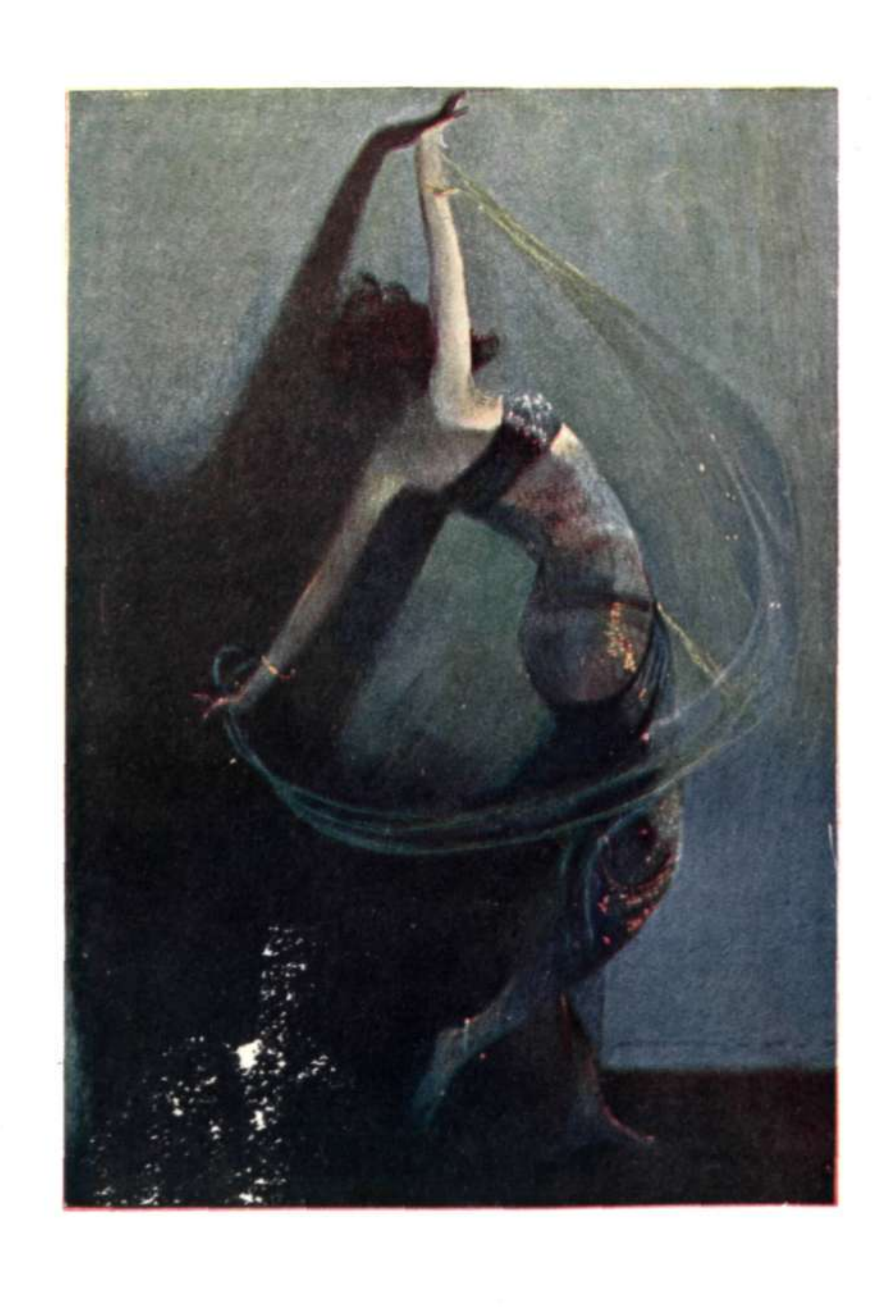
Página Infantil



Alfredito Gramajo Gutiérrez

Héctor Renée Arquieri

Susana Sara Barbera



"MVJERES"

POR

ALONSO

LA BAYADERA

RECEPCIÓN ACADÉMICA EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES. EL PRÍNCIPE CONTESTANDO CON SU DISCURSO AL DOCTOR ARCE, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DESPUÉS DE SERLE CONFERIDO EL TÍTULO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA»



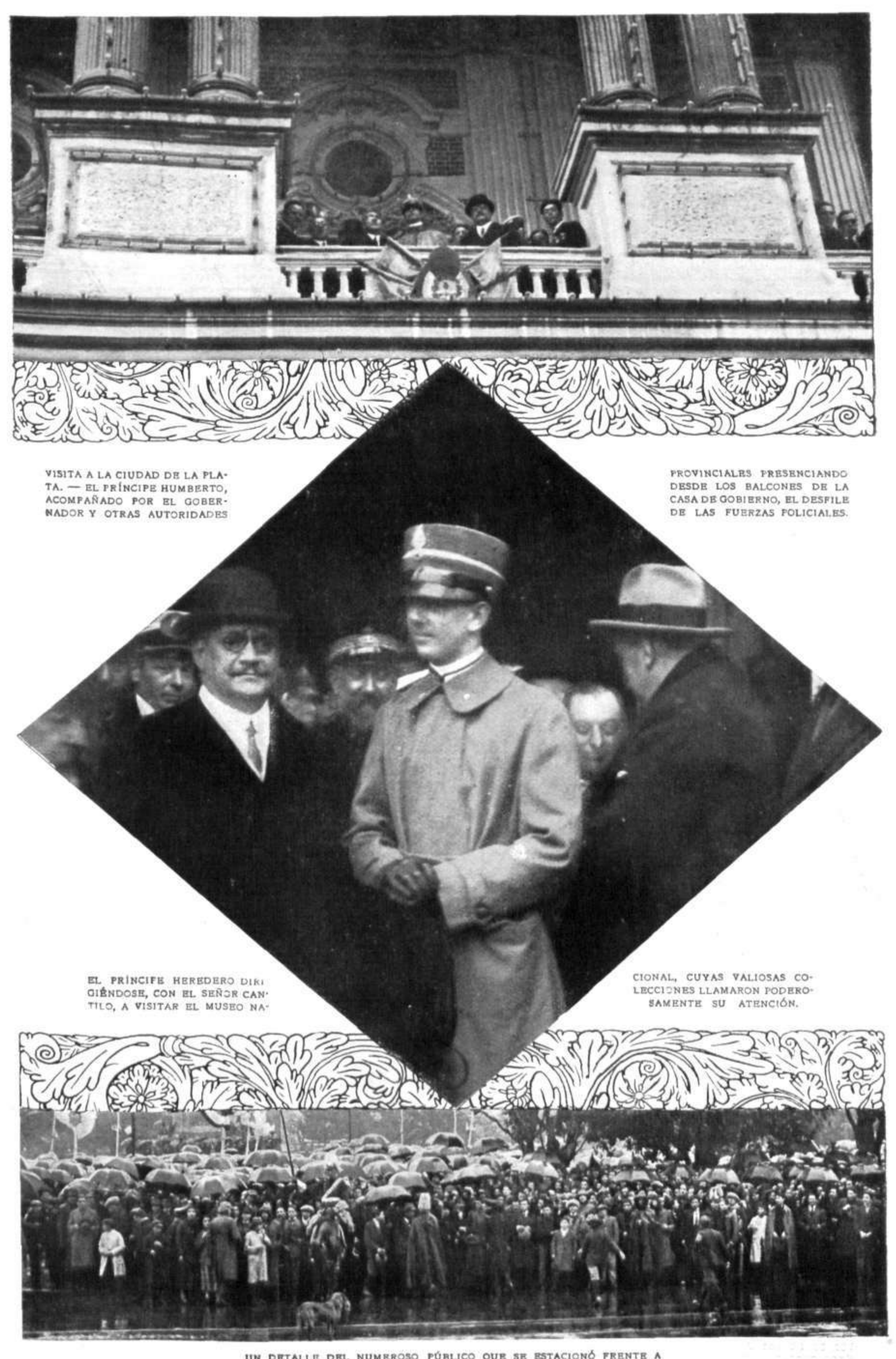
"CARAS Y CARETAS" HA PROCURADO QUE EN LAS VEINTE PAGINAS DE ESTA CRONICA GRAFICA QUEDEN RESEÑADOS TODOS LOS ACTOS DE LA HISTORICA VISITA, RESPONDIENDO ASI AL ENTUSIASTA INTERES DEL PUBLICO.

VISITA AL PALACIO DEL CONGRESO. EL AUGUSTO VISITANTE ACOMPAÑADO POR EL PRESIDENTE DEL SENADO, SEÑOR ELPIDIO GONZÁLEZ, EL VICEPRESIDENTE, DOCTOR LEOPOLDO MELO, EL ALMIRANTE BONALDI, EL EMBAJADOR DE ITALIA Y OTRAS PERSONALIDA-



VISITA A LA ESTANCIA SAN JUAN DEL DR. LEONARDO PEREYRA IRAOLA. EL PRÍNCIPE Y SU COMITIVA OFICIAL PRESENCIANDO EL DESFILE DE LOS ESPLÉNDIDOS ANIMALES QUE POSEE EL ESTABLECIMIENTO.

EL PRÍNCIPE HEREDERO, EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA Y EL MINISTRO DE AGRICULTURA, DOCTOR LE BRETON, RECORRIENDO EN AUTOMÓVIL LAS MODERNAS INSTALACIONES DE LA ESTANCIA Y LOS MAGNÍFICOS PLANTELES QUE HABÍAN SIDO COLOCADOS A SU PASO



VISITA A LA CIUDAD DE LA PLATA. — EL PRÍNCIPE HUMBERTO, ACOMPAÑADO POR EL GOBERNADOR Y OTRAS AUTORIDADES PROVINCIALES PRESENCIANDO DESDE LOS BALCONES DE LA CASA DE GOBIERNO, EL DESFILE DE LAS FUERZAS POLICIALES.

EL PRÍNCIPE HEREDERO DIRIGIÉNDOSE, CON EL SEÑOR CANTILO, A VISITAR EL MUSEO NACIONAL, CUYAS VALIOSAS COLECCIONES LLAMARON PODEROSAMENTE SU ATENCIÓN.

UN DETALLE DEL NUMEROSO PÚBLICO QUE SE ESTACIONÓ FRENTE A LA CASA DE GOBIERNO PARA VICTOREAR AL PRÍNCIPE, NO OBSTANTE EL INCONVENIENTE DE LA COPIOSA Y PERSISTENTE LLUVIA.



RECEPCIÓN EN LA FEDERACIÓN DE SOCIEDADES ITALIANAS. EL PRÍNCIPE HUMBERTO, EL DOCTOR ALVEAR, EL ALMIRANTE BONALDI Y DEMÁS COMITIVA ESCUCHANDO EL HIMNO NACIONAL EN LA DEMOSTRACIÓN OFRECIDA POR LA FEDERACIÓN, ACTO QUE PUSO DE RELIEVE LA INTENSA LABOR DESARROLLADA POR LA COLECTIVIDAD Y EL ESPÍRITU DE CONFRATERNIDAD QUE ANIMA A SUS MILES DE ASOCIADOS.

EN EL HOSPITAL ITALIANO. HUMBERTO DE SABOYA, ACOMPAÑADO POR EL DOCTOR ALVEAR Y SU SEÑORA ESPOSA, RECIBIENDO EL HOMENAJE DE LA CONCURRENCIA, AL TERMINAR LA VISITA A LAS DISTINTAS SALAS DEL AMPLIO Y MODERNO NOSOCOMIO.



EL PRÍNCIPE DE PIAMONTE COLOCANDO UNA CORONA DE FLORES ANTE EL MAUSOLEO QUE GUARDA LOS RESTOS DEL GENERAL MANUEL BELGRANO, EN EL ATRIO DE LA BASÍLICA DE SANTO DOMINGO, SENCILLA Y SIGNIFICATIVA CEREMONIA QUE APLAUDIÓ ENTUSIASTAMENTE LA NUMEROSA CONCURRENCIA QUE HABÍA ACUDIDO A PRESENCIARLA DESDE LOS ALREDEDORES DEL MONUMENTO NACIONAL.

DESPUÉS DE HABER DEPOSITADO SU OFRENDA FLORAL, HUMBERTO DE SABOYA, EN MEDIO DE LAS ACLAMACIONES DEL PUEBLO QUE SE HABÍA REUNIDO ALLÍ EN GRAN NÚMERO, SE DIRIGE HACIA SU AUTOMÓVIL.

EL PASO DE LAS TROPAS POR LA AVENIDA ALVEAR OFRECIÓ UNA MARAVILLOSA PERSPECTIVA DE GRANDIOSIDAD JAMÁS ALCANZADA EN OTRAS OCASIONES. LAS NOTAS AGUDAS DE LOS CLARINES ELECTRIZABAN A LA MULTITUD QUE SE APRETUJABA EN LAS ACERAS.





EL PRÍNCIPE Y EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA REVISTANDO LAS FUERZAS MILITARES DE LA NACIÓN ACOMPAÑADOS POR EL GENERAL EN JEFE.

EL ABANDERADO DE LAS TROPAS DE DESEMBARCO PERNECIENTES A LOS ACORAZADOS ITALIANOS, CUYA MARCIALIDAD FUÉ APLAUDIDA CARIÑOSAMENTE.

LA ARTILLERÍA AL PASAR FRENTE AL PALCO OFICIAL. MÁS ATRÁS, LOS LARGOS CAÑONES DE 13 CENTÍMETROS, CON SUS GRANDES CAMIONES AUTOMÓVILES. Y EN EL FONDO, LA CABALLERÍA QUE DESFILÓ AL TROTE TREMOLANDO EN LO ALTO SUS BANDEROLAS.



EL GENERAL DE DIVISIÓN, DON JOSÉ F. URIBURU, JEFE DE LAS TROPAS QUE DESFILARON ANTE EL PRÍNCIPE HUMBERTO.



EN EL PALCO OFICIAL, EL PRÍNCIPE CONFÍA AL DOCTOR ALVEAR LA MAGNÍFICA IMPRESIÓN RECIBIDA DESPUÉS DEL IMPONENTE DESPLIEGUE DE FUERZAS.

LAS SOCIEDADES ITALIANAS CON SUS ESTANDARTES DESFILAN ANTE EL PALCO OFICIAL OCUPADO POR EL PRÍNCIPE, HUMBERTO, EL PRESIDENTE, LOS MINISTROS Y OTROS INVITADOS, CONSTITUYENDO UN ESPECTÁCULO IMPONENTE POR LA MAGNITUD DE LA COLUMNA Y POR EL VIBRANTE ENTUSIASMO QUE REINÓ ENTRE SUS COMPONENTES.



REUNIÓN EN EL HIPÓDROMO ARGENTINO EN HONOR DEL VISITANTE. LA CARROZA PRESIDENCIAL OCUPADA POR EL PRÍNCIPE Y EL DOCTOR ALVEAR PASANDO FRENTE A LAS TRIBUNAS POPULARES DESDE LAS CUALES UN GENTÍO INMENSO HACE OIR UN CLAMOR DE BIENVENIDA.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS

¡NO ABUSEN!

POR LEONARDO A. BAZZANO

Oiga!

— Oigo.

Nos detuvo en plena acera, donde los transeuntes tropezaban unos en otros, por la velocidad de su andar y rebotaban en la calzada. Estas calles del centro ¡qué estrechas son! Los ojos de los fundadores de la ciudad no ahondaron el porvenir.

— ¡Oiga!

Nos impresionó gratamente el llamado. Estamos tan acostumbrados al guarango y torturante. — ¡Diga!

A usted, lector, persona seria y grave (y quizá entrada en años) le habrá ocurrido, alguna vez, oir a sus espaldas un «diga» aflautado, y al darse vuelta habrá visto frente a sí, a un pergeño de cara sucia, levantando la diestra y exhibiendo un cigarrillo entre el índice y el dedo medio. Seguramente se habrá preguntado:

— ¿Y el respeto a los mayores? ¿Y el respeto al idioma?

¡Diga! En realidad nada tengo qué decir. Los padres, los maestros, son quiénes debieran hablar a los niños mal educados.

— ¡Oiga!

Y de inmediato la reprimenda.

El niño no debe estudiar el idioma y las costumbres en las calles del arrabal, ni a orillas de las canchas de «foot-ball».

El idioma y las buenas costumbres se aprenden en el hogar y junto al maestro. Si esto hiciera usted, criaturita de Dios, no detendría a las personas con ese ¡diga! arrabalero y fuera de oportunidad. Podría decir: — Una palabra, señor; o usted perdone..., etc. Ahora bien, si se tratara de un niño como usted, podría detenerlo con una voz tan breve como «diga», que sería «oiga».

El amigo que nos detuvo es periodista y, como a toda persona de buen gusto, le repugna ese «diga» que el suburbio pretende imponer arbitrariamente.

Ante mi observación de hombre agradecido, dió en esplayarse sobre otros modismos y malas costumbres, aun aquella que dió lugar a la superabundancia de cartelitos municipales.

¿Ha observado usted, — nos decía, — cómo el idioma se corrompe, se llena de frases de injerto como si fueran espinas que se le clavaran en la piel? Esas frases son traducciones, al pie de la letra, de otras extranjeras y así vamos arrastrando en nuestras locuciones y a manera de colgajos, expresiones de deshecho...

— ¡Y teniendo en casa tan buena ropita!...

Y mientras la gente pasaba nerviosa, saltaba a la calzada, volvía a la vereda, nuestros oídos recogían frases sueltas.

— Es que Fulano «se» abusa, «¿sabés?»

— Se lo «tengo» dicho «una punta» de veces.

— Unas veces «se» vamos de día, otras «se» vamos de tarde.

El amigo observaba a los transeuntes y luego nos miraba a nosotros, como interrogándonos con los ojos. Por fin exclamó, con cierta indignación:

— ¿Y ésto?... ¿En qué país estamos?

— Estamos en las proximidades de Babel...

Los estadistas, los filósofos, los fisiólogos, los directores de multitudes, dicen que en este rincón escogido se fusionarán las razas; yo creo que sólo se fusionarán los idiomas y no costará, después, poco trabajo «desfusionarlos».

Para depurar el idioma que hemos hecho nuestro, el más rico y más armonioso entre todos, debemos fundar más escuelas, más diarios, más revistas, en los que deberán colaborar los escritores de verdad, los que amen las letras, la cultura y el país, — porque en idioma y en arte no se triunfa asestando puntapiés, como en el «foot - ball».

La corrupción del idioma trae, como consecuencia lógica, la corrupción de las costumbres. Los centros canallescos no existirían sin su jerga o jerigonza.

Ahora que personas destacadas de la sociedad porteña han constituído una sociedad para estimular el arte en todas sus manifestaciones y cuando el jefe de la comuna se propone hacer instituir por ésta premios de estímulo, podemos confiar en el futuro.

Pero... mientras tanto, ¿quién nos evitará el chocante ¡diga! y el horripilante «se» abusa?

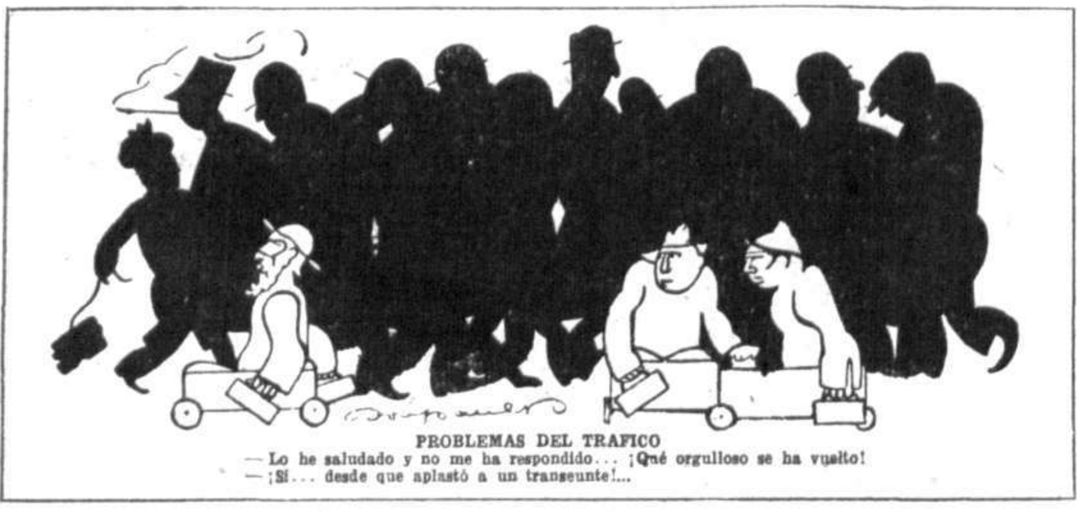
Cuando el pueblo se empeña en estropear un término, una frase, un adagio o un verso inmortal, se sale con la suya.

Es una « fija ».

Y cuando puede más que las reglas gramaticales y que el buen gusto, dice que al uno y a las otras « se la dá chanta ».

¡Diga! ¿No le parece que « me » abuso?

Bien podría ser así y por ello pongo punto final.



PROBLEMAS DEL TRAFICO

— Lo he saludado y no me ha respondido... ¡Qué orgulloso se ha vuelto!

— ¡Sí... desde que aplastó a un transeunte!...


SODA BELGRANO
POMONA
NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
—¿Qué te ha pasado?
—Fuí a la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio de los «Héroes de Calamuchita» y cuando me vieron con esta levita y la galera, la primera piedra fué para mí.

Autoridades provinciales y público presenciando el acto de la jura de la bandera por los conscriptos del 7.º de Infantería, en la Plaza San Martín.

El R. P. doctor Andrés Caleagno pronunciando un elocuente discurso en el acto de la inauguración de la escuela Santa María, para niños sordos.

Comisión de damas de San Vicente de Paúl, bajo cuyos auspicios ha sido fundada la escuela antedicha.



SEÑORA: ABANDONAR EL CUIDADO

del cutis femenino, equivale al renunciamiento de la belleza facial. Conserve, pues, la piel de su rostro en ese envidiable estado de frescura, suavidad y delicadeza que le comunica el uso diario del

POLVO GRASEOSO LEICHNER

y lucirá su físico el más seductor atractivo que pueda admirarse en la cara de la mujer.

MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439.

En Rosario Santa Fe: calle Entre Ríos, 864.
En Montevideo: calle Cerrito, 673.
En Asunción (Paraguay): calle Alberdi, 217.

Selecto núcleo de damas que ofreció una demostración de aprecio a la distinguida actriz señora Angelina Pagano, durante su visita a esta ciudad.

Equipos de los clubs atléticos 9 de Julio y C. G. B. A., que jugaron un interesante partido de football, el cual fué presenciado por numeroso público.



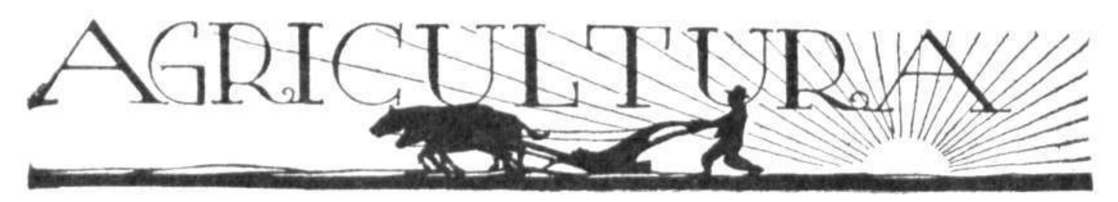
¡Qué pesadito se está poniendo!...

Es un motivo de inmensa alegría para mamita el poder constatar mediante una verificación periódica del peso, que su querido hijito va desarrollándose normalmente, criándose sanito y robusto. Satisfechos sus más íntimos anhelos, ella no olvida que la Malta Palermo le prestó una valiosa ayuda, haciendo que durante el período de la lactancia tuviera una leche rica y abundante, sin que ella sintiera la más mínima fatiga por la pesada tarea, lo que atribuye a las cualidades de esta admirable bebida tónica-nutritiva.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Bs. AIRES

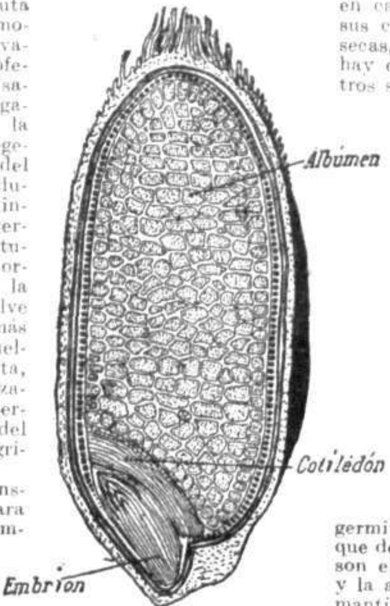




LA VIDA LATENTE

La siembra, que el agricultor ejecuta como una acción mecánica en sus modalidades, porque lo hace instintivamente y por hábito, y como una profesión de fe en sus finalidades, porque sabe y confía que de cada grano entregado a la tierra saldrá una planta; la siembra, el acto inicial del proceso vegetativo que forma parte esencial del sistema cultural, constituye, a no dudarlo, el cuadro más hermoso, más interesante, más variado, para el observador y para el estudioso de la naturaleza, por la belleza y perfección orgánica que encierra el individuo, la semilla; por el misterio que envuelve la vida latente y por el proceso, más misterioso aún, con que se desenvuelve, para crear el nuevo ser, la planta, que con su vida activa y exteriorizada, inicia y prepara el ciclo que termina con la producción, fin último del cultivo y premio del trabajo del agricultor.

Esencialmente, la semilla está constituída de una manera perfecta para los fines a que está destinada: un embrión, o pequeña planta en miniatura; unos productos de reserva para su alimentación, y un tegumento que la envuelve, protege y defiende. El embrión es una pequeña planta perfectamente esbozada, con su talluelo, provisto de yema terminal y una o dos hojas en forma de cotiledones y con su radícula, bien delineada y pronta para penetrar en el suelo. Para alimentar el embrión durante su período germinativo, la semilla está provista de materiales de reserva, ya en el albumen, o en los cotiledones, constituídos por substancias amiláceas, o proteicas, u oleaginosas, en cantidades y proporciones variables y que forman a su vez las materias utilizadas en la alimentación humana o las industrias, según se trate de semillas de cereales, leguminosas, oleíferas, etc., y en fin, el tegumento, con sus dos capas, testa la externa y tegmen la interna, más o menos duro, grueso, carnoso o leñoso, que envuelve el embrión y sus reservas y los protege y defiende para la mejor conservación.

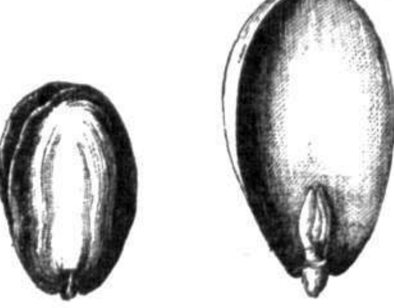


Corte de una semilla de trigo, mostrando todas sus partes.

Las semillas ostentan una serie, la más extensa y variada, de tamaño, forma, color, brillo y consistencia; desde la más pequeña, como la de la adormidera, hasta la más grande, como la del coco; son esféricas en el repollo, fusiforme en el trigo, oval-lanceolada en el melón, arriñonada en los porotos, lenticular en la lenteja; son negras en la manzama, sandía, cebolla; blanca en los zapallos, roja en la granada, amarilla en el melón, multicolor y barnizadas en los porotos; son lustrosas y brillantes en el lino y alpiste, opacas en las más; son lisas o granuladas; duras y sólidas en los cocos y palmeras; blanda y carnosa en la granada; consistentes en casi todas. Pero, prescindiendo de sus características exteriores e intrínsecas, que fácilmente se comprueban, hay otra, íntima, que escapa a nuestros sentidos, o al menos a nuestra observación empírica, y es la «vida latente» de que está dotado el embrión, es ese conjunto de fuerzas biofisicoquímicas que hacen de él un verdadero individuo viviente, aunque con manifestaciones apenas perceptibles de respiración y transpiración; es esa vitalidad que se traduce en la que llamamos facultad germinativa, que, derivando de la madurez fisiológica de la semilla, sigue y dura mientras condiciones adversas de ambiente no determinen su cesación y, por consiguiente, la muerte de la semilla misma.

Ahora bien: la faz de este asunto más interesante para el agricultor es la que se refiere a la duración de esta facultad germinativa y a las causas principales que determinan su cesación, su muerte; son ellas: la temperatura, la humedad y la aereación del ambiente en que se mantienen, la permeabilidad del tegumento que las envuelve y la constitución de las reservas contenidas en las semillas.

Aunque se ha comprobado que algunas semillas resisten a más de cien centigrados y hasta 180 bajo cero, en general se admite que las bajas temperaturas y la sequedad absoluta del ambiente favorecen su conservación por tiempo indeterminado, lo mismo que la consistencia e impermeabilidad del tegumento que las protege de la acción de los agentes exteriores, como las de algunas palmeras; y en fin, las reservas amilácea o harinosa de las semillas de los cereales y leguminosas son condiciones eficientes de su larga conservación, y lo contrario sucede en las semillas oleaginosas, cuyas reservas fácilmente se descomponen y alteran.


Semilla de almendro con su embrión y cotiledones.

Pero, prescindiendo de las causas o condiciones que hemos mencionado, la vida latente y la facultad germinativa de las semillas tiene una duración propia, peculiar, en cada especie, la que cesa por muerte natural del embrión; así, por ejemplo, mientras en las de algunos árboles frutales o forestales, puede ser de pocos días o meses, en los cereales puede ser de algunas docenas de años y en las leguminosas puede alcanzar hasta sesenta y ochenta años.

De ahí la conveniencia de mantener incólume, cuanto sea posible, la vida latente de las semillas, por medio de su conservación adecuada y la necesidad de conocer, por ensayos previos, el grado de su facultad germinativa, antes de sembrarlas, para obtener de ellas el más alto beneficio económico de su explotación agrícola.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

Alumnos de las escuelas locales y público congregado en la plaza Independencia, donde se realizó una hermosa fiesta patriótica.

El señor Gioja, rodeado por un grupo de amigos que le hizo objeto de una demostración de aprecio con motivo de un grato acontecimiento particular.



Veo con satisfacción
—dice a Rosa su doncella—
que el REUTER es el jabón
que hace a la mujer más bella.

—¿Te parece?—Sí, señora;
por experiencia lo sé,
pues... con permiso de usté...
el novio que tengo ahora,
me dijo, con emoción,
que estaba lo más bonita,
y todo eso, señorita,
se lo debo yo al jabón.

Y ahora encuentro que mi piel
es mucho más linda y suave;
¡y tanto mejor me sabe
porque le gusto a Miguel!

A COMO, IDA Y VUELTA

El día domingo es de los más aburridos especialmente para los que viven en las grandes ciudades.

De ahí que — pudiendo — cada cual tome rumbo hacia las playas o el campo, sin preocuparse si en su afán de diversiones recarga el trabajo de los que también tendrían derecho a descansar.

Indudablemente el descanso dominical es más lógico como se acostumbra en Inglaterra, donde dicen que toma carácter de algo así como un letargo urbano, que abarca todos los seres, obligándolos a la meditación.

La meditación debería hacerse sobre asuntos de índole espiritual, pero esto no quita que en el silencio del hogar, muchos se entreguen a las delicias materiales de substancias espirituosas.

Aquí también los domingos se vienen amenazadores y somos muchos los que, sin ganas de entregarnos a meditaciones abstractas y menos a emociones alcohólicas, nos vamos preguntando:

— ¡Dios mío!... ¿Qué haremos mañana domingo?

Porque las diversiones se han vuelto fáciles, solamente para los que no las necesitan por la sencilla razón que no trabajan.

El teatro, a menos que uno no quiera instalarse en las supremas regiones celestiales, no es aconsejable a los que no tienen el egoísmo de divertirse solos. Por otra parte, ¿quién va la llevar una familia allá arriba?

El paraíso anda bien para hombres solamente.

Así que lo mejor es tomarse una diversión muy de vez en cuando; juntar unos billetes de diez liras y si fuera posible de cien y realizar un viajecito.

El rumbo que deja el viajecito en el presupuesto doméstico no es indiferente, pero no se puede obligar una familia al encierro hebdomadario, sin esperanzas de uno que otro paseo, que al fin al cabo, resulta instructivo.

— ¿Si fuéramos a Como? Eh, ¿qué les parece? Una hora y media de ferrocarril... Damos una vueltita por el Lago... Almorzamos y a las 18 estamos de vuelta...

— Vamos.. ¿Pero el gasto?

— Poca cosa... A más, una vez cada muerte de obispo podemos permitirnos echar lo que se dice una cana al aire.

La estación Norte en los días festivos presenta un espectáculo imponente. La muchedumbre atropella, se impacienta, protesta por la calma irritante del empleado que vende los boletos y no se fija en el reloj.

Faltan pocos minutos para la salida del tren y todavía es interminable la cola de los que esperan.

Y hay unos graciosos que cómodamente apoyados con los codos a la ventanilla, piden datos turísticos al boletero:

— Dígame... ¿El boleto este sirve también para una vueltita por al Lago?

— Me habían dicho que sí... Ah, entonces hay que comprar otro boleto allá, a bordo... ¿Y cuándo salen los vapores?

¡Esto ya es el colmo!... Uno de los que ya no puede más y parece que baila gracias a la tensión nerviosa, sale con una apóstrofe rabioso:

— ¿Quiere dejarse de fastidiar? Váyase de una vez...

— ¡Avise!. . ¡Qué le pasa!... ¡Yo hago lo que me da la real gana!...

— Usted se larga de aquí más que ligero...

— ¡Eso sí que no!...

— ¿Qué no?

— ¡Que salga!... ¡Que lo saquen!...

Como la nerviosidad flota en el aire y las consecuencias de la nerviosidad no siempre son cómicas, empieza un remolino de personas prudentes, luego un desbande, pronto dominado por la intervención de la autoridad. A veces el que pide informes sobre los paseos por el Lago termina con una caminata más breve y menos higiénica a la comisaría de la estación, donde se le evaporan los humos y aprende que hay que tener consideración hacia los demás.

Una de las observaciones que se pueden hacer en seguida al tomar los trenes festivos, es la del número de sirvientas que se embarcan en primera clase.

Van por bandadas.

Sombrero en equilibrio instable, medias de seda, descotes que parecen de prendas muy íntimas y no de vestidos, manos que no han podido borrar un luto no muy estricto, pero luto.

Estas carecterísticas no serían suficientes a individualizar las mucamas y cocineras, pues son comunes a otras mujeres, pero en cuanto han tomado asiento, las niñas empiezan en seguida a hablar peste de los respectivos patrones; así que el que cierre los ojos y se haga el que duerme, tiene tiempo en una hora y media, de saber vida y milagros de familias conceptuadas como familias bien.

No se quejen ustedes del servicio en Argentina...

¡El soplo de la independencia ha llegado sí hasta las orillas del Plata, pero no en forma de huracán como aquí, donde las sirvientas presentan a sus futuras dueñas cada pliego de condiciones que asusta!

No plancharé, no lavaré, los botines no acostumbro limpiarlos, el piso tampoco. ¡Mandados, ni que hablar, no los voy a hacer!... Todos los días necesito mi salida por un par de horas... Los domingos los quiero libres...

Y hay que agacharse, aceptar... de otra manera no solamente no hay sirvientas sino que los "pour parler" quedan interrumpidos por una mirada despreciativa y esta frasecita cortante:

— Bueno... ¡Pues entonces los platos se los lavará usted, señora!... ¡Qué se ha creído!...

Yo conozco una dueña de casa que debe resignarse a la pasión desenfrenada que se ha despertado en la mucama por el baile.

Todas las noches a las 21 la mucama sale y se va a bailar no sé a dónde, pero no ha de ser muy cerca, porque recién a la una de la mañana se retira y bastante cansada.

— ¡Qué se le va a hacer! — suspira la señora.— ¡Hace doce años que está con nosotros y comprenderá!... Por otra parte, es joven... ¡Hay que dejarla!...

Pero sigamos viaje a Como.

El tren en un trayecto de pocos kilómetros para unas diez o doce veces, así que más que un tren parece un tranvía a vapor. Los pueblitos a lo largo de la línea son deliciosos, aparentan una vida floreciente, lozana, gracias a los numerosos establecimientos industriales que se levantan en todas partes.

Pronto se perfilan en el horizonte las alturas que encierran la ciudad de Como; el tren parece recorrer el borde de un embudo, y por fin para a pocos metros del célebre Lago, que, visto así, parece un charco insignificante, donde anclan vapores demasiado grandes para una navegación tan limitada.

El Lago en realidad se extiende por unos cincuenta kilómetros más o menos, pero parece que termine allí en esa pequeña cuenca pintoresca.

El panorama de Como es sencillamente delicioso. Las alturas que forman esa especie de embudo están sembradas de chalets, casitas coquetonas, pueblitos encantadores. En la ciudad la vida es intensa y los innumerables hoteles de todo orden viven holgadamente, todos sin distinción, desde el lujoso Plinius, hasta la más humilde fondita.

La "réclame" ha llegado en esta ciudad a sus manifestaciones más agudas y atormenta a los forasteros con carteles en todos los idiomas.

Las manos indicadoras con el índice tendido en forma imperiosa abundan; en cada esquina puede decirse que hay una.

Pero con tantos dedos apuntados, resulta que lo mejor que se puede hacer es siempre preguntar, en la seguridad de encontrar personas amables, que no solamente no se fastidian, sino que son muy capaces de acompañaros al punto que buscáis.

¡La ciudad no es muy grande y, por otra parte, los que han nacido ahí son tan atentos!...

Consultando una guia se aprende que Como es más antigua que la misma Roma. ¡Me lo esperaba!...

Hasta la fecha no he visitado una ciudad, sin que los datos consagrados en las guias no afirmen que su fundación se pierde en la noche de los tiempos.

¡Esa bendita noche de los tiempos cuántas cosas encierra!...

Resultaría, por consiguiente, que Roma exagera algo en su coquetería de ciudad antigua.

He ahí una diferencia esencial entre las ciudades y las mujeres. Las primeras hacen alarde de antigüedad, las otras restan siempre por sistema unos cuantos años a los que consagra la fe de bautismo.

Dice un refrán milanés, que las bellezas de Como o, más que bellezas, las maravillas de Como, son cuatro: el Lago, el Duomo, la rana y...

Luego les diré cuál es la cuarta.

El Lago estaba ahí, pero para admirarlo era preciso recorrerlo por lo menos hasta Menaggio, tres horas de ida y tres de vuelta.

El Duomo quedaba mucho más a mano. Es un templo que, después de la Catedral de Milán, representa el monumento más importante de la Lombardía. Revestido en mármol blanco, adornado con bajorrelieves y estatuas, ofrece un conjunto admirable.

En el Duomo hay una rana, una de las cuatro maravillas de Como.

Sin embargo, no llegaba a verla, aunque buscara todos los posibles efectos de luz. Ni de lejos, ni cerca, podía verla a la dichosa rana, así que no me quedó más remedio que preguntar a un frutero que se habia instalado con su carrito a pocos pasos de la Catedral.

—¿La rana? La famosa rana que dicen, ¿dónde está?

—Vea, señor, aquí...

Y me acompañó a la puerta que se abre sobre el lado norte de la iglesia a pocos pasos del Broletto, otro magnífico edificio en estilo gótico lombardo, antigua residencia de la Municipalidad.

—¿La ve? Es ésta...

Se trata de una rana en tamaño natural, esculpida en mármol. Lo que queda de la rana es realmente maravilloso, se diría que más que esculpida haya sido fundida en un molde hecho con un animal verdadero.

Pero un loco, en un momento de excesiva energía, creyó oportuno sacarle la cabeza de un martillazo, así que ahora la rana está así... bastante incompleta.

El frutero me dijo conmovido:

—¡Este del loco ha sido un crimen sin nombre!... Hay una leyenda entre nosotros que dice: Cuando la rana cante, el tesoro del Duomo se descubrirá.

¿Y ahora cómo va a cantar si ya no tiene cabeza?

—¿Con qué hay tesoros ocultos en el Duomo?

—Es lo que aseguran los viejos...

Yo también quedé pensativo como el frutero, luego cuando consideré que habia pasado un tiempo prudencial, le pregunté:

—Usted es de acá por supuesto...

—¡Sí, señor!...

—¿Entonces sabría decirme cuáles son las bellezas de la ciudad? En Milán no han querido enumerarme más que tres: el Lago, el Duomo, la rana...

El frutero tuvo una sonrisita y, sin hacerse rogar, levantó el velo del misterio.

La cuarta maravilla es el pecho de la Besana...

¡Pero la Besana falleció hace tiempo!...

Parece, efectivamente, que una mujer de este nombre fuera dotada de un "restaurant para la infancia de proporciones talmente voluminosa", que despertaba la admiración en sus tiempos de cuantos forasteros pisaban la sonriente ciudad de Como.

—¿Y no se ha repetido nunca el fenómeno?

—¡Nunca, señor, y menos ahora!... Aquí también se rinde culto a la moda.

DOCTOR A. VACCARI



INTERVIU CELESTE. — Y para el Juicio Final. Señor, ¿un toque de trompeta?
— Oh, no, un alto-parlante...

De Palomar



El jefe del grupo N.° 1 de Aviación, acompañado por los oficiales pilotos que hicieron el "raid" Bahía Blanca-Palomar.

LA PRIMER IMPRENTA DE NUESTRO CONTINENTE

Con motivo del descubrimiento de una lápida conmemorativa colocada en Méjico, en la casa donde se estableció y funcionó la primer imprenta que hubo en el continente americano, se han exhumado y publicado los documentos auténticos y fehacientes de tan gloriosa implantación.

Según consta exactamente comprobado, fué el virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, el que llevó de España e instaló en la capital del antiguo imperio de los aztecas el primer taller de imprenta en 1536. Le auxilió y alentó en su bienhechora obra el virtuoso obispo de aquella diócesis, fray Juan de Zumarraga.

La láplida dice así textualmente: "El Virrey don Antonio de Mendoza estableció aquí el año de 1536 la primera imprenta de América. Los tipógrafos fueron Esteban Martín y Juan Paoli".


JEREZ QUINA
Pedro Domecq
Jerez Quina
Tónico Reconstituyente
Pedro Domecq
Jerez de la Frontera
Insuperable Vino
Tónico - Aperitivo
Eficaz y de gusto delicioso, son las altas características de este verdadero estimulante del apetito, preparado a base de finos y rancios vinos de Jerez.
Digno producto elaborado en las mismas famosas Bodegas donde se produce el exquisito
COÑAC DOMECQ
IMPORTADORES
MERELLO Hnos
Buenos Aires

De General Rodríguez



Cuadro alegórico ejecutado por un grupo de niñas del Hospital "Vicente López y Planes", dirigido por la Madre sor María del Buen Consejo, Superiora del filantrópico establecimiento.

BUENOS AIRES CREPUSCULAR

Como en un cuento de Coppée, un paseante bohemio se detiene a contemplar una puesta de sol otoñal, admirado de su magnificencia, mientras a su alrededor pasan las gentes afanadas, que se codean, se tropiezan sin mirarse siquiera — mucho menos al cielo, tan pegadas van a la tierra — y al ocultarse el sol por completo y apagarse las luces de su ocaso, el bohemio, orgulloso, exclama: — Esta tarde se ha puesto el sol para mí solamente — así quiero yo brindarlos una puesta de sol en Buenos Aires.

Desde mi balcón la contemplé muchas veces. Es la hora admirable. No puede aprovecharse su riqueza; pero el sol al esconderse en Buenos Aires, es pródigo de esplendores. Desde mi balcón, a buena altura, se descubre gran parte de la ciudad. De día cuenta su verdadera historia: crecer, progresar, agrandarse, enriquecerse... Sobre las casas sencillas, de vida familiar, de modesto comercio, con sus terrazas espaciosas, llanas, se yerguen insolentes los edificios modernos, masas pujantes, torres de Babel que pretenden escalar el cielo, y como en la Torre de Babel, confusión de lenguas, que discuten, debaten de negocios y tráficos. Ostentan abigarrada arquitectura. No hay nación, no hay estilo que no haya pasado por ellas. Destacándose arrogante, se alza la cúpula del palacio legislativo. Hay imperio y severidad en su arrogancia. Todo ello es la cosmópolis activa, industriosa, comercial, rica en trabajos y placeres que han de ser la recompensa del trabajo.

A la puesta del sol va acallándose todo aquello, que es como griterío de pujanza. Va suavizándose y afinándose entre una bruma acuosa. Es como una acuarela sin colores chillones, diluídos todos sobre un fondo argentado: amarillos de rosa te con rosados visos de nácar, verdes de mar en lontananza y algún desgarrón sangriento, como llamarada de un incendio lejano... Y, poco a poco, es por fin el azul de la noche. Y ya en la noche, Buenos Aires parece una ciudad oriental, morisca. Los rascacielos espiritualizan su mole y parecen como alminares de mezquita. Bajo ellos, las mil terrazas se tienden misteriosas, y nadie extrañaría ver aparecer en ellas blancos alquiceles morunos o de ellas percibirse rasgueos de guzlas, preludio del lamento de una canción. De la tierra sube una niebla de oro, que es como el resplandor de una fiesta de antorchas y luminarias nupciales... Es otra ciudad... Santos Vega venció al diablo con su cantar criollo: el diablo le había vencido antes con su endiablada algarabía: ruidos de Jazz-band infernal.

El día es del diablo; la noche es del poeta. Comprenderéis que yo me acoja a los poetas y con ellos sueñe, como a la puesta del sol, como en la noche, que encanta la perspectiva de la gran ciudad, desde mi alto balcón yo quisiera, como el almuédano, llamar a los poetas a la oración de las almas creyentes en nuestra verdad: la belleza. — JACINTO BENAVENTE.



LA FILANTROPÍA MATEMÁTICA

Yo dije:

—Por lo visto la causa de la Instrucción Pública ha recibido una regia donación de cincuenta millones de dólares.

Acababa de recorrer las noticias de la Prensa vespertina.

Jéfferson Peters, entre tanto, llenaba su pipa con tabaco de hebra.

—Esto requiere un nuevo claustro universitario y una nueva creación de la asignatura de Filantropía matemática—dijo Jéfferson.

—No comprendo.

—¿He referido a usted acaso las peripecias que nos ocurrieron a Andy Tucker y a mí cuando éramos filántropos? ¿No? Esto pasó, hará ocho años, en Arizona—prosiguió Peters—. Andy me acompañaba por las montañas del Gila. Teníamos un carro y andábamos de gambusinos, buscando vetas de plata. Las encontramos, y vendimos una mina de veinticinco mil dólares a algunos capitalistas del Tucson. Se nos pagó el precio en monedas de plata. Cargamos el saco en un carro, y corrimos hacia el Oriente con el botín. No recuperamos la presencia del intelecto sino cuando nos vimos a cien millas de aquel sitio.

Veinticinco mil dólares no son nada cuando leemos el *Informe Anual del Ferrocarril de Pensilvania*, o cuando un actor nos habla de sus contratos. Pero tenga usted un carro, ponga usted en ese carro veinticinco mil dólares contantes y sonantes, cúbralos con una jerga y golpee usted con el tacón de la bota sobre el montón de plata acuñada, o hunda la cabeza entre aquel baño de metal, y dígame usted que no se siente hecho una institución bancaria, uno de los establecimientos que están abiertos veinticuatro horas al día. Nosotros creíamos ser uno de esos Bancos, a la hora en que el reloj da las doce de la noche y la caja está pletórica.

Después de tres días de marcha nos encontramos en uno de los pueblecillos más encantadores, obra de la naturaleza en colaboración con Rand y McNally. El pueblecillo está al pie de las montañas, y lo embellecen fuentes, árboles y flores. Era un lugar tendido en un abierto valle, donde pacían cómodamente dos mil cabezas de ganado: hombres, mujeres y niños. No hay otro rebaño más cordial y manso en todo el Universo. El pueblo se llama Floresville. La sabia Naturaleza no lo había contaminado aún con las tres grandes plagas del mundo: los ferrocarriles, las pulgas y los turistas.

Nos encaminamos hacia el *Banco de Ahorros de la Esperanza* y depositamos nuestros veinticinco mil dólares bajo el nombre de Peters y Tucker. Después tomamos nuestros alojamientos en el *Skyview Hotel*. Cenamos, y al terminar la cena pasamos del comedor a la galería para fumar.

Ese fué el momento en que yo concebí la idea filantrópica.

Creo que todo estafador, grande o pequeño, ha sido filántropo alguna vez en la vida.

Y es que el explotador del público se asusta cuando sus ganancias pasan de cierto límite, y siente el impulso de la restitución parcial. Fíjese usted en toda obra de caridad, y verá que la restitución se encamina justamente hacia la víctima del estafador.

Como un ejemplo esquemático, tome usted el caso de A.

Este A. hizo su fortuna vendiendo el petróleo a cuya luz leen los estudiantes las obras de Economía Política en que se trazan métodos seguros para la regulación de los monopolios. El monopolista filántropo da su concienzudo dinero a los colegios.

B. es rico por haber chupado la sangre al humilde obrero que trabaja materialmente.

¿Cómo pagar la cuenta del remordimiento?

«He desollado a los obreros—dice el millonario para sí;—pero ya que la caridad hace milagros, veamos si les sale la piel nueva con el nombre sagrado de la Instrucción pública.»

Y de ahí que destine ochenta millones para bibliotecas, en beneficio de los albañiles destinados a construír los edificios.

«¿Y los libros?—pregunta el público.—¿Dónde están los libros?»

«¡Qué sé yo de libros!—dice el millonario.—Yo he ofrecido dar bibliotecas, y ahí las tenéis.

¿No estáis contentos? Creo que si os hubiera dado acciones de las Empresas del Acero, reclamaríais diciendo que hay sobrecapitalización indebida y que no aceptáis negocios de escaso rendimiento. ¡Vaya unos canallas!»

Como iba diciendo, yo sentí el impulso filantrópico de los millonarios. Por primera vez mi socio y yo habíamos acumulado una cantidad considerable que nos permitía hacer examen de conciencia acerca de los medios empleados para realizar nuestras ganancias.

—Andy Tucker—dije a mi compañero,—somos ricos. No hemos pasado los límites de la generalidad acomodada, pero en nuestra humilde esfera podemos consirarnos unos Cresos. ¿Qué dirías tú si hiciéramos algo por la Humanidad?

—Justamente ésa es la idea que yo tenía, Jéfferson—me contestó Andy.—Hemos jugado con el público. Hemos vendido cuellos inflamables de celuloide. Hemos ahogado a los habitantes de Georgia bajo una lluvia de botones con el retrato de Hoke Smith para la campaña presidencial. ¿En qué arbitrio no ha espigado nuestra fantasía? Debemos entregarnos a la causa de la Humanidad. Haré por ella todo lo imaginable, como no sea acompañar a las propagandistas del Ejército de Salvación y tocar

los platillos en sus orquestas, o enseñar la Biblia por el sistema de Bertillon.

— ¿Qué plan te ocurre? — prosiguió Andy.— ¿Pondremos una cocina para dar sopa gratuita a los pobres, o enviaremos dos mil dólares al secretario del Presidente de los Estados Unidos?

— Ni una ni otra cosa — le contesté.— Somos demasiado ricos para hacer obras de caridad tan vulgares. Y, por otra parte, no somos demasiado ricos para intentar una restitución de lo mal habido. Iniciemos algo que no toque ningún extremo.

Paseando al día siguiente por los alrededores de Floresville, vimos un edificio de ladrillo rojo, al parecer deshabitado, que ocupaba lo alto de una eminencia. Tomando informes, supimos que un minero rico había construído aquella morada. Cuando la hubo terminado, descubrió que solo le quedaban dos o tres dólares para amueblarla. Compró una botella de *whisky*, y después de beber todo el contenido de ella, subió al tejado y se echó de cabeza.

No bien hubimos visto aquella casa, una idea se adueñó simultáneamente de nosotros. Con tres o cuatro lámparas, algunas carpetas, media docena de profesores, una estatua de Hércules y otra del padre Juan en el jardín, podríamos establecer la mejor de las Universidades gratuitas de que haya memoria.

Hablamos con los ciudadanos más esclarecidos de Floresville, y todos aplaudieron nuestra magna idea. Se nos dió un banquete en el establecimiento de Fuerza Motriz, e iniciamos nuestra carrera de promotores del progreso y de las luces. Andy pronunció un brindis que duró hora y media, desarrollando el tema de los riegos en el Bajo Egipto. Después se puso un disco moral en el fonógrafo. Y la fiesta acabó con un helado de piña.

Mi socio y yo nos entregamos en cuerpo y alma a la filantropía, sin perder un tiempo que era precioso. Cuantas manos hábiles había en el pueblo se entregaron a la transformación del edificio para instalar clases y salas de conferencias. Telegrafiamos a San Francisco pidiendo escritorios, pelotas, aritméticas, cortaplumas, diccionarios, sillones para los profesores, pizarras esqueletos, esponjas, gorras, bonetes y cuanto es menester en las Universidades. Pedí también un *currículo:* pero el telegrafista se equivocó sin duda, pues me llevaron una lata de carne en conserva.

El semanario de Floresville publicó nuestros retratos al carbón. Nosotros no nos embriagábamos con aquellas manifestaciones. Sin perder momento hicimos a Chicago el pedido de seis profesores; a saber, uno de Literatura inglesa, uno de lenguas muertas, con todos los adelantos modernos; uno de Química, uno de Economía Política — indicando que lo preferíamos del partido demócrata, — uno de Lógica y uno, combinado, de Pintura, Italiano y Música. El *Banco de la Esperanza* garantizaba los sueldos, que eran de ochocientos dólares a ochocientos dólares y medio anuales, según las aptitudes y las asignaturas. Poco a poco surgía la nueva institución. Por fin llegó el instante en que vimos sobre la puerta un enorme letrero que decía:

UNIVERSIDAD MUNDIAL. — PETERS Y TUCKER, FUNDADORES, PATRONOS Y PROPIETARIOS

En los primeros días de septiembre empezaron a llegar los profesores por el expreso del Tucson, que corre tres veces a la semana.

Aquellos sabios eran jóvenes, tenían pelo rojo y llevaban lentes.

Les movían dos sentimientos : la ambición y el apetito.

Los ciudadanos de Floresville hicieron una recepción grandiosa al Claustro universitario.

Mi socio y yo habíamos tocado el clarín sonoro de la instrucción gratuita, y respondieron a nuestro llamamiento doscientos diez y nueve jóvenes, de diez y ocho a cuarenta años.

Hubiérase dicho que habían tomado la ciudad por asalto.

¿Estábamos en Harvard o en un campamento de mineros californianos?

La estudiantina recorría las calles y plazas con su bandera desplegada. Brillaban al aire los colores de nuestra institución: ultramarino y azul.

Andy pronunció uno de los discursos más famosos desde la terraza del *Hotel Skyview*.

La ciudad en masa había salido para escuchar aquella pieza oratoria.

Después de dos semanas de esfuerzo, los profesores lograron desarmar a los estudiantes y enchiquerarlos en sus clases.

No existe placer comparable a los que proporciona la filantropía.

Mi socio y yo andábamos con sombrero de copa. En cada esquina se nos aparecía un fotógrafo. El gacetillero de la población nos perseguía como si fuera nuestra sombra. Se hablaba constantemente de nosotros en la *Sección Universitaria*.

Andy daba una conferencia por semana. Después de oir a mi socio, el público me aclamaba y pedía que contara un chiste. Nuestros retratos aparecían entre los de Lincoln y algún pugilista célebre

La preocupación filantrópica nos desvelaba. Despertábamos a altas horas de la noche para comunicarnos alguna idea genial.

— Andy, hemos olvidado una cosa de importancia — dije a mi socio. — Es necesario que los estudiantes no carezcan de dromedarios.

— No se llaman dromedarios — me contestó Andy. — Pijamas es su verdadero nombre japonés. : .

— No me refiero a eso. Hablo de las salas donde duermen.

— Dormitorios, no dromedarios.

Pero la discusión acerca de la palabra nos privó de realizar la adquisición.

Entre tanto la Universidad alcanzaba un éxito colosal. Teníamos alumnos de cinco Estados y Territorios. Floresville había conquistado una notoridad estruendosa. Se abrió

una sala de tiro al blanco. Se fundó una casa de préstamos sobre prendas. Se establecieron dos nuevas tabernas.

Los estudiantes cantaban por las calles:

Ro, ro, ro,
Pin, pin, pan...
Ro, ro, ro,
Peters y Tucker todo lo dan...
Ro, ro, ran.

Mi socio y yo estábamos orgullosos de nuestros estudiantes. Eran nuestros hijos.

Pero llegó el mes de octubre, y un día Andy se me presentó para inquirir si tenía una idea de lo que habíamos gastado.

¡Nuestra cuenta en el Banco arrojaba un total disponible de 821 dólares 62 centavos!

—¡ Cómo ! — exclamé, dando una especie de rugido. — ¿Se nos ha saqueado hasta este punto?

— Ni más ni menos.

— Pues maldita sea la filantropía.

— No digas necedades. La filantropía es una gran cosa cuando se practica inteligentemente, como negocio. No lo hay igual. Vamos a ver si es tiempo de enmendar nuestros yerros.

A la semana siguiente examinaba yo la nómina de la Universidad. Mis ojos encontraron una nueva partida:

«Profesor James Darnley McCorkle — Matemáticas, — 100 dólares semanales.»

Mis alaridos llegaban hasta el sitio distante en que se hallaba Andy.

— ¿ Qué es esto? — exclamé. — ¡Un profesor de Matemáticas que gana cinco mil dólares anuales, o más aún! ¿Ese hombre ha entrado acaso por la ventana y se ha nombrado a sí mismo?

— Hace una semana telegrafié para que se me enviara de San Francisco. Al fundar la Universidad olvidamos la clase de Matemáticas.

— Olvido salvador. Podremos pagar el sueldo de este sujeto durante quince días, y nos despediremos para siempre de la filantropía.

— Espera un poco — interrumpió Andy.— ¿Vamos a desertar de una causa tan noble como es la del saber? Además, mientras mayor estudio pongo en el examen de la filantropía al menudeo, la encuentro más ventajosa. No había pensado en ello como ahora. Todos los filántropos son ricos. ¿Por qué lo son? ¿No crees que debimos haber establecido con precisión la causa y el efecto?

Yo tenía una confianza ciega en Andy. Dejé el asunto en sus manos para que obrara libremente.

La Universidad florecía, nuestros sombreros de copa tenían ocho luces y Floresville nos tributaba los honores de que disfrutan los verdaderos millonarios y no los simples filántropos de busto como nosotros.

La presencia de los estudiantes daba animación a la ciudad.

Un forastero estableció una gran casa de juegos, y ganaba cantidades enormes.

Mi socio y yo fuimos a la sala de *Faro* y apostamos uno o dos dólares, por simple espíritu de sociabilidad.

Había cincuenta estudiantes bebiendo ponches de ron y contando fichas azules y rojas, mientras el oficiante barajaba.

— ¿Ves, Andy? — dije yo. — Estos haraganes vienen a nuestra Universidad en busca de instrucción gratuita y tienen más dinero que tú y yo. Son hijos de gañanes, y traen calcetines de seda. Mira cómo sacan fajos de billetes.

— ¡ Naturalmente! — repuso Andy.— Sus padres son mineros enriquecidos o jugadores de Bolsa. ¡Lástima de muchachos! ¡De qué modo pierden su porvenir!

En vísperas de Navidad nos reunimos para despedir a los estudiantes que emprendían el viaje de vacaciones. Se nos dió una velada literaria en la Universidad. Andy habló sobre la «Música moderna,» relacionando el tema con el de la «Literatura prehistórica de los Archipiélagos.» En los discursos fuimos comparados a Rockefeller y al emperador Marco Polo. Yo me incliné sobre la mesa y pedí que hablara el profesor McCorkle; pero se me dijo que el profesor no estaba presente. Yo quería conocer a un monstruo que, según Andy, merecía cien dólares semanales por enseñar matemática en nuestra agonizante institución filantrópica.

Los estudiantes partieron por el tren de media noche, y el villorio quedó sumido en el silencio más profundo.

Cuando me retiré al hotel, vi que había luz en el aposento de Andy.

Abrí la puerta y entré.

Andy estaba sentado frente a la mesa, y en el lado opuesto se hallaba el empresario de la casa de juego.

Los dos se ocupaban en la partición de una montaña de oro formada por paquetes de dos mil dólares.

— Muy bien — decía Andy cuando yo entré. — Son treinta y un mil por cada parte.

— Acércate, Jeff — añadió, dirigiéndose a mí.— Esto es lo que nos corresponde como beneficios por el primer período escolástico y filantrópico de la Universidad. ¿Te has convencido de que la filantropía bien administrada es una bendición para el que la practica y para el que la recibe?

— ¡Magnífico! — exclamé, transportado de admiración y júbilo. — ¡Eres todo un maestro!

— Saldremos por el próximo tren. Recoge tus cuellos, tus pañuelos y tus recortes de periódicos.

— No tardo un minuto en alistarme — repuse.— Pero claro que no partiré de aquí sin que me presentes al profesor James Darnley McCorkle.

— Nada más fácil — dijo Andy.

Y volviéndose hacia el jugador, pronunció estas palabras:

— Jim, saluda a nuestro socio Peters.

O. HENRY

De Villa Luro



Vista parcial de la concurrencia que asistió al festival danzante organizado por el centro social El Pensamiento, en honor de las familias de sus asociados.

De Azcuénaga



Socios del Club Recreativo Azcuénaga, que celebraron con un almuerzo criollo el 4.º aniversario de su fundación.

EL VIERNES

Aunque el viernes es por muchos considerado como un día aciago los habitantes del continente americano no tenemos derecho para participar de esta superstición.

Viernes era, en efecto el 3 de agosto de 1492, cuando Colón partió de España para el viaje que reveló al mundo la existencia de América.

Era viernes también el 12 de octubre, cuando el inmortal navegante descubrió la tierra.

Viernes el día 3 de enero del año siguiente cuando emprendió el regreso para España.

En viernes llegó a España de su segundo viaje.

En viernes descubrió el continente.

En viernes dió Enrique VII a Juan Cabot la orden de emprender un viaje que le hizo descubrir la América del Norte.

En viernes fundó también Meléndez la ciudad de San Agustín, la más antigua de la América septentrional.

Los primeros colonos de aquel país llegaron también en viernes.

La humildad es el arma más poderosa en la panoplia de una mujer.

Vino generoso español tan bueno como un oporto y más barato.

UNICOS PROPIETARIOS e IMPORTADORES:

GONZALO SAENZ y Cía.

24 - MAIPU - 24

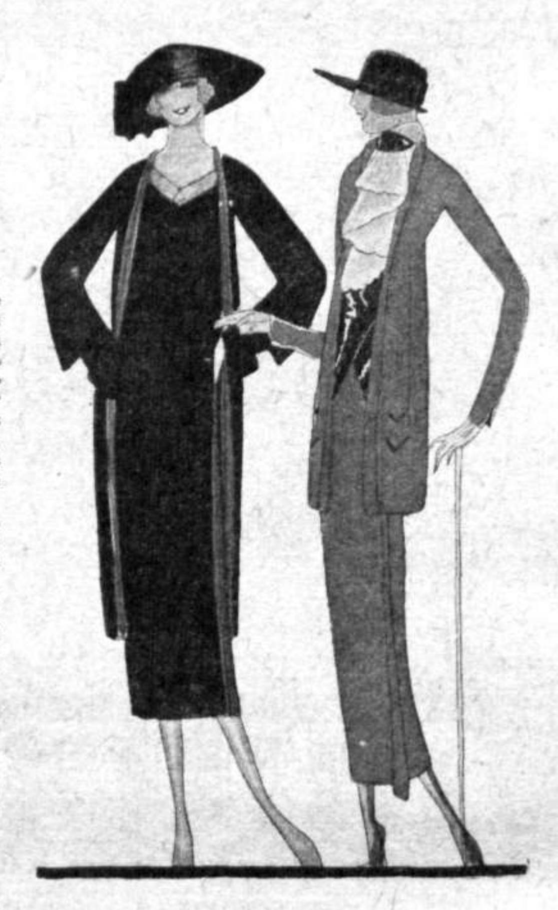
Bs. Aires.

GILLAR

"EL ABUELO"



Un ENEMIGO Del PLATA



EL «TAILLEUR»

Y perdonadme el título. Cualquiera que se haya encontrado en Europa en primavera o en otoño y regrese luego a la Argentina, no puede no observar cuán poco amor profesan las bellas porteñas al traje un poco varonil, preferido por las mujeres de toda Europa: el traje sastre.

No digo con eso que en la Argentina el «tailleur» no se usa; recuerdo las bellas siluetas de Palermo haciendo «footing»; pero ese traje está lejos de gozar de las simpatías de la mayoría de las elegantes, las que prefieren la «robe-manteau», la «robe-chemise» y el «trois-piéces»; en todos los momentos de su jornada, paseando o manejando coche, yendo de compras o de «flirt», el «tailleur» siempre es una excepción, y el traje sastre con pechera de hombre y cuello alto, el verdadero traje inglés, es mirado en la Argentina como se mira a un enemigo aborrecido.

Quizás que la moda de las «echarpes cache-nez» y pañuelos no devuelva al «tailleur» un poco más de favor. ¡Son tan bonitos estos cuadrados y rectángulos multicolores, y dan motivo a gestos elegantes tan apreciados por toda mujer de distinción!

Tres son los «tailleurs» de moda: pollera angostísima y corta y saco entallado terminando con dos grandes «godets» laterales que contrastan marcadamente con la pollera. Uno de esos modelos llamó la atención en la pasada primavera en la playa de Cannes y salió ilustrado en una revista francesa.

El otro estilo de «tailleur» responde a principios diplomáticos; tiene la pollera ni ancha ni angosta, el saco ni corto ni largo, cerrado por un cinturón que marca el talle muy bajo, pero no entalla. Es preferido por las personas muy altas.

El tercero es de pollera justa, con pliegues o plegados, saco corto y derecho abrochado con un solo botón o abierto y sujetado por un cinturoncito del mismo género, colocado inmediatamente debajo del talle anatómico.

Los primeros «tailleurs» de la temporada tienen casi todos cuello sastre, algunos el cuello cerrado de piel; luego se prefiere una simple tirita doblada, destinada a recibir los grandes cuellos y pecheras de organdí o seda pintarrajeada.

Además de los tres tipos clásicos hay una infinidad de «tailleurs» fantasía, desde la combinación de una pollera de terciopelo gris con saco cortísimo de arminio y cinturón «Torero», hasta el que da la perfecta ilusión de una mujer en pañales.

La elegancia queda sin embargo hostil a lo excéntrico, y hoy más que nunca se busca el «juego» de tonos, la armonía de los colores, la fusión del conjunto aun cuando los géneros son distintos y los adornos diferentes.

Sobre una pollera de color habana, plegada finísima, hace juego un saco o un «tres-cuartos» del mismo con ligeros bordados de «soutache» y un cinturón de cinta negra muy ancha, atado a un costado con rebuscada negligencia.

Un sencillo «tailleur» de «popeline» es bien completado por un discreto dibujo de galones fantasía que desde el saco parecen prolongarse, ininterrumpidos, hasta mitad de la pollera.

Sobre el «reps» almendro resalta la gamuza negra y blanca ribeteándolo.

El «tailleur» de saco corto y derecho no lleva, por lo general, adornos más que unos pliegues en la pollera y los bolsillos aplicados. Lo mismo dígase para los géneros a cuadros, para los cuales se usa el cuello sastre y la pollera cruzada.

El «tailleur» permite variar «ad libitum» el escote, variando la pechera o blusa, ventaja que no ofrece el tres-piezas, traje preferido por las señoras que unen a la elegancia cierto sentido de ahorro. Hay lindísimos tres-piezas en género y crepé. Recuerdo haber visto, para señoras no muy jóvenes, un modelo sentador en crepé marrocain negro con bata en el mismo crepé blanco alegrado por grandes rosas pintadas: una verdadera obra de arte. Con un «popeline» verde la bata será de crepé «Georgette» blanco plegado; y sobre un vestido de marrocain azul con bata en crepé de china arrojará su nota de contraste el saco de marrocain azul bordado en rojo. Hay quien prefiere a los contrastes la graduación calma de los tonos, y entonces tenemos combinaciones de crepé marrocain liso con el mismo estampado.

En los tres-piezas la bata y la pollera no tienen fronteras.

Quiere decir que algunas veces el crepé claro de la parte superior se prolonga sobre las caderas, otras veces es la pollera la que tiene evocaciones por medio de tiras o dibujos geométricos en la bata. Hay un acuerdo establecido y marcado sobre una y otra parte, como entre el primero y segundo tiempo de una sinfonía clásica antigua, y el saco es, «el final que recoge y eleva los motivos del tema».

Es costumbre antigua y no abandonada la de llevar una flor blanca en la solapa izquierda del «tailleur». La gardenia perfumada y frágil será este año preferida a la ya abusada camelia un poco fría, demasiado cantada, y archivada hoy entre los adornos de la mesa, por la opulencia apacible que tiene cuando está en compañía, en manojos y en ramos.



Para los buenos empleados que estudian uno de nuestros cursos profesionales, hasta obtener el ***Diploma.***

Mande su dirección y recibirá gratis ***un manual para aprender a escribir a máquina*** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos ***por correspondencia.***

ITALIA:
Via Arno, 44 (Angolo Via Ombrone) Roma.

ESTADOS UNIDOS:
235 West 108 th Street - New York.

ESPAÑA:
Archs, 13 - Barcelona

ARGENTINA:
1059, Lavalle, 1059 - Buenos Aires.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA
CONTADOR MERCANTIL

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

1059, Lavalle, 1059 **Buenos Aires.**

....
Nombre

....
Dirección

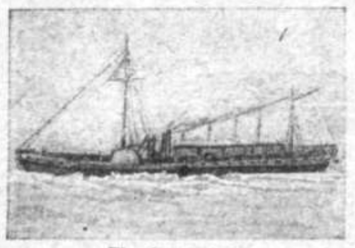
....
Localidad

LOS FRUTOS DE LA OBSERVACION

El papá de Jorgito no se encontraba bien y había pedido calentaran agua para una decocción. Cuando el agua hervía levantó la tapa de la pavita y tomando luego un puñado de manzanilla lo echó dentro de la misma.

Jorgito que había estado observando, díjole a su hermano Carlos, que estaba a su lado:

— Mira cuánto vapor; primero salía del piquito y parecía que salía menos, pero quizá tenía más fuerza.



El primer vapor.

— Muy bien, muy bien — observó el papá, mientras preparaba la medicinal infusión. — Me ha dado gran gusto oír tu observación tan exacta. Ya te habrá dicho el maestro que los descubrimientos y los inventos de que tanto se enorgullece la humanidad y que tantos beneficios le han reportado, se deben todos a la observación.

— Sí, papá; recuerdo que cierto día el maestro nos habló de un joven que, desde niño, observaba el vapor que salía del pico de la tetera en que su mamá preparaba el te.

— ¡Cuántas veces lo he visto yo también salir de la olla! — exclamó Carlitos.

— ¡Quién no lo ha visto! — prosiguió el padre. — Pero aquel jovencito de quien os habló el maestro no se contentó con verlo, sino que lo observó; hizo experimentos para conocer y utilizar la fuerza, y el resultado de todo eso fué que fabricó una máquina a vapor, la que impulsada con esa fuerza, servía para poner en movimiento a otras máquinas.

— Es verdad, papá; el maestro nos ha enseñado que existían antes otras máquinas, pero tan imperfectas que nadie las utilizaba; Santiago Watt fué el que, a fuerza de estudios, de observaciones y de pruebas, la perfeccionó.

— Y su máquina, hijos míos, fué aplicada a levantar el agua, a imprimir, a hilar la seda, el algodón y la lana, a tejer y a otras industrias más; después, Fulton la aplicó a mover las naves, y Stéphenson la transformó en locomotora que arrastra a los vagones sobre los rieles. Pensad que si Watt no hubiera sido tan observador, probablemente nosotros no podríamos transladarnos a Europa en veinte días. Data solamente de un siglo el disfrutar de tan grandes comodidades. Fulton lanzó su primer barco a vapor en 1807, y el primer camino de hierro abierto al público fué inaugurado con una locomotora hecha por Jorge Stéphenson en el año 1825.

— ¡Qué hombres inteligentes papá! — exclamaron llenos de admiración y a una sola voz los niños.



Un vapor de nuestros días.

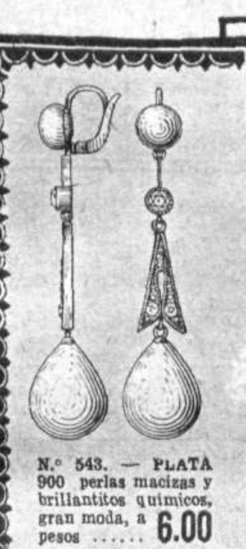
— ¡Y qué grandes observadores!

— Pero, ahora, hijitos, voy a tomar mi manzanilla. Mientras tanto pensad vosotros cómo viajarían nuestros antepasados por tierra y por mar en los siglos anteriores a esos notables inventos.

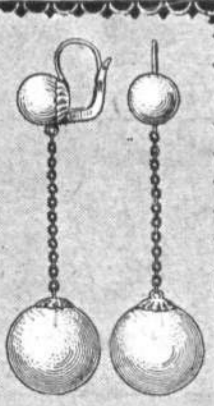
ADELIA DI CARLO

¡LE INTERESA ESTA OFERTA!

$ 45



N.º 543. — PLATA 900 perlas macizas y brillantitos químicos, gran moda, a pesos 6.00



N.º 194. — GRAN moda, perlas imit. fina, con gancho y cadenita de plata....... $ 2.95



N.º 556. — JUEGO COMPLETO: Reloj chato, paqué de oro 18 kilates, máquina áncora, 15 rubíes, garantido por diez años, con mongrama, con cadena doble y cortaplumas enchapado en oro, por solo............................ $ 45.-

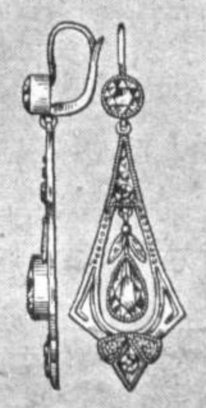
N.º 538. — PLATA vieja y marquesitas, el par a pesos.. 3.50

N.º 536. — PLATA vieja y marquesitas, el par a pesos.. 4.50



¡OCASION!

N.º 553. — PULSERA ench. 18 k. extensible, con la mascota de suerte N.º 13, como reclame, por ... $ 1.95



N.º 528. — PLATA 900, gancho de oro 14 K., piedras fantasía, reclame......... $ 6.90

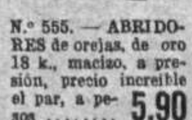


N.º 550. — GEMELOS plata 900, iniciales en esmalte, el par pesos 4.50

LOS MISMOS en oro 18 kil., sellado..... $ 24.—

N.º 554. — AROS de oro para señora, señorita, con perlitas, a..... $ 5.90

Los mismos para nena......... $ 4.—



N.º 555. — ABRIDORES de orejas, de oro 18 k., macizo, a presión, precio increíble el par, a pesos 5.90



N.º 291. — GEMELOS oro 18 K. fix. cincelado muy fino, el par como reclame... $ 8.90



N.º 548. — ANILLO de oro 18 K. fix. cincelado a mano con un brillante químico fino, $ 14.00



PRECIO ESPECIAL $35

N.º 557. — BONITA pulsera de moaré fino con reloj forma de moda, plaqué de oro 18 k., máq. fina con 15 rubíes y gar. por 5 años



N.º 141. — ANILLO de plata 900 macizo, con iniciales en esmalte $ 5.00

DE ORO 18 K. de 14 gramos peso. $ 39.—

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno. Remitimos los pedidos por vuelta de correo.

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 = BUENOS AIRES

Los giros postales deben dirigirse a nombre de P. SEITLER y se remiten a cualquier punto de la República.



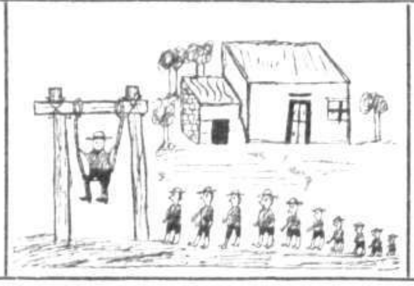
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



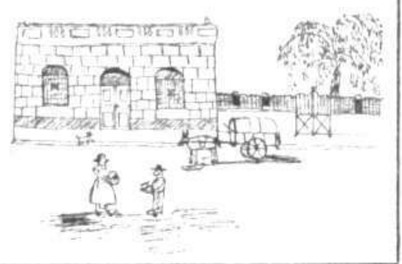
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



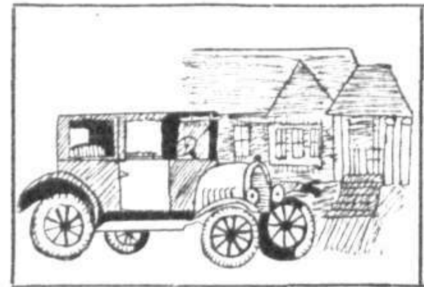
1765. — La maestra haciendo marcar el paso.
HÉCTOR RAÚL CALOGER.



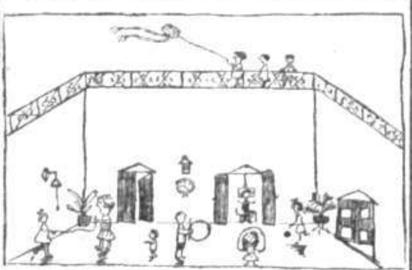
1766. — Hamacándose por turno.
AMÉRICO DE MATTIA.



1767. — Amanda y el verdulero.
JUANITA VARGAS.



1768. — El auto de mi tío.
ELENA REQUENA.



1769. — Un recreo en mi escuela.
MAGDALENA NELSON.



1770. — Mi diarero vendiéndome CARAS Y CARETAS.
FRANCISCO D. DI BENEDETTO.

TRAPICHE

EL MEJOR VINO DE MESA



BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
SOCIEDAD ANON. INDUSTRIAL Y COMERCIAL
744 - Florida - 744 Buenos Aires.

Unión Telef. 1752 y 1365, Retiro.
Cooperativa Telef. 3708, Central.



VANIDAD DE VANIDADES



Todo es vanidad y todo el mundo es vanidoso. Las mujeres lo son de un modo terrible. También los hombres, y más aún, si cabe. Los niños... los niños, en especial, lo son igualmente. En este mismo instante en que escribo, una niña me está dando golpes en las piernas. Quiere llamar mi atención hacia sus zapatos nuevos y que le diga qué me parecen. Si he de hablar con franqueza, no me parecen gran cosa. Carece de simetría y de elegantes curvas, y su aspecto indescriptible es como el de un par de montoncitos (hasta creo que se los han cambiado de pie). Pero guárdome bien de decírselo. Lo que ella desea no es crítica, sino adulación, y así doy rienda suelta al elogio con tal apariencia de efusión que me avergüenzo de mí mismo. Pero es lo único capaz de satisfacer al engreído angelito. Ya otra vez procuré salir del paso representando en ocasión análoga el papel de amigo sincero y franco; pero no obtuve más que un malísimo éxito. Habíame ella preguntado mi opinión acerca de su conducta y comportamiento en general, sometiendo el caso a mi examen con estas palabras: «¿Soy yo buena? ¿Quién me quiere a mí?» y yo creí entonces que la ocasión era que ni pintada para dirigirle algunas observaciones de carácter moral acerca de sus últimos actos. Así le contesté: — No, no eres buena, estoy algo enfadado contigo. Recordéle a continuación lo acontecido aquella misma mañana, y la invité a que considerara si una niña educada cristianamente podía suponer que un tío tan serio y tan bueno, como era yo para ella, había de estar satisfecho del comportamiento de una chiquilla que aquel mismo día había revuelto toda la casa a las cinco de la mañana; tiró un jarro de agua y se cayó después por la escalera a las siete; intentó meter al gato en la bañera a las ocho; y, finalmente, se había sentado sobre el sombrero de su propio padre a las nueve y media.

¿Qué hizo ella al oír todo esto? ¿Agradecerme la franqueza con que le hablaba? ¿Pesar mis palabras y, en consecuencia, formar el propósito de enmendarse y llevar en adelante una vida más noble y correcta?

Pues no, señor; se puso a dar chillidos.

Una vez hecho esto comenzó a insultarme. Me llamó «tío malo, tío pícaro, mal hombre», y salió diciendo que «iba a contárselo todo a mamaíta».

Y, en efecto, así lo hizo.

Desde entonces, cada vez que se me pide mi opinión acerca de aquella personilla, he cuidado siempre de guardarme para mí lo que realmente pienso, prefiriendo manifestar una admiración sin límites por todos sus actos, aunque no haya verdadera relación entre mis palabras y los méritos actuales que las han inspirado. Y ella mueve la cabeza asistiendo a mis juicos, y sale disparada para enterar de ellos a los demás habitantes de la casa. A lo que parece, suele emplear mis elogios para fines prácticos, usando de aquéllos como de certificados de buena conducta, porque al poco rato oigo que grita: «Dice el tiito que soy muy buena, y que se me han de dar dos bizcochos en vez de uno».

Y allá va ahora tan contenta mirando extasiada los zapatos nuevos y diciendo: «zapatitos monos... monos...» Va hecha una muñequita, una disminuta estatua del engreimiento y de la vanidad, sin contar con otros pecadillos.

Y lo que de uno, puede decirse de todos los pequeñuelos, porque así son. Recuerdo ahora una hermosa tarde en que estaba yo sentado en un jardín de los suburbios de Londres. De pronto oí una vocecilla aguda, penetrante, que llamaba desde uno de los altillos de una casa dirigiéndose a alguien invisible que de fijo estaba en otro de los jardines contiguos: «Abuelita, abuelita, yo soy bueno, soy muy bueno... me he puesto los pantalones de Roberto».

Como que hasta los animales son vanidosos. Vi el otro día un gran perro de Terranova que se estaba mirando en un espejo frente a una gran tienda de una de las mejores calles, y no he visto satisfacción igual a la suya más que cuando salen de sus reuniones los individuos de ciertas asambleas populares.

Estaba yo una vez en una casa de campo en que se celebraba una gran fiesta. No recuerdo en este momento con qué motivo; pero era una de aquellas en que los pueblos festejan con floridos adornos la entrada de la Primavera o algo por el estilo; y ocurrióseles a los reunidos ponerle a una vaca una corona de flores. Pues bien: el estúpido cuadrúpedo la llevó durante el día con la frente tan alta como una colegiala que estrenara vestido nuevo, y cuando se la quitaron, quedóse tan malhumorada que no hubo más remedio que volvérsela a poner para que se dejara ordeñar en paz. Y esto no es cuento: es la pura verdad.

Si nos fijamos en los gatos, tanta es su vanidad que casi iguala a la de los hombres. De uno sé yo que se levantaba de su sitio y salía de la habitación en cuanto oía algo que resultara en detrimento de los de su especie, y en cambio, un amable piropo que le dirigieran, le tenía susurrando de contento durante una hora.

¡Qué simpáticos me son los gatos! ¡Resultan

inconscientemente tan divertidos! ¡Tienen un aire de dignidad tan cómico, algo así como si dijeran: «¿cómo se atreve usted a tocarme? ¡Márchese usted y déjeme tranquilo!» En cambio, nada de esa altivez se encuentra en los perros. Esos parecen decir más bien: «¡Hola, amigo, bienvenido!» a cualquier Juan, Pedro o José que les sale al paso. Cuando yo me encuentro a un perro con el cual tengo cierta amistad, doyle un golpecito en la cabeza, le digo cuantas perrerías se me ocurren, y después de insultarlo lo pongo patas arriba;y, sin embargo, así se queda, con la boca abierta y sin ofenderse en lo más mínimo.

¡Imaginaos el emplear tales procedimientos con un gato! Sería muy capaz de no dirigiros más la palabra en todos los días de vuestra vida. No; cuando queráis ganaros la aprobación de un gato, es preciso que os fijéis bien en lo que traéis entre manos, y que os vayáis insinuando con cuidado. Si no le tenéis muy tratado, lo mejor será que comencéis por decir: «¡Pobre minino!» Después de lo cual podéis añadir: «¡Rico!» con cierto tono de caricia y de simpatía. No os dais exacta cuenta de lo que queréis decir con ello, ni el gato tampoco; pero la amabilidad con que pronunciáis aquellas palabras, parece suponer una favorable disposición de espíritu por vuestra parte, y generalmente impresiona tanto al gato que, si sois persona de finos modales y regular apariencia, arqueará aquél el lomo en seguida y se acercará para frotar el hocico contra vuestro cuerpo. Ya llegadas las cosas a este punto y sazón, podéis aventuraros a darle un golpecito cariñoso bajo la barba, y a hacerle cosquillas en la cabeza, tras de lo cual, aquel ser inteligente os clavará las uñas en las piernas, demostrándoos que es todo amistad y afecto, como tan dulcemente se expresa en aquellos conocidos versos que repiten los niños:

Yo quiero a Minino; ¡su piel es tan tibia!
si no le molesto no me va a arañar.
Le paso la mano, lo mimo y lo harto,
y al ver que soy buena ¡cuánto me querrá!

No dejan de ofrecernos los dos últimos renglones de la estrofa una revelación acerca del verdadero concepto que de la humana bondad tiene Minino. Es evidente que su criterio acerca de la mencionada bondad estriba en que le acaricien y lo mimen, y lo atiborren de comida. Desgraciadamente, sospecho que tan mezquino concepto de la virtud no es propio y exclusivo del buen Micifuz. Todos sentimos cierta inclinación a apreciar el mérito ajeno basándonos en motivos análogos. Bueno llamamos al hombre que hace lo que para nosotros resulta bueno, y de malo calificamos al que no quiere hacer lo que a nosotros nos conviene que haga. La verdad es que cada uno de nosotros lleva en sí el innato convencimiento de que el mundo entero con todos sus habitantes y con cuanto en él existe, no fué creado más que como necesario apéndice de nosotros mismos. Nuestros prójimos, y hasta nuestras *prójimas*, no fueron hechos más que para admirarnos, y para que nos suministraran cuanto necesitamos. Tú y yo, lector, constituimos el centro del Universo, según nuestras respectivas opiniones. Tú, por ejemplo, a lo que yo entiendo, fuiste sacado de la nada por la benévola Providencia para que pudieras leerme y pagarme, de paso, lo que escribo; mientras que, a tu modo de ver, yo no soy más que un instrumento colocado en el mundo para que fuera escribiendo lo que tú has de leer. No fueron puestas en el cielo las estrellas (como llamamos nosotros a las miriadas de mundos que, además del nuestro, se mueven eternamente silenciosos en el espacio), no fueron puestas allí más que para que el cielo nos pareciera algo más interesante cuando lo miramos por la noche. Y la luna, con todos sus obscuros misterios y su rostro siempre oculto, no es más que algo inventado para que a su luz pudiéramos pelar la pava mucho mejor.

Sospecho que todos nos parecemos algo a aquel gallito que se figuraba que el sol salía todas las mañanas sólo para oirle cantar a él. «Lo que hace que el mundo dé vueltas no es más que la vanidad.»

J. K. JEROME

MARIPOSA *de la* SIERRA

ANTONIO MACHADO

¿NO ERES TÚ, MARIPOSA,
EL ALMA DE ESTAS SIERRAS SOLITARIAS,
DE SUS BARRANCOS HONDOS
Y DE SUS CUMBRES BRAVAS?
PARA QUE TÚ NACIERAS,
CON SU VARITA MÁGICA,
A LAS TORMENTAS DE LA PIEDRA UN DÍA
MANDÓ CALLAR UN HADA,
Y ENCADENÓ LOS MONTES
PARA QUE TÚ VOLARAS.

¡ANARANJADA Y NEGRA,
MORENITA Y DORADA,
MARIPOSA MONTÉS, SOBRE EL ROMERO
PLEGADAS LAS ALILLAS, O, VOLTARIAS,
JUGANDO CON EL SOL, O SOBRE UN RAYO
DE SOL CRUCIFICADAS!...

¡MARIPOSA MONTÉS Y CAMPESINA,
MARIPOSA SERRANA,
NADIE HA PINTADO TU COLOR; TÚ VIVES,
TU COLOR Y TUS ALAS,
EN EL AIRE, EN EL SOL, SOBRE EL ROMERO,
TAN LIBRE, TAN SALADA!...
QUE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
PULSE POR TI SU LIRA FRANCISCANA.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS *invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al* gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



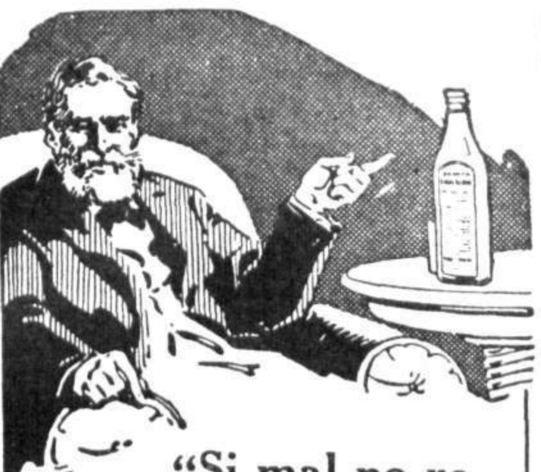
Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 109

Nombre y apellido..

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



"Si mal no recuerdo, no ha habido un día en que faltara en casa la Emulsión de Scott."

Lo que dice este simpático anciano es verdad de infinidad de hogares donde se precia la salud y la robustez durante todas las edades de la vida.

Tantas enfermedades tienen el mismo origen que miles de personas sensatas han llegado a convencerse de que cuando no basta la Emulsión de Scott, hay que dejar que el médico decida, y frecuente éste también, dice:

Tome usted la



EMULSION de SCOTT



en el periodo, desarreglos, metritis, hemorragias inflamaciones, etc., desaparecen tomando el

"ESPECIFICO SCHEID'S"

Frasco, $ 4.—

En el atraso, escasez o falta del periodo, tomad

"A M E N O R R O L"

Frasco, $ 4.—

comprobado inofensivo, siendo estos dos productos muy eficaces y recetados por los médicos. Pídalos hoy mismo. Venta en toda buena farmacia.

S C H E I D Y V A L L E

Depósito General: C. PELLEGRINI, 644-Bs. Aires.

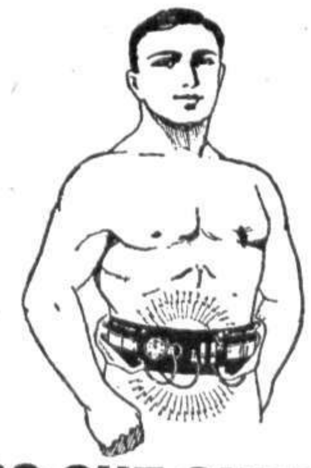
Dice el Dr. ARTURO R. ANGEL:
Médico cirujano interno del H. Durand, Niños y señoras.

Certifico haber ensayado en el Hospital y particularmente los "Especifico Scheid's" y "Amenorrol" habiendo obtenido en la mayoría de los casos óptimos resultados.

GRATIS Pida folletos explicativos, escritos por el Dr. Bouquet, con copias de certificados médicos, en sobre cerrado a J. Valle, C. Pellegrini, 644, Buenos Aires. Por carta o personalmente.

SORDOS

Con los Tímpanos Artificiales del Dr. Plobner se quitan la sordera y ruidos que privan oír. Colocados al oído quedan invisibles. Precio: pesos 12 c/u. Pida folletos, gratis, a C. Scheid: calle Carlos Pellegrini, 644, Bs. Aires. No vacile en adoptarlos a su uso; no quedará arrepentido.



LOS QUE SUFREN

Falta de Vigor Varonil, Lumbago, Dolores de Cintura, Espaldas, Ciática, Afecciones del Estómago, Intestinos, etc.

que necesiten aplicarse la corriente electrogalvánica, deben usar el más perfeccionado cinturón eléctrico ROBUR del Dr. Berndt, a pilas secas. Tiene exacto regulador para graduar su fuerza, perfecto funcionamiento garantido, siempre listo para usar sin ninguna previa preparación. No produce quemaduras. Precio al alcance de todos.

Gratis: Pida hoy mismo en sobre cerrado el libro ilustrado escrito por el Dr. Berndt a Scheid, calle C. Pellegrini, 644 Bs. Aires. Por carta o personalmente.

Notas varias



Señor Ernesto Tourne, primer premio en el blanco "Caras y Caretas" del Tiro Federal del Azul.



Señor Luis M. Salvat, primer premio en el blanco "Patria" de TF. de Bahía Blanca.



Señor José Luis Sánchez, premiado con medalla de oro en el certamen atlético de Vicente López.



Doctor César Bargoni, nombrado recientemente gerente del Banco Provincial San Juan.

¿PUEDEN SUBSTITUIR LOS CAMINOS PAVIMENTADOS A LAS VÍAS FÉRREAS?

El perfeccionamiento de los pavimentos y el progreso de la industria de los motores a explosión aplicados a automóviles y camiones de carga ha puesto a éstos en condiciones de competir con el ferrocarril para el transporte de mercaderías y pasajeros a distancias cortas.

En Estados Unidos el servicio de camiones ha tomado gran desarrollo, especialmente para el abastecimiento de las grandes ciudades. Y se explica. Cargar el camión en la granja, conducirlo hasta la estación del ferrocarril, descargar y cargar allí, para volver a descargar en la ciudad y cargar nuevamente el camión que llegará al mercado de consumo, implica toda una pérdida de tiempo que se evita enviando directamente el camión desde la granja al mercado. Análogo razonamiento se aplica a los automóviles de pasajeros.

La creciente importancia que en Norteamérica va tomando este sistema de transportes ha dado lugar a pensar y a decir que llegará a substituir al ferrocarril.

Tal concepto es quimérico. Un sencillo razonamiento matemático nos va a demostrar que la competencia es solo posible dentro de distancias cortas.

Los elementos de competencia son dos: rapidez y economía.

Por ejemplo, si asignamos al camión una velocidad de diez kilómetros por hora, y de 40 al tren de carga y estimamos en 3 horas el tiempo que se pierde en cargar y descargar, etc., para el transporte por ferrocarril, la fórmula nos da 40 kilómetros como distancia dentro de la cual la competencia es posible. Para cualquier distancia mayor el transporte por ferrocarril es más rápido y tanto más rápido cuanto mayor sea la distancia.

Si suponemos que un automóvil corre a 30 kilómetros por hora, un tren de pasajeros a 70 y que se estima en dos horas el tiempo que se pierde en esperar el tren, etc., la fórmula nos da 105 kilómetros como distancia máxima de competencia en rapidez.

En cuanto a competencia en costo de transporte, sucede lo mismo. Por mucho que se perfeccionen los pavimentos, el costo de tracción sin rieles será siempre mayor que el de la tracción sobre rieles; pero el ferrocarril tendrá en su contra los gastos que ocasiona el llevar las mercancías hasta la estación, cargar, descargar otra vez, etc.

Los argumentos expuestos nos demuestran que la competencia solo es posible en distancias cortas.

Los caminos pavimentados de gran recorrido resultan, ser, pues, de ventajas quiméricas para los intereses generales y no se puede pensar en hacer con ellos competencia a la industria ferroviaria.

Escenas del mundo prehistórico

En la gobernación de la Siberia oriental, en las desiertas playas del Océano Glacial Artico, un Cosaco descubrió a fines del año 1903 empotrado en un inmenso bloque de hielo el cuerpo de un animal gigantesco, un Mammouth, en admirable estado de conservación. Otto Hertz conservador de las colecciones del Museo imperial, por orden del Ministro de Instrucción Pública, se trasladó inmediatamente a Sredné-Kolynsk para hacerse cargo del notable hallazgo, y más afortunados que otros sabios pudo llegar a tiempo antes que los osos, lobos y zorros hubiesen devorado aquella presa antediluviana.

El encuentro de mammouths que conservado por los hielos han llegado hasta nuestros días, es bastante frecuente, pero era tan difícil trasladarse a aquellas inhospitalarias regiones, que ningún naturalista había tenido ocasión de verificar si eran ciertas las descripciones y relatos de los cazadores. El ferrocarril Siberiano ha permitido la realización de trabajos que años atrás parecían quiméricos.



Los 92.000 kilómetros que separan a Sredné-Kolyusk de San Petersburgo pudieron ser rápidamente salvados por Hetz y su preparador quienes aún tuvieron que luchar contra los obstáculos que les oponían la gran selva que en una extensión de 3.000 kilómetros se extiende desde Irkoutsk hasta el mar.

Cuando los viajeros llegaron, tan solo le faltaba la trompa al monstruoso animal; poco espesa la capa de hielo que la envolvía había sido rota y devorada la carne por los animales de presa.

El transporte a San Petersburgo del preciado tesoro zoológico fué tarea ardua y no exenta de peligros. M. Hertz triunfó en absoluto; tomó las medidas necesarias para impedir la putrefacción de las partes que tomaban contacto con el aire, y así le fué posible esperar pacientemente el invierno, llegados los fríos descubrió completamente el cuerpo de la bestia y lo colocó sobre un trineo especial, que con grandes trabajos logró remolcar hasta Irkoutsk donde un vagón frigorífico estaba preparado. Ocho días después el antediluviano paquidermo hacía su entrada triunfal en el laboratorio del Museo Imperial donde una pléyade de sabios le esperaba para estudiarlo cuidadosamente bajo toda forma y concepto.

La piel, como la de todos los animales destinados a vivir en climas fríos, tiene dos pelos diferentes. Uno corto muy espeso de un color rojizo; otro más largo, más ralo y más rubio. La cola es más corta que la del elefante, cubierta de unas cerdas negras que miden 50 a 60 centímetros de longitud.

Los órganos interiores se hallaban completamente frescos, semejantes en un todo a los de sus congéneres elefantes. Sin embargo, el corazón revelaba un enorme poder de contracción por cuanto sus paredes tenían un espesor de cinco centímetros.

El cerebro se halló desecado pero se pudieron separar sus envolturas, reconocer las circonvoluciones que permiten afirmar que la inteligencia del mammouth no era inferior a la de los actuales elefantes.

Se estudió y analizó la grasa, la carne y los glóbulos de la sangre, por donde se pudo establecer que el animal no había muerto de hambre, antes por el contrario, después de abundante comida. Su estómago estaba lleno de crucíferas y gramíneas inferiores que crecen sobre la nieve y que fueron arrancadas con las enormes defensas curvadas que armaban su boca, a las que aún se veían adheridas algunas briznas. Así sabemos ahora que a la poca variada alimentación que podían obtener podando con las trompas las coníferas que forman la base de la pobre flora glacial, añadían el jugoso y suculento pasto de los musgos que en abundancia extraordinaria vegeta sobre la nieve. Por ello las manadas de mammouths pudieron llegar a ser tan numerosas en aquellas tristes regiones, al punto que el depósito formado con el marfil de sus defensas sea poco menos que inagotable, constituyendo una de las riquezas de la Siberia.

Los glaciares del Círculo Artico fueron las formidables trampas que la naturaleza empleó para cazar a los monstruosos paquidermos. Estos glaciares se alimentan de las nieves que el poder calorífero del sol precipita en los valles amontonadas en ellos; descienden luego en dirección al mar en el que caen con gran estrépito, donde sobrenadan formando las prodigiosas balsas de hielo que se llaman bancas. Pero muchas veces el agua y la nieve está mezclada con restos de rocas que se acumulan unas sobre otras y concluyen por formar una gruesa costra que impide al sol ejercer sus efectos caloríferos; entonces el hielo allí encerrado dura siglos. Sobre esa bóveda formada de aluvión se desarrollan los gérmenes de todas las plantas que el viento lleva y rápidamente se desarrollan. Una vegetación frágil pero tupida envuelve la precaria bóveda formando un verde tapiz engañador que atraía sobre la inmensa trampa a los golosos animales. Y estas trampas se multiplican en tal forma que ni un solo mammouth escapó a ellas, y así lentamente la gigantesca especie se extinguió.

Cómo funcionaba el terrible y natural mecanismo y cómo cumplía su macabra misión, es cosa que el hallazgo de este mammouth ha permitido reconstruir la escena.

El animal de costumbres pacíficas como todos sus congéneres, remontaba tranquilamente el curso de una de aquellas barrancas, saboreando con fruición los suculentos pastos que por doquier brotaban y el deshielo dejaba al descubierto las verdes gramíneas. El gigante se dirigía en busca tal vez de su compañera para invitarla a participar del festín que se les ofrecía en el verde valle. De pronto la tierra cede y bajo sus enormes pies delanteros un pozo profundísimo se abre, intenta sostenerse con su tren posterior, pero resbala. El hielo que le sostiene se disloca y desaparece arrastrándole al abismo donde pronto el frío le invade y sus miembros aún convulsionados se quedan helados, fijos en la trágica actitud que asumiera en su lucha ardiente por la vida.

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insubstituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas

acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastrointestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescripto el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gastrointestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de litiasis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.° de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

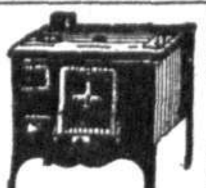


SANTA FE. — El ingeniero José Urbano Aguirre, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos festejando su reciente designación de Intendente municipal.



SANTA FE. — Parte de los concurrentes al banquete servido en honor del señor Juan José de Soiza Reilly, con motivo de su próxima partida de esta ciudad.





TORTUGAS. — Alumnos de la Escuela Fiscal que dirige el señor Francisco R. Lara, que celebraron con una hermosa fiesta el aniversario patrio.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



EL PRIMER MAESTRO DE ESCUELA EN EL RIO DE LA PLATA

RELACIÓN HISTÓRICA DE 1573



ODOS los historiadores y comentaristas de la jamás bien ponderada — como se merece — heroica epopeya de la Conquista y Civilización españolas en estas tierras que constituyeron el extenso virreinato del Río de la Plata, dan en sus escritos, y aun en los textos destinados a la enseñanza pública, como al *primer maestro de escuela*, como al primer cultivador de inteligencias en suelo argentino, a don Francisco de Victoria, (1) cuando con ello incurren en un error, a la vez que en una injusticia, pues a quien le corresponde este alto y meritorio dictado es a don Pedro de Vega, uno de los pobladores de la ciudad de Santa Fe, el domingo 15 de noviembre de 1573, y fuera, por el fundador don Juan de Garay, encargado de distribuír el pan de la instrucción entre niños, más de cuatro lustros antes de que aquél contratase abrir su escuela en el Cabildo de Buenos Aires, como lo comprobaremos en seguida, con documentación de aquella época.

II

CUATRO años apenas habían transcurrido desde que el valiente y talentoso capitán Garay fundase la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz (2) cuando, en fecha lunes 13 de marzo de 1577, don Pedro de Espinosa (3), procurador de la floreciente población, apersonábase en la Sala Capitular y presentaba un memorial en que, haciendo referencia al peligro que aportaba a la ciudad la emigración que se iniciaba entonces, pedía se tomasen medidas enérgicas y oportunas para impedirla. Y en el mismo escrito señalaba, también, un peligro mayor que el de la población: ¡el maestro de escuela se marchaba y era imposible reemplazarlo! Ejercía esas funciones, por nombramiento de Garay, el maestro Pedro de Vega, a quien, el fundador, había rodeado de todos los respetos y las consideraciones que se debían a los que se les encomendaban las delicadas tareas de dar instrucción y doctrina a los niños. Pero fuese «porque la retribución que recibía era poca, o porque le hubiese tentado el demonio de la codicia», lo cierto es que el maestro había anunciado su próxima partida de la ciudad. Y, esta noticia, como es de suponer, había sumido en la desesperación a los tranquilos pobladores de Santa Fe, que se veían, con la ausencia de Vega, privados de instrucción, y sus hijos sin ésta y el manjar espiritual.

En la ciudad no moraba una sola persona que pudiera reemplazarlo en función tan pesada; pues, los hombres de representación, o hacían la guardia del Fuerte, o exploraban las cercanías para evitar cualquier sorpresa o ataque de los indios; y los demás se hallaban entregados a las faenas rurales.

Y fué entonces cuando el procurador Espinosa, previendo todo el mal que eso traería a la ciudad, procuró conjurarlo, presentándose al Ayuntamiento en la fecha y forma que hemos dicho, y con el resultado que vamos a historiar.

III

INICIADA la sesión del Cabildo, Espinosa «pidió y requirió en nombre de Dios Nuestro Señor, y de Su Majestad», a los cabildantes «que prohibiesen al maestro Pedro de Vega que se vaya de la tierra, siendo como es su salida un gran desservicio de Dios Nuestro Señor, y de Su Majestad, y notorio daño y perjuicio de los vecinos estantes y habitantes desta dicha Ciudad, assí por la falta que haría para la doctrina christiana a los hijos de dichos vecinos, como que no aprenderían a leer y escrebir faltando el dicho Vega que les enseña y no haber, como no hay en esta dicha Ciudad, persona alguna que les pueda enseñar, porque, como dice el Apóstol San Pablo, por la caridad todas las cossas se han de dejar y especialmente por cossa tan importante a la república. Y haciéndolo assí, harán lo que deben y son obligados al servicio de Dios Nuestro Señor, y de Su Majestad, y del bien general de la república, y lo contrario haciéndolo, proteste también contra dicho señor teniente que presente está, como ante vuestras mercedes, por todo el daño que a la dicha república viniese e todo lo demás que en este caso protestar me conviene, como assí lo pido y requiero al presente».

---

(1) La presentación del maestro Victoria al Cabildo de Buenos Aires, ocurrió el 1.º de agosto de 1601.

(2) Llamóla así a causa de haberse hallado en el hueco de un árbol una cruz misteriosa rodeada de esplendentes luces.

(3) El mismo que extendiera, por orden de Garay, el acta de fundación de la ciudad de Santa Fe.





El Cabildo no se mostró remiso a la noble actitud del peticionante; por el contrario, animado por un mismo espíritu y por idéntica aspiración, llevados, sus miembros — que lo eran don Juan de Espinosa y don Diego Bañuelos, primero y segundo Alcaldes, y regidores don Matheo Gil, don Fernando de Salas, don Lázaro de Venialbo, don Fernando Mosquera, don Francisco Fernández y don Juan de Orantes — pusieron la solicitud en discusión, resolviendo, «unánimes y conformes», aceptar en un todo sus conclusiones y proveer de conformidad a la petición que «reputaban justa e importante para el servicio de Dios, del Rey, de la fe católica y de la doctrina christiana».

Y en el mismo acto requirieron al teniente-gobernador don Francisco de Sierra (1), en nombre de Su Majestad que no dejase salir de la ciudad a ninguno de sus vecinos que quisiesen trasladarse a otro territorio con ánimo de no volver... «Ni menos dexe salir della a Pedro de Vega, pues es el que enseña la doctrina christiana a los niños de poca edad, y a leer y escrebir a los demás».

Holgado está agregar que, inmediatamente, y con las formalidades del caso, el capitán de Sierra, declaraba: «que viendo, cómo se ven, cuán justo sea lo que el dicho Procurador y los dichos Señores Justicia y Rexidores le piden y requieren, que él está puesto y aparexado de no dar licencia a persona alguna de las residentes y estantes en dicha Ciudad, atento a la necesidad que hay en ello, y al dicho Pedro de Vega, entendiendo Su Merced el gran desservicio que a Dios Nuestro Señor se hace en faltar la doctrina christiana, dando licencia al susodicho se fuesse de la tierra, y que mandaba y mandó a mí el susodicho escribano presente que se esté el susodicho usando el oficio que usa y en que tanto servía a Dios, y a la república hace gran bien hasta tanto que Dios Nuestro Señor sea servido que venga a esta Ciudad persona o personas que lo sepan hacer, so pena de doscientos castellanos para la cámara de Su Majestad, en la que dicha pena desde agora le daba y dió por condenado, lo contrario haciendo».

Al día próximo, 14 de marzo, el maestro de Vega era notificado de dicho mandamiento y, acatando las resoluciones del Cabildo y del teniente-gobernador, resolvió seguir llevando en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz la pesada pero nobilísima tarea de enseñar al que no sabe, que es una de las obras — la mayor sin duda — de misericordia: pues, ya es harto notorio, que la instrucción es la base, el fundamento de la prosperidad de los pueblos y de la felicidad de los hombres.

IV

Cómo queda, documentariamente comprobado, que no es don Francisco de Victoria (de muy honrosa y justa figuración en los anales de la enseñanza nacional) según lo escriben todos los historiadores y consígnanlo aún en textos destinados a la educación popular, sino don Pedro de Vega, quien merece el alto nombre de *"primer maestro de escuela en el Río de la Plata"*.

(1) Uno de los mejores capitanes de Garay, y que ocupaba el gobierno por ausencia de aquél, en viaje, a la sazón, a Chuquisaca.

GONTRAN ELLAURI OBLIGADO





— ¡Tú no harás nunca lo que mi primer marido!
— ¿Qué hizo?
— Morirse pronto, dejándome medio millón de pesos.



POSIBILIDAD

El. — No comprendo por qué no me crece el bigote cuando mi padre tiene uno muy grande.
Ella. — Es que saliste a tu madre...



BODAS DE ORO DEL COLEGIO NACIONAL. — Señoritas que integraron la Comisión organizadora del festival que se efectuó en el Club Español.



Una parte de la numerosa concurrencia que asistió al te dado en el Club Español por los alumnos del Colegio.

Exalumnos del Colegio Nacional, en su mayoría médicos y abogados, en la demostración celebrada en el Jockey Club.



Galletitas
MATINEE

Especiales para el te de la tarde o como bocado para los niños. Tienen ese exquisito sabor dulce suave que subyuga a los paladares.



DIGESTIVA

Deliciosas galletitas completas, hechas con trigo entero, sin eliminar la cáscara que, como es sabido, contiene en proporciones excepcionales las vitaminas y sales necesarias para la buena salud. Pruébelas con un vaso de leche. Para los niños no hay nada mejor.



CREAM CRACKERS

Galletitas de agua, sin azúcar, especiales para sandwiches de manteca y queso, anchoas, pasta de jamón, etc. Es algo delicioso y muy nutritivo.



Cada bocado es un manjar exquisito.

Tal es la descripción más aproximada de nuestro riquísimo SURTIDO FINO, compuesto de 21 bocados diferentes, bien tostaditos y cubiertos muchos de ellos con frambuesa, chocolate y azúcar fino al glacé.

Ya sea como postre, con vinos generosos o con el te de la tarde, Vd. y sus invitados se deleitarán con estas tentadoras golosinas, tan exquisitas como nutritivas.

El nombre BAGLEY es la mejor garantía de bondad, pureza y calidad.

Galletitas
SURTIDO FINO
de BAGLEY

En venta en todos los buenos almacenes y despensas.





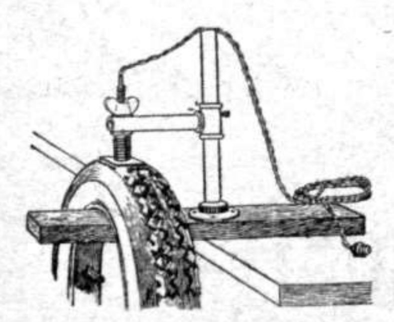
Vista parcial de la concurrencia que asistió al festival organizado por el Centro Israelita, en honor de sus asociados.

Aspecto del salón del Club Alemán durante el festival organizado por la C. D. conmemorando el 39.° aniversario de la fundación.


PRODUCTOS
SUPREMA
Para que su rostro esté lleno de vida, de gracia y de esplendor, es necesario mantener el cutis terso y suave, delicado y hermoso.
Esto se consigue con el uso constante de los notables
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO
SUPREMA
De gran adherencia. Da al cutis singular belleza. La caja . . . . . . $ 1.70
AGUA COLONIA
SUPREMA
Delicadamente perfumada. Insustituible para el baño o tocador. El frasco, $ 2.65
GRATIS Enviamos a quien lo solicite una muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA
Se venden en todas partes.
Soc. Gral. de Perfumes Productos SUPREMA
P. BURS y Cía. Bolívar 1725 - Buenos Aires.
En Córdoba: RUGGIERI Hnos., Santa Rosa, 35.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
2.65

AUTO-MOTO-AVIACION

UN VULCANIZADOR MUY PRÁCTICO



El vulcanizador resulta siempre de utilidad para los automovlistas, cuya mayor preocupación es la pinchadura de sus gomas. Se acaba de inventar uno que sirve para remendar cubiertas de llantas neumáticas, sin necesidad de quitarla de la rueda. Sirve también para remendar cámaras de aire y otros artículos de caucho. Consiste el vulcanizador en un elemento calorífero, que se activa mediante corriente directa o corriente alternada de 110 voltios. Está sujeto por un soporte que puede subirse o bajarse en la barra que lo sostiene.

COMENTANDO LA QUINCENA

El automovilista argentino ha vivido días de intenso regocijo, con el triunfo obtenido por un argentino en las pistas europeas. Martín Alzaga Unzué, el muchacho arrojado que tanta fama ha conquistado entre nosotros, quizá por este detalle, se ha impuesto en Miramar, sobre un Miller Especial, a volantes y máquinas de verdadero prestigio. Eso habla mucho de nosotros, y a fe que "Macocó" sabrá asombrarse con sus nuevas hazañas en el Gran Premio de Italia, y otras competiciones en las que se propone intervenir.

⊠ ⊠

Estos días el mundo deportivo presenciará la segunda carrera Bahía Blanca - Dorrego - Tres Arroyos y regresó, que, organizada por el Club de aquella primera ciudad, se efectuará con la participación de los mejores volantes del país.

Después... hasta el 12 de octubre el programa deportivo sólo tendrá alternativas con una o otra carrerita de menor cuantía. Se anuncia que los volantes porteños se hallan alistándose con entusiasmo para llegar a aquella carrera en el circuito de Córdoba en la plenitud de sus medios y con sus máquinas esperadamente presentadas.

⊠ ⊠

El gobierno argentino, por intermedio de su ministerio respectivo, se propone propiciar la próxima Conferencia Panamericana de Vialidad a realizarse en marzo del año próximo. Se desea que este acto alcance todo el significado que el mismo problema a discutir lo exige, ya que los problemas viales están mancomunados con nuestro progreso.

UN PROBLEMA CUYA SOLUCION ES NECESARIA

En el mercado argentino, hay un problema que tiende a presentarse con verdaderos carecteres de tal, y cuya solución sería conveniente a la brevedad a fin de hacer que ello no tome en el futuro proyecciones que no convendría seguramente a nuestros comerciantes.

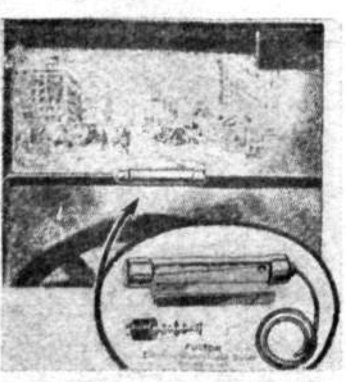
Nos referimos a las ventas a plazos, que se siguen en algunas de las representaciones, y en otras se hace en algunas y determinadas casas. Indudablemente, creemos siempre en la conveniencia de que el comerciante coloque en esa forma más al alcance de los futuros propietarios de automóviles tan moderno medio de transporte, que está llegando a ser imprescindible, pero para ello débese adoptar resoluciones concondantes entre todos los importadores, a fin de salvar escollos que se presentan para muchos la implantación del sistema en forma oficial.

En estos últimos meses, aprovechando el hecho de que una casa entregaba coches en estas condiciones, se formó una gavilla de rateros, que se encargaba de adquirir vehículos, con pagos de una ínfima parte de su valor, y entregando por el resto del precio total pagarés que eran endosados o mejor dichos garantidos por firmas comerciales... Estas últimas, antes de los vencimientos se declaraban en quiebra o desaparecían sin dar el nuevo domicilio. Los pagarés eran protestados, pero en el interín de sus trámites ni la policía conseguía dar con el paradero de los "rateros", quienes no solamente habían hecho víctima a un comerciante, sino que las mismas maniobras dolosas habían extendido a varios establecimientos a la vez.

Todo ello se evitaría llegando a un acuerdo conveniente entre los importadores, cuya asociación, por ejemplo, podría llevar un registro de las casas y los compradores, día por día, para tener puntos de referencia para todas las que se pidieran. En tal forma se tendría una relación exacta de las cualidades de los clientes.

Es este un problema digno de estudio de parte de los interesados, que son los mismos importadores de atutomóviles.

SECADOR ELÉCTRICO PARA EL PARABRISA



Hace poco tiempo los fabricantes norteamericanos lanzaron al mercado un secador eléctrico que sirve para mantener el parabrisa libre de humedad, nieve, etc., mediante la aplicación de calor al vidrio. Se instala en la parte superior de la mitad inferior del parabrisa y se controla desde el tablero de instrumentos. Consume cerca de seis amperios.

⊠ ⊠

El Automóvil Club Argentino ha dispuesto la constitución de numerosas delegaciones en el interior de la República, con el propósito de que lo secunden en sus tareas en pro de la vialidad y el deporte automovilista.

Es una medida acertada, sin duda, que ha encontrado favorable acogida en nuestros círculos, pues se espera que la obra de dichas delegaciones, conjuntamente con las del Touring Club Argentino, que ya existen, han de realizar una labor provechosa en bien de la vialidad del país, tan descuidada en estos instantes.

⊠ ⊠

El Audax, Córdoba, acaba de anunciar su tercera carrera en el circuito de los alrededores de aquella ciudad, a realizarse el 12 de octubre próximo. Como premios habrá dinero, copas, medallas, etc., por un valor de más de 20.000 pesos en total. Esta prueba será disputada por un núcleo de nuestros mejores volantes, quienes desde ya preparan sus coches.

A. Burgos Santillán.









¡PÍDANOS ESTE LIBRO!

Su interesante lectura le enseñará a extraer todos los recursos de lo que Vd. posee, y lo que vale todo lo que Vd. no advierte.

Cada página es una provechosa enseñanza que aumentará el capital de su Establecimiento, con una renta nutrida y segura.

Sus indicaciones serán la revelación de un rápido camino hacia la prosperidad.

Su conjunto supone un doble o triple aumento de utilidades al estanciero, tambero o chacarero.

Saque Vd. el mayor provecho de nuestro esfuerzo y empiece desde hoy su utilidad!

SOMOS COMPRADORES DE CREMA Y CASEÍNA

HÁGANOS SU OFERTA

La Morocha

FÁBRICA DE MANTECA Y HIELO

CAMARAS FRIGORÍFICAS

ESCRITORIO CASTELLI 46 — FÁBRICA MERCEDES 426

BUENOS AIRES

TAMBEROS
ESTANCIEROS
CHACAREROS

JUAN CASAGRANDE & HIJOS
JCH
Buenos-Aires

D. García

De Rosario



El doctor Pedro Rueda, dictando su curso de Puericultura en el local de La "Casa del Niño" recientemente inaugurada.

EL PETRÓLEO

El aceite mineral por excelencia, que tan útil fué para el alumbrado veinticinco años atrás, y que tan rápidamente ha pasado de moda, es cosa muy moderna. Su uso extensivo sólo comenzó hacia el año 1855, cuando se descubrieron en los Estados Unidos algunos yacimientos de importancia. Antes, los colonos habían observado ya la existencia de fuentes de petróleo en las orillas del Alleghany; pero sólo usaban este aceite, que llamaban aceite de Séneca, del nombre de una tribu india, para darse unturas en los casos de reuma y de dolores de costado. Cuando se cayó en la cuenta de que el petróleo era el alumbrado ideal (ideal para aquellos tiempos, se entiende), se formaron poderosas compañías para explotar los yacimientos que iban encontrándose, las cuales empezaron a conocer y profundizar a más y mejor. Una de ellas tenía por lema: "Oil, hell or China". (*Petróleo, el infierno o la China*), indicando que estaba dispuesta a seguir profundizando hasta llegar a los mismos infiernos o salir por el opuesto lado del planeta.

Todavía hoy siguen siendo los Estados Unidos el primer país productor de petróleo, dando al mundo un sesenta y tres por ciento del rendimiento total.

Casi en desuso ya para el alumbrado, esta substancia sigue teniendo un valor enorme como combustible en estos tiempos de motores rápidos y de poco peso.

¿Sufre Vd. de la Vejiga o de los Riñones?

Tome Urotropina sin pérdida de tiempo. Este gran antiséptico general interno, limpia y desinfecta la Vejiga, Riñones, Hígado y Vías urinarias.

Urotropina es el clásico e infalible medicamento que recetan los médicos especialistas para combatir con éxito las enfermedades precitadas.



UROTROPINA
"SCHERING"

En venta en todas las farmacias en frascos originales "Schering" que contienen 50 comprimidos de 1/2 gramo.

Phagozyt

Phagozyt es un producto «biológico», no es un remedio común. Contra narcóticos.

Respecto al **Phagozyt** dice el Dr. Spohn, Alemania: En mis 54 años de práctica jamás he encontrado un remedio más eficaz que el **Phagozyt.** ¿Por qué? **Phagozyt alcaliniza la sangre, refuerza** los nervios, sana y normaliza el organismo seguro, protege contra decadencia. **Phagozyt** es un **regenerador** de primera clase, arregla las funciones orgánicas: **Estómago, Biliosis, Higado y Riñones.** Disuelve en alto grado los **ácidos, Urico,** etc.; lo mejor para **Reumatismo, Gota, Neurálgicas, dolores cabeza** y **Debilidades. Sana Diabetes.** Los niños enfermos y delicados necesitan los elementos del **Phagozyt.**

Autorizado por el Dep. Nacional de Higiene. — **Precio $ 6.—**

En venta Drod. Soldati y Central, Buenos Aires; Del Cóndor, en Rosario; en todas las buenas farmacias, y por el **Doctor Handl, calle Santa Fe 2084, Rosario de Santa Fe.** — Informes, consultas e interesante publicación «Nuestra Vida» se remite gratis y sin compromiso; pídalo HOY MISMO al Doctor E. Handl.

TESTIMONIOS:

¡ES NECESARIO DECIRLO!

Sí, debe decirse, los hechos aniquilan la mentira. Así lo digo yo como italiano: Curación del espíritu alemán; ¡propaganda para su talento! Nunca lo proclamaremos suficientemente. ¿Por qué? Porque mi esposa, a causa de un grave envenenamiento, padecía de frecuentes hemorragias. El sufrimiento era indescriptible; me ofrecí un sacrificio; nada servía; la dolencia iba de mal en peor.

Entonces se nos llamó la atención hacia el PHAGOZYT. Como era un producto alemán, razón demás para que le tuviéramos confianza. Con toda seguridad solicitamos el consejo del Dr. Handl, Santa Fe 2084, Rosario de S. Fe.

Entonces nos conducimos de acuerdo con la acción del Phagozyt; él era de mérito y debía ser empleado. Algo debía pensarse de ello. Sobre una cosa buena no podía hacerse ningún disparate. Su acción comenzó bien pronto.

Al poco tiempo había desaparecido la grave inflamación. Mi esposa podía andar nuevamente. Poco a poco se ordenó la sangre, los nervios se fortalecieron y después de algunos meses todo volvía a la normalidad y al orden. Por esta causa el tan excelente Phagozyt no lo hemos dejado de la mano, pues queríamos regenerar, reorganizar y normalizar todo el organismo. Para fortuna de la familia teníamos aún la fe, aunque se nos decía que debíamos perder toda esperanza de tener familia, que la inflamación perturbaba la función de los ovarios. ¡Quién podía creerlo, quién nos lo diría que colmaríamos nuestros deseos!

¿Quién, pues?...

Tenemos ahora una pequeña beba, ¡quién puede expresar nuestra sincera felicidad, nuestra íntima alegría!

Nuestra situación, entonces, era mala. Pero hay algo más que debe decirse: Una anciana señora, antigua relación nuestra, de 64 años de edad, la cual sufría gravemente del corazón, por lo que el ciclo de la posibilidad de curación había desaparecido. Su hijo había sido llamado desde el lecho de muerte en Buenos Aires, pero primeramente pidió consejo al Dr. Handl, por si fuera posible una eventual aplicación del Phagozyt; él lo conocía debido a que lo había usado su señora en una afección del corazón, de la que fué salvada.

—¿Puedo entonces hacer algo, en el grave estado en que se halla mi anciana madre? — Sí, hijo mío — fué la respuesta; — el mal es grave, la enferma puede fallecer en cualquier momento; pero aquí la causa de las afecciones del corazón puede ser un exceso de nutrición; debemos convencernos de ello: ensayémoslo.

A su llegada a Bienos Aires cumplió fielmente el consejo, que produjo en seguida una gran secreción en la orina, con asiento. ¿Resultado? Hoy vive la señora, no piensa ni en broma en la muerte y está libre de la afección cardíaca.

¿Debe callarse ante semejante posiblidad? No, no lo haremos jamás. Debemos afirmar nuestro eterno reconocimiento: se lo diremos a todos y a cada uno de los que nos escriban.

CRISTINA Y FELIPE DISALGO
Córdoba 4219. — Rosario de Santa Fe

Distinguido Dr. Handl. — **Santa Fe 2084, Rosario.**

Como ya he usado la primera dosis de PHAGOZYT, le ruego quiera remitirme otra y de paso puedo participarle que su PHAGOZYT es un excelente medio de regeneración del organismo. Mi estado general ha mejorado notablemente debido a su influjo, y su eficacia ha sido decisiva en la fortaleza de mis nervios.

Hablando sinceramente, voy a recomendarlo en todas partes, pues debe merecer por su eficacia la atención general.

Me complazco en suscribirme de Vd. muy atte. y S. S.

B. GABTENBEIN. — Herrera. (E. Ríos.)

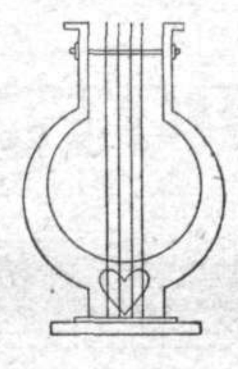
REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

Recuerdos de Chile. — Florescencia de los años juveniles. — Balmaceda juzgado por Darío.

Aquel buen señor, grave y severo, de los que no admiten sobre su país más opinión que la que encarna un elogio, me dijo, desde la altura de su criterio apasionado, que Darío había sido ingrato para Chile.

No creo que tal criterio sea general, pero, en honor de la justicia, debo salvar al poeta de una afirmación que, en absoluto, carece de fundamento.

En su obra, que creo conocerla bien y casi en su completa totalidad, no he encontrado una sola referencia que autorice tan temerario aserto. Quizá, al volar de la pluma, saltó alguna gota de tinta que causó escozor, pero puedo asegurar que el motivo de alarma era crujir de hojas secas y que si alguna frase implicó rozamiento, no vino brotada del fondo sincero del corazón de Darío.



XVII

Me autorizan para decir lo contrario las palabras que, no una, sino muchas veces, oí de sus labios, en esas horas de recapitulación propias de los enfermos que, sin darse cuenta de su estado, se ven roídos por un mal silencioso y lento. Es el recorrer de una vida en presencia de la muerte.

Es cierto que no hablaba de la tierra chilena con aquel entusiasmo cálido de los veinte años, cuando regresaba de su jira triunfal, con el escudo como un ateniense, en el vigor de la naturaleza fuerte y sana. No. Sus reminiscencias iban envueltas en un velo de dulce y cariñosa tristeza. Eran como las evocaciones del primer amor. Mal diría quien no dijera que fué el «Azul» la llave mágica que le abrió los alcázares de la gloria. Ese recuerdo de Chile era para él imborrable.

Me hablaba de muchos de sus buenos amigos de aventuras o de letras y, por cierto, a más de uno he tenido oportunidad de conocer y, en charlas amenas he sabido mil cosas interesantes de Darío que con gusto llevaría al papel, si no fueran estas páginas revelaciones que recogí de sus propios labios o trabajos perdidos que, por ignorados, deben calificarse de inéditos.

Siempre tuvo un elogio y una frase admirativa para su fiel compañero, Pedro Balmaceda Toro, el pequeño jorobado que, bajo el seudónimo de A. de Gilbert, cortó tantos ramos de laurel, y a quien Darío dedicara un libro para llorar al iniciado que la muerte segó en el albor de su primera florescencia.

Pero sus recuerdos eran más personales que literarios. No olvidaba nunca que salió de su país sin otro bagaje que su lira al hombro y sus ensueños en el alma y que se encontró, en extraños lares, con una sociedad noble que le abrió sus puertas. Amaba y hacía bien en ello, la hospitalidad chilena, que participa de la tienda protectora del árabe y de la sencilla amabilidad del *home* inglés. Sin nombre y sin dinero, porque tal llegó a las playas chilenas, pudo con el agua regia de la pobreza rectificar el oro de los corazones.

Allá en su aurora y después, en su ocaso, recordaba siempre con reconocimiento que el presidente Balmaceda fué para él cariñoso y amable. Cuando la noticia circuló por la América Central de que el mandatario chileno había puesto fin a sus actividades políticas, no a su carrera que se perpetúa en su testamento, con una actitud altiva y trágica, Darío escribió en la «Prensa Libre», de Costa Rica, un artículo admirable por su fondo y por su forma y que pertenece a lo que se ignora de su pluma.

No sé si alguien, a través de esas líneas, ha visto algo que pueda ofender a Chile. Yo no lo veo. Apreciaciones ajenas que copia, podrían herir susceptibilidades y nada más. Sobre todo, se trata de una faz, de una cara del prisma, de nuestras aristocracias americanas, producto de incubadora, en la que se sabe del pollo que nace y se ignora de la casta de la gallina que puso el huevo.

He aquí el admirable artículo sobre Balmaceda:

BALMACEDA

En la historia de nuestro continente, una de las páginas más trágicas, más sangrientas, y de mayor enseñanza para el porvenir, será la que se refiere al presidente suicida, al chileno Balmaceda.

En otra ocasión escribí estas palabras respecto a este extraño personaje: «El presidente Balmaceda *at home* sería un tema digno de un conde Paúl Vasili. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia». «El





señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en la vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción, la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable, de hombre de corte y de salón, que indica a la vez el diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno».

Tal era el pobre y desgraciado jefe del caído gobierno de Chile.

Recuerdo la primera vez que le vi. Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso chalet donde pasa las temporadas de verano. Presentado a él por su hijo, el brillante y malogrado A. de Gilbert, tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama, su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor de Toro y Zambrano, Conde de la Conquista; sus hijos y dos amigos íntimos, hoy el ilustrísimo obispo Fontecilla y el afamado general Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos. En la mesa, era la voz del presidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores y cierta delicadeza de percepción y de juicio, casi femenil. Al instante se advertía que de continuo estaba en tensión el cordaje de sus nervios.

Estaba organizado de tal manera, que sus enemigos, al principio de la terrible guerra, llegaron a señalarle como un caso de alienismo histórico, un ejemplar digno de Lombroso o de Maudsley. Acusábanle de extremadamente orgulloso. El tenía conocimiento de su propio valer. De ahí que dejara ver ciertos relámpagos de vanidad. Sus detractores en medio de la tormenta revolucionaria, hasta lo colocaron entre los grandes bandidos, cometiendo con ello una amarga injusticia. Balmaceda, confiado o engañado, olvidó que estaba su gobierno entre dos fuerzas, si en todas partes incontrastables, en Chile terriblemente arrolladoras: arriba el millonario, abajo las masas, el roto. El millonario, es decir, la potencia principal en aquella sociedad aristocrática y opulenta; el roto, es decir, un elemento ciego, cruel, desbordado, esa «indómita cruza de potros españoles en vientres de Arauco», según la frase de Vicuña Mackena.

En 1852 escribió Santiago Arcos a Francisco Bilbao, respecto a la aristocracia chilena: «Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias; los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones, y algunos mineros afortunados, forman la aristocracia chilena, los ricos. La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como la aristocracia de las repúblicas italianas; no es laboriosa patriota como la inglesa; es ignorante y apática, y, admite en su servicio al que la adula y la sirve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito: Argomedo, Camilo Enríquez, Rodríguez, los Carreras, O'Higgens, Vera, Freire, los Egañas, don Diego Portales, Salas y el presidente Montt; son sujetos todos apreciables y que hubieran figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras».

Ahora, bien, esa aristocracia en pasados tiempos, fué la que unida con San Martín, hizo a Chile independiente.

Hoy con mayor vigor y poderío ha apoyado a un Congreso opuesto al Ejecutivo, ha halagado al bajo pueblo, ya inficcionado con virus socialistas y de revuelta, al extremo de dar en la América del Sur el espectáculo de desastrosas huelgas y ha vencido después de inundar el país de sangre.

Balmaceda, visionario, creía, quizá porque defendía la Ley, que el tiempo sería suyo, sin advertir que sus soldados estaban con la vista fija en el bando opuesto, aguardando el instante de la traición. Entre tanto, por cada puerta de los palacios de Santiago, salía a cada momento una maldición, un aliento de odio para el jefe de la Moneda. El delicado y nervioso presidente, tiene necesidad de mostrarse temible, y emplea el atroz expediente del terror. Las mujeres lo insultan. Le arrojan a su morada bombas de dinamita. Parientes, amigos antiguos, jefes antes leales a su gobierno, todos están en la oposición. A su lado no permanece sino uno que otro fiel, como Julio Bañados, joven y dotado de fogosos y peligrosos entusiasmos. En sus filas hay algunas buenas espadas. Están Alcerreca y Barbosa. Estos generales, hasta el último instante mandan, luchan; por fin, al perderse toda esperanza, se hacen matar por las descargas de la revolución. Los ministros caídos, los principales balmacedistas, logran escaparse. Balmaceda se ve solo, no puede huír y se refugia en la casa de un diplomático. Días enteros está encerrado, sin comunicar con nadie, sin hablar una palabra, en su muda desgracia, solo con su sufrimiento, pobre capitán náufrago, abandonado y aterrado por la tempestad. Luego, ¿juzgaríase culpable, se acusaría ante su conciencia, formaría en su espíritu el terrible proceso? Es el caso que emprendió el viaje de la muerte. En Roma, Torcuato, Ostosio, Vestino, se suicidan, al oír la tremenda palabra tribunicia. ¿Balmaceda escucha únicamente la interior voz de su alma, o como Veto, sabiendo que ha de ser víctima próxima, se anticipa a sus verdugos? El presidente, gentilhombre, acaba como Nerón, el César neurótico, y mientras se entierra su cadáver, y con él, ¡ay!, tal vez el de la democracia chilena, espera a la América toda el momento en que, por necesidad fatal, aparezca tras los conflictos que traerá el Gobierno de muchos, tras los antagonismos y los recelos, la espada en el solio, el militarismo, la tiranía, en el noble y bello país que fué modelo y gala de las naciones hispanoamericanas.

M. SOTO HALL

(CONTINUARÁ)







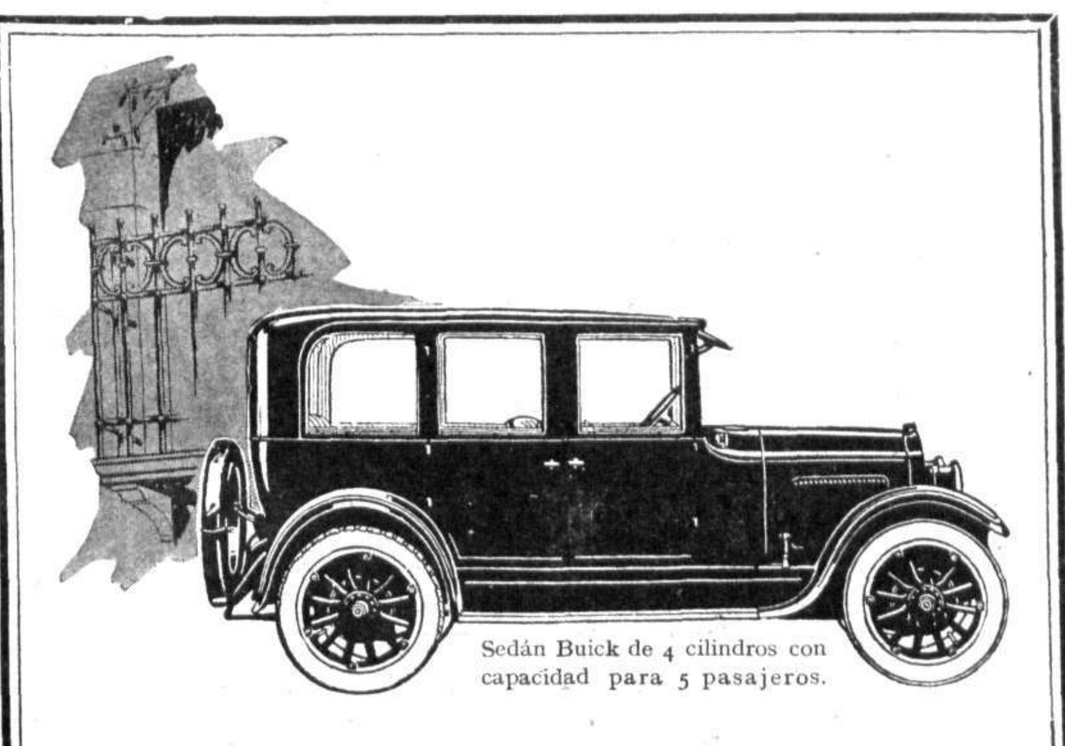
LA LAGUNA. — Banquete ofrecido por un núcleo de caracterizados vecinos, al médico de esta localidad doctor Rafael Segarra Llorens, con motivo de su próxima partida.



VILLA DOLORES. — Miembros de las colectividades españolas e italianas que celebraron con un banquete de confraternidad la amistad que une a ambas patrias.



ANCATIVO. — Miembros de la Comisión que tuvo a su cargo la organización de las fiestas patrias, las que fueron realizadas con brillante éxito.



Sedán Buick de 4 cilindros con capacidad para 5 pasajeros.

La compra de un BUICK constituye siempre un negocio brillante.

Este auto ofrece el más alto rendimiento, por su servicio seguro, continuo, duradero y económico, justificando así el elevado concepto que el público en general le dispensa.

Sus diversos modelos reflejan la última palabra de la mecánica, unida a la mayor comodidad posible en sus más diversos y mínimos detalles.

Compre un BUICK y tendrá la seguridad de poseer con creces todo el valor del dinero invertido en él.

Cuando mejores automóviles puedan construirse, BUICK los hará.



Henry W. Peabody & Cía.

Salón de Ventas: BARTOLOME MITRE, 1746

Talleres: BOLIVAR, 1650 — Buenos Aires.

RIO CUARTO. — Diversos aspectos de la hermosa fiesta a que dió lugar el juramento de la bandera por los conscriptos del regimiento 14.º de infantería, acto que se realizó en la plaza General Roca.

GANADERIA

Mejoran las perspectivas para la lana

Los criadores de ovinos de este país han tenido poco de qué quejarse durante los últimos años; años que han sido de ansiedad para todos aquellos cuyos intereses estaban en la hacienda vacuna, pero no obstante ha ocurrido un estancamiento en los negocios durante los últimos tres o cuatro meses en el mercado local de lanas. Sin embargo, es oportuno recordar que durante los últimos diez días se ha notado un poco más de actividad, y noticias de Europa anuncian una probable buena demanda también para la cosecha de 1924. Tal vez el lector del interior esté un poco engañado respecto al stock disponible en la actualidad en América del Sur, o para hablar con más propiedad, en la Argentina. Los datos aparecidos en la prensa local dan solamente la cantidad disponible en el Mercado de Frutos, pero debe reconocerse que durante los últimos seis o siete años varios consignatarios han adquirido sus depósitos propios, algunos de los cuales son capaces de contener arriba de medio millón de kilos. En muchos de estos depósitos he encontrado que hay un considerable stock de lana disponible de 1923, pero una parte de este stock ha sido utilizada recientemente, y esto parecería ser una mejoría del período de estancamiento pasado.

Al mismo tiempo, es digno de hacer notar, para aquellos que les agrada calcular el valor aproximado de sus cosechas, que los principales vendedores locales no creen que los altos precios que predominaron en 1923, se repitan en esta estación, y las noticias habidas de Bradford, (Inglaterra, centro de tejidos), confirman esta opinión.

Un estimable corresponsal, escribiendo a principios de Julio, dice que sigue firme la tendencia alcista de los mercados europeos de lana durante los dos años últimos, que culminó con un alza entre los meses octubre de 1923 y mayo de 1924, alrededor de 27 por ciento por merino, 35 por ciento por fina, 50 por ciento por cruza mediana y 60 por ciento por cruza gruesa; precios que se detuvieron en las últimas recientes ventas de Londres cuando las cotizaciones en general bajaban.

Añade dicho corresponsal que, sin embargo, sería un error creer que este hecho entraña la posibilidad de una baja substancial para los meses finales de este año, y explica de cómo las condiciones de las últimas ventas de Londres fueron realmente excepcionales. Por ejemplo: Norteamérica, lejos de ayudar a estimular la demanda, como era del caso en las últimas ventas de marzo, no solamente se abstuvo de hacer posturas, sino que actualmente vuelve a ofrecer parte de su compra anterior.

La demanda continental se vió también restringida cuando obedeció a influencias financieras críticas adversas y esto fué la causa de que los mercados francés, belga y alemán, redujeran sus compras a la mitad de las de marzo de este año.

Los consumidores de Bradford no fueron tan generosos como habitualmente, en razón de que recién habían recibido grandes consignaciones de Australia.

Considerando todas estas cosas, mi bien informado corresponsal asegura que probablemente habrá buena demanda para la nueva cosecha, pero con precios en general de base más baja que en 1923 y el primer trimestre de este año.

Buenos precios para los cereales

Si uno se guiara por el mercado local de cereales, parecería que el agricultor estuviera pasando tiempos de prosperidad. En el momento de escribir estas líneas los cables de Nueva York anuncian que los precios para trigo y maíz están muy firmes: el primero responde al esparcimiento de la desfavorable cosecha mundial, y el último responde a la reducida existencia. El mercado local resultó muy animado y hasta excitado durante la última semana de julio. La entrega de julio fué a $ 15.80, es decir, un aumento de $ 0.35, mientras que la entrega de octubre logró un aumento de $ 0.25 a $ 16.15. El maíz a $ 9.75 para la entrega de julio subió 0.10, mientras el de $ 10.15 para octubre subió $ 0.25. Es interesante hacer notar que, comparado con los escasos cargamentos de marzo último, el trigo está avaluado ahora no menos de $ 5.50 los 100 kilos, mientras que las cotizaciones que he mencionado para el maíz, no han sido alcanzadas en este período del año desde 1919 y, entonces, sólo momentáneamente.

Puede afirmarse con seguridad que las probabilidades están en favor de un alza en los precios de todos los cereales, y en todos los casos esta alza será en beneficio del país entero, y en general, de las condiciones comerciales. Parece que está cerca el tiempo en que el agricultor, pudiendo pagar voluntariamente arrendamientos más altos, obligará al hacendado a salir más afuera de la Capital.

Hablando sobre el trigo y el maíz, tal vez unas palabras sobre lino no estén de más. El progreso experimentado por este cereal en los precios de la semana pasada es apenas tan apreciable como el alza alcanzada por trigo y maíz. El punto débil de este año fué alcanzado en marzo cuando el precio de los cargamentos a entregar inmediatamente fué de $ 18.60; en abril hubo un repunte de $ 0.10; de mayo el repunte fué de $ 19.10, y actualmente la cotización por entrega inmediata para octubre es de $ 24.45. Este repunte está justificado indudablemente por la fuerte posición estadística.

Según informes recibidos, la cosecha ... cia y está oficialmente calculada en 30.000 toneladas menos que la anterior. Y la cosecha de la India también es menor. Por otra parte, en Estados Unidos ha habido un aumento de siembra, pero es aun dudoso de que la extensión de la demanda americana tropiece con un aumento de la producción allí. Comparado con los cargamentos de marzo último el lino ha alcanzado en valor no menos de $ 5.85 los 100 kilos.

De acuerdo con los expertos locales en materia de cereales, el mercado internacional está enteramente en manos de exportadores argentinos, y los abastecimientos han sido ya inusitadamente raros en este período del año, no obstante la cosecha generosa.

Al final del año pasado, la Argentina estuvo abarrotada de lino, y hay probabilidades de que al final de 1924, la situación se repetirá. Si la cosecha norteamericana sucumbe bajo la expectativa de una considerable extensión, no es probable que los precios para lino progresen; y para peor, la rápida alza de las semanas recientes se verá detenida. Una afortunada terminación de la Conferencia de Londres, el arreglo del problema de las reparaciones, y un comercio activo a través del mundo, serán de un inmenso beneficio para el mercado local de lino y demás cereales. Por toda consecuencia, actualmente el horizonte de los agricultores se presenta con brillantes matices.

La ley de la oferta y la demanda

En este país parece que hay muchas personas comprometidas en la industria ganadera que rehusan constantemente reconocer la ley de la oferta y demanda, pero si el lector quisiera tomarse la molestia de estudiar la exportación de carne argentina en los meses pasados, notará que en los cargamentos para el continente ha habido un exceso de consignaciones para Gran Bretaña. Enormes cantidades abandonan el país, y arriba de medio millón de cuartos de carne congelada y chilled fueron embarcados durante la última semana. Sin embargo, todo el «chilled» se envía a Inglaterra y casi el doble de la cantidad de la congelada fué para los mercados continentales. Por esto parecería que hay alguna gran restricción en la oferta de ganado o que los fondos públicos del país están disminuyendo.

Es, no obstante, agradable anunciar que el gobierno ordenará el levantamiento de otro censo. Todos esperamos que sea hecho de una manera más eficaz que las veces anteriores.

Los precios por novillos gordos son por el momento no menores de $ 33.60 en los mercados de Mataderos, mientras las vacas gordas se pagan a $ 22.40. A despecho de estos tan provechosos precios, existen «fascisti» que gritan continuamente por una ley de precio mínimo.

GUILLERMO ST. J. PETERS.

RECEPTOR PARA ONDAS CORTAS

El receptor cuya descripción va a continuación es el empleado por la estación U1ANA de los Estados Unidos durante las experiencias transatlánticas y que permitió obtener a su poseedor el Gran Premio instituído por la asociación organizadora de los concursos.

En todos los receptores para ondas cortas el punto más importante es reducir las pérdidas. No pueden existir circuitos eléctricos sin resistencia y la energía eléctrica empleada en vencer la resistencia, es energía perdida. Se deduce fácilmente que para reducir las pérdidas es necesario reducir las resistencias.

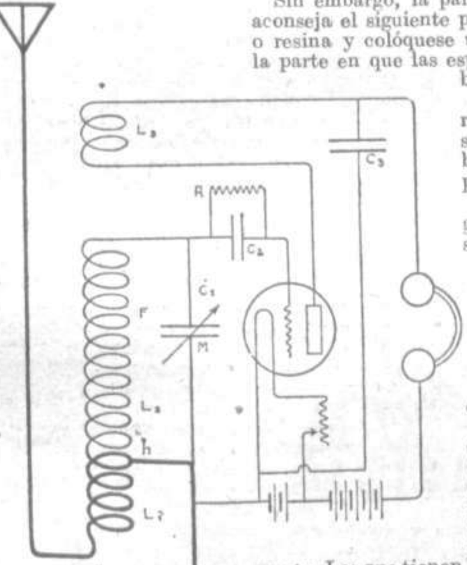
Por otra parte, la resistencia de los conductores cuando son recorridos por corriente continua o alterna de baja frecuencia, es muy diferente a la resistencia de los mismos, recorridos por corriente alterna de alta frecuencia.

Debido a la enorme rapidez con que la corriente cambia de sentido, ésta no tiene tiempo para circular por el interior del conductor y lo hace por su superficie. La sección útil del conductor queda considerablemente reducida y la resistencia resulta mayor.

Por otra parte, no es difícil comprender que si el aumento de resistencia se debe a la rapidez con que la corriente cambia de sentido, esta resistencia será cada vez mayor, a medida que la frecuencia de la corriente aumenta.

La frecuencia de la corriente que corresponde a las ondas entre 220 y 70 metros son respectivamente: 1.363.500 Y 4.285.714 por segundo.

Luego el punto más importante para la construcción de un receptor para ondas cortas, es disminuir en todo lo posible la resistencia de los circuitos. Por esa razón se emplean bobinas de un tipo especial sin soporte, pues la presencia de los tubos de ebonita o de cartón, aumentan la resistencia de éstas. En general se emplean bobinas con alambres gruesos para disminuír la resistencia y al mismo tiempo darle la rigidez necesaria para que se sostengan por sí mismas.



El circuito no difiere de los más conocidos y cuenta con dos bobinas, una de antena-reja y otra de placa o reacción.

Para construír estas bobinas se procede de la siguiente manera:

Sobre el canto de un disco de madera de 5 centímetros de diámetro se colocan 9 clavos a distancias iguales o sea a 80 uno del otro. En esta forma se obtiene una estrella de nueve puntas.

Utilizando alambre de 0.7 milímetros de diámetro, se hace el bobinado haciendo pasar el alambre a un lado o al otro de los clavos alternativamente, en forma que las espiras se crucen en el espacio entre los clavos.

Es un bobinado idéntico al realizado sobre un cartón de Spider Webb. Se bobinan así 15 vueltas y en la espira décima quinta se hace un pequeño ojal retorciendo una porción de alambre y se siguen bobinando 3 vueltas más.

Esta bobina es la de antena-reja y el ojal, que se hace en la espira 15 es para realizar la conexión a tierra e indicada en el esquema con la letra *h*.

Cuando la bobina está terminada es menester retirar el armazón o estrella para disminuír la resistencia de la bobina como se dijo más arriba, pero antes debe hallarse un medio para que la bobina no se deshaga.

La forma más práctica para obtener este resultado, consiste en sumergirla en un baño de parafina fundida, pero se obtiene entonces un aumento muy grande de la capacidad propia de la bobina que reduce el rendimiento. Debe emplearse un sistema que sin aumentar la capacidad de la bobina permita obtener una aislación perfecta. Por otra parte, el lugar donde es menester que la aislación sea máxima es precisamente en el punto en que las espiras se cruzan.

Una buena solución consistiría en pintar esos puntos con parafina fundida, la cual al mismo tiempo que da rigidez a la bobina penetra en los intersticios que hay entre los alambres y los aisla perfectamente.

Sin embargo, la parafina no es recomendable y se aconseja el siguiente procedimiento. Pulverícese lacre o resina y colóquese una cantidad de este polvo en la parte en que las espiras se cruzan manteniendo la bobina en posición horizontal.

Se le aproxima entonces un hierro caliente y sin tocar el polvo, se hace fundir éste, dando a la bobina una rigidez mayor que la parafina.

Cuando no se corre más el riesgo de que las espiras se muevan, se desarma la estrella retirando con precaución los clavos y el disco de madera.

La bobina L3 es la que permite obtener la reacción y se bobina en la misma forma y con el mismo alambre, pero aumentando el número de espiras a 20.

El condensador variable C1 es el que permite sintonizar la onda que se desea escuchar y debe ser de muy buena construcción, pues puede ser la causa de un pobre resultado. Adquiérase uno cuyos cabezales sean de ebonita y no de pasta. Los que tienen los cabezales de metal con un buje de ebonita no son convenientes, pues la aislación puede ser defectuosa. La capacidad de este condensador debe ser de 0.0005 microfararad o sea de 23 chapas. Las letras F y M indican respectivamente la armadura fija y móvil.

Las dos bobinas se colocan paralelas una al lado de la otra y perpendicularmente al tablero de ebonita. La bobina de antena-reja se dejará fija y la reacción se montará sobre una varilla de madera con dos ejes en las extremidades para que pueda girar.

Como la sintonización es bastante crítica, se aconseja el empleo de vernier, siendo el más práctico el constituído por una ruedita de goma que apoya sobre el canto del «dial» y accionado por medio de una perilla pequeña. Si fuera posible substituir esta perilla por otra de mayor diámetro, la sintonización será mucho más fácil.

Los condensadores C2 y C3, de reja y de placa, son de una capacidad de 0.0002 y 0.001 microfarad respectivamente, aconsejándose los que tienen mica como aislador. La resistencia de reja R será de un valor que oscilará entre 1 y 2 megohms.

Puede emplearse cualquier audión apto para funcionar como detector y las baterías A y B tendrán las tensiones necesarias y que indique el prospecto que acompaña la lámpara.

Si no se consigue la reacción desde el primer momento, inviértanse las conexiones de la bobina L3 que deben estar al revés.

Si la intensidad con que se reciben las señales es débil, se puede conectar uno o dos amplificadores de baja frecuencia en el lugar del casco telefónico.

De Tucumán

Concurrentes al baile organizado por el Centro Social de S. M. festejando el 180.° aniversario de la Jura de la Independencia.

Núcleo de niños que integran la Comisión Infantil que tuvo a su cargo la inauguración de la Copa de Leche en la Escuela Vicente López y Planes.





FANTASÍAS QUE ATRAEN POR SU BELLEZA, A PRECIOS POR DEMAS REBAJADOS

PULSERA de plata platinada, con símilis y zafiros; muy delicada y elegante, rebajada, a .... $ **57.90**

PRENDEDOR de plata platinada con marquesí y piedras color al centro. Muy fino y elegante, rebajado, a .... $ **12.90**

OBSEQUIAMOS a todo comprador con nuestras notables CAJITAS de la SUERTE. Ellas contienen sorpresas de positivo valor.

Hermoso **COLLAR** de perlas macizas, oriente perfecto, con precioso cierre de fantasía fina, a $ **15.90**

AROS de plata platin. y ganchos de oro, con perlas macizas y símilis de muy buena calidad, una atrayente y delicada fantasía de nuestra creación, a pesos . **35.—**

AROS de plata platinada, con filigrana y perlas, macizas, rebajados a.... $ **5.90**

AROS de plata platinada, con marquesí y piedras de color al centro, muy finos y atrayentes, rebajados a $ **12.90**

AROS de plata platinada, con marquesí y ganchos de oro 18 kilates, muy elegantes, como propaganda, únicamente, a pesos **19.90**

JOYERIA FANTASIAS Y BAZAR

CASA YCARDO

FLORIDA 270

CANGALLO 717-725 — ROSARIO SAN MARTIN 829

Willard Radio

BATERIAS "A" PARA FILAMENTO Y "B" PARA TENSION DE PLACA

Las baterias WILLARD Radio "A" y "B" están aisladas con los indestructibles e inalterables SEPARADORES DE CAUCHO ENTRETEJIDO PATENTE WILLARD. Son EXTRA SECAS cargadas y la costosa operación de la primera carga se reemplaza simplemente llenándola con electrólito media hora antes de usarse.

LISTA DE PRECIOS

Partida N.º	TIPO	VOLTS	Amperes. Horas	Prec'o c/u. $ c/l.	Extra p. Electrólito sin envase
2785	FR-130	2	80	27.—	1.90
2799	FR-89	4	40	41.35	2.20
2795	FR-110	4	80	53.90	2.70
2739	FR-1	6	40	59.—	2.50
2741	FR-3	6	80	77.10	2.90
2743	FR-4	6	110	97.90	3.40
2728	CSR-124	24	2.5	34.—	1.—
2690	CBR-124	24	4.5	43.—	1.50

Soli:iten la lista especial con instrucciones. | Cargas sucesivas, precio único, $ 3 c/l. Retiro y entrega a domc., $ 1 c/l.



El doctor Olmedo Cortés, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por un núcleo de correligionarios políticos en el Cine Unión.





TUNUYAN — La señora Blanca de Silva, directora de la escuela Vicente López, rodeada por los alumnos de ese establecimiento, después de la hermosa fiesta patriótica realizada el día patrio.

Necrología


Señorita Matilde Scarlato. — Capital.


Señorita Amalia García. — Capital.


Señora Luisa L. de Vázquez. — Cosquín.


Señor Regino Ipar. — Melo.


Señor Vicente Manera. — Capital.


Señor Domingo Otero. — Rosario.


Señora María de Ferrán de Rissotto.


Señor Juan R. González Moreu. — Capital.

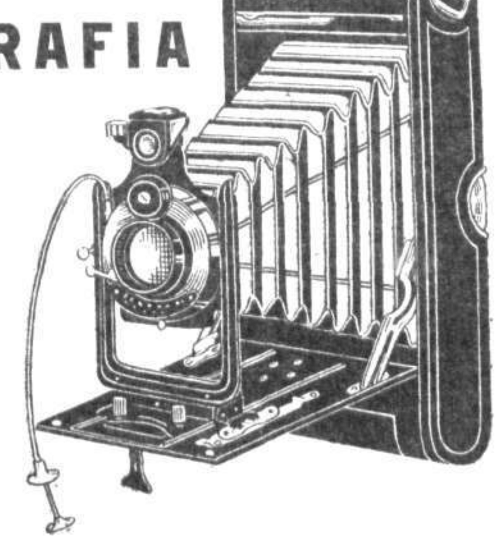

Señor Aquiles Obiglio. — Capital.


Señor Jacinto Montenegro. — Moquehua.


Señor Carlos Aurteneche. — C. de las Flores.

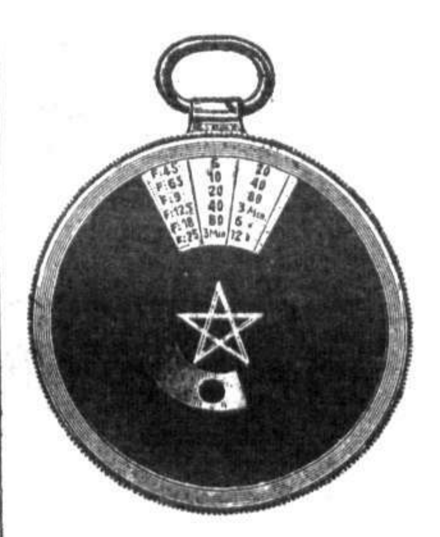

Señor Alfredo L. Gutiérrez. — Lomas de Zamora.

APARATOS y ARTICULOS para FOTOGRAFIA



CAMARA HALLON ICA

Acreditada cámara para películas, formato tarjeta postal 8 x 14 ctms. de poco peso y con todas las innovaciones más prácticas, $ **90.-**



FOTOMETRO ICA DIAPHOT

Determina el tiempo de exposición asegurando el éxito del aficionado. Con instrucciones .... $ **5.-**

ANTEOJOS y LENTES



PARA CUALQUIER DEFECTO DE LA VISTA

EXACTAMENTE LOS QUE SU MEDICO RECETA

Primer Instituto Optico Oculístico



Cabildo 1916, Belgrano - Alm. Brown 1067, Boca - Rivadavia 6879, Flores.
ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - SANTA FE - LA PLATA - MAR DEL PLATA

"Caras y Caretas" en jira por la República

Hay algo que tenga mejor sabor que los frutos de las tierras prodigiosas? El viajero de nuestro suelo halla emoción y dulzura en esas varias ofrendas que le brinda la criolla naturaleza en múltiples formas. En esta Córdoba de los muros impregnados con la severa pátina de una gran leyenda; en esta Córdoba intelectual que sacudió muy de prisa la modorra del empaque secular, el pueblo conserva sus aristas pintorescas que le acercan al pasado, aun en plena marcha hacia portentoso y riente porvenir.

Las mañanas resplandecen como brochazos de Sorolla, y parecen derramar toda la ebriedad de su luz sobre el bullicio popular que alza su rumor en en la gran plaza del mercado. Todas son voces y dicharachos. Gracias y ocurrencias. Llamados al bolsillo del forastero, aldabonazos hábilmente dados a la codicia de las gentes, incitaciones a los apetitos.

Quién habla gritando de sus divinos melocotones, de sus tiernas peras, más acuosas y almibaradas que un manantial de mieles frescas. Cuál, grita endemoniadas sílabas que parecen remedar un llamado, pero que al fin, tras mucho detenerse, vamos cayendo en la cosa: es la obesa serrana que trajo a las cuatro de la madrugada, los más ricos melones, los enormes melones que luego por las tierras rioplatenses, envueltos en sedoso papel, adquieren ciudadanía californiana o valenciana para valer quinientos por ciento más. Y la serrana, que no se inquieta por ulteriores negocios, llénaos los oídos con sus bocanadas de letras desarmadas, desarticuladas, sin conjunción: ahí tiene, abiertas como carne de humanas vírgenes, media docena de grandes sandías cuya rosada felpa incita a los besos y hace temblar los labios que mil veces han bebido en esas mismas carnes el consuelo y la hartura tras largas penurias de sed.



¡Berros frescos de la sierra, niño!

La vieja vendedora de "ocater" haciendo la limpieza de sus artículos en las aguas del matadero, antes de salir al barrio de la ranchada.

¡Fruta rica y gorda para el camino!

Contrastando con la riqueza de color que surge del montón de melones y sandías, cruza por ahí mismo, a paso chasqueante el asno de las *achuras* con sus cestos repletos de tripa, de menudos, de piltrafas recientes que van a saciar a los pobres, y no pocas veces, en un bien dispuesto asador, se convierten en el manjar típico que gusta con deleite el forastero, y aun adorna substanciosamente la abundancia de un festín. Al verlo pasar, al asno con un muchacho al lomo, tardo y sereno en derechura a las callejuelas del suburbio, despiértase la guía criolla que suele retozar tan hábilmente en torno del churrasco y del asador tradicional.

Allí mismo llena el oído la vieja «freidora» que no para

Los vendedores del pueblo cordobés. La fruta del camino.



de echar *fritos* al perol, ni de venderlos; es la figura más concéntrica del ambiente, la señora de la romería, la celebridad sobre la cual discurren todas las miradas, acuden los apetitos, y convergen los comentarios. Junto a ella, y celosamente colocadas detrás de montoncitos verdes, frescos aun como el chorro de las vertientes, las «yuyeras» vocean sus berros, los divinos poleos, el tomillo serrano capaz de todos los bienes, la olorosa yerbabuena, prodigio de renovación; los maduros mistoles que gustan a la menuda gente, y cien raíces y tallos brindados por la montaña o los recovecos del valle a la devoción y a la ansiedad popular.

Una hora después, alejada la visión, de esta multicolor escena, muerto para nuestros oídos el rumor de la bulliciosa feria; aunque no sea difícil que conservéis en el ánimo un poquito de gusto por pensar y repensar en alguna criolla bonita y ágil que os haya mirado demasiadamente bien; y cuando el único ruido que turba las cavilaciones no es otro que el tamborileo del riel sobre el cual rodáis locamente, cesa la marcha, ríe un diverso panorama, viene hasta el compartimento un rumor de otras voces, y asoma el brazo torneado, recio, moreno, de una mujer que chilla: *¡Fruta, señor, un peso, fruta, con canastillo y todo, fruta!*

Detrás de la primera se abalanzan cuatro, diez, quince. Viejas y jamonas, adolescentes y niñas. Casi todas del moreno color de la tierra. Sonrientes y parlanchinas, enseñando un rosario de dientes que dan ganas de bendecirlas, y ostentando unas matas de pelo en anchas y luengas trenzas, que brillan a la manera de labrados aditamentos puestos en sus cabezas por algún mago artífice que haya sido capaz de donar el ébano hasta convertirlo en hermosas fibras.

Mientras oía ofrecer sus mercancías a estas inquietas vendedoras del camino, entré mi alma muy por los vericuetos de esos ojos abismales buscando expresiones. ¿Qué dicen los negros ojos de las criollas?... ¿Qué ambula en su mirada como una inquietud implacable?

Francamente, son almas de enigma. Hay en ellas una travesura ingénita que nace en la palabra sin ofender, pero se hiende muy hacia la médula. Pasan como aves de color obscuro que sólo llevan la vida en los ojos y en los labios. Quizás, llegando a conocerlas demasiado, tengan como el rosal, un reguero de espinas.

Ellas no podrán nunca meditar cuántas ideas inspira su garbo en unas, la parsimonia en otras, ante las cavilaciones del viajero. Para ellas éste solo es un nuevo comprador.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

En la plaza del mercado, la popular "yuyera."

Aunque "yego" a poco menos de cien años, entoavía voy "yevando" trapitos a los "marchantes" pobres.

El típico "chico" que vende facturas.

RESISTENCIA (Chaco). — Núcleo de distinguidas señoritas que concurrieron a la recepción oficial realizada en los salones de la Gobernación, el día del aniversario patrio.

Señoras de Centeno, Taboada, Richemont y Outes, durante el lunch servido en la fiesta antedicha, la que alcanzó brillantes contornos.

Para afeitarse con sencillez y comodidad.







SonRosas

devuelve las rosas a las mejillas.

Es un color natural e inofensivo al cutis más delicado; frasco $ 4.60 m/n.

Pida el folletito gratis "Para la Belleza de la Mujer"; éste explica cómo todas las damas pueden mantener su belleza.

Cía. "SANDEN" SECCION BELLEZA

C. Pellegrini, 105 Buenos Aires.

Esta sección es atendida por Señoras.





CASTEX (Pampa). — El cónsul español en Bahía Blanca, señor David Carreño, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado durante su jira por esta localidad.

MEDITACIÓN SOBRE LA MUERTE

Nos rodea en el vacío y silencioso espacio la sombra de los misterios. Pero bendigámosla, porque no veríamos sin ella las luminosas ideas, como sin la noche no veríamos los astros innumerables. Quien trate de conocer el misterio por la razón pura, y no por la fe religiosa, parécese a quien quisiera conocer las estrellas por el tacto y no por la vista. Del sepulcro no volverá nadie jamás, pero en el sepulcro se avivan las esperanzas en nuestra segura inmortalidad. Somos los hombres como los árboles, que por sus raíces absorben el estiércol de la tierra y por sus hojas el éter de los cielos. El ataúd que mirado desde nuestra vida terrena hiede, pues únicamente guarda podre y gusanos, mirado desde la eterna vida futura, es como cuna henchida de flores y rodeada de ángeles. Por eso asisto yo a los entierros con esperanza, y a las bodas con tristeza, porque si el amor engendra siempre mortales, engendra la muerte siempre inmortales. Y los más dignos de la inmortalidad bienaventurada, los predilectos del Eterno son los mártires. Así los que hoy conmemoramos nuestros marinos, en el misterio sepultados y del tiempo desaparecidos, deben desde la eternidad bendecirnos, ya que han entrado en el seno de Dios, y a Dios pedirle que nos mande la concordia entre todos los españoles, y la paz pronta para nuestra patria que lleva en sus sienes una corona compuesta con almas de mártires. — EMILIO CASTELAR.



Desde el principio hasta el fin la hoja permanece en la navaja.

Venta en Armerías y casas afines.

Si su proveedor no la tiene pídala a sus

Agentes: MAYON Ltda. — Avenida de Mayo, 1257. — Buenos Aires.

EL VALOR DE UN EMPLEADO se aprecia por su buena preparacion

Cuantos más conocimientos posea un empleado, mayor será su bienestar. A él le darán su preferencia los gerentes de las grandes casas. Para él no existirán escollos en su carrera comercial. Considere usted lo que significa para su progreso y bienestar la adquisición de una mayor capacidad productiva por medio del estudio cómodo y fácil, en su propio domicilio, durante sus horas libres.

Alístese hoy mismo en el ejército de los triunfadores. Estudie uno de nuestros cursos por correspondencia. Después nos lo agradecerá.

Mándenos el cupón de este aviso y recibirá amplios detalles del curso que desee estudiar.



Reconocidas por las grandes Empresas Industriales y Comerciales del país y del mundo entero.

Algunos de los 80 cursos que enseñamos por correspondencia:

COMERCIO Y PROPAGANDA: Director-Gerente Comercial, Secretario Comercial, Perito en Publicidad, Corresponsal Comercial, Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Mecano-Taquígrafo, Viajante de Comercio. — **VAPOR Y ELECTRICIDAD:** Jefe de Centrales Eléctricas, Maquinista de Instalaciones de Vapor, Maquinista Ferroviario, Perito Electricista, Perito en Alumbrado y Tracción Eléctricas — **MATEMATICAS Y DIBUJO:** Matemáticas, Matemáticas y Dibujo Lineal, Dibujo Geométrico, Delineante de Taller Mecánico, Construcción y dibujo de Máquinas. — **INGENIERIA CIVIL:** Ingeniero de Ferrocarriles, Perito Constructor de Carreteras y Vías Férreas, Topógrafo. — **MECANICA:** Ingeniero Mecánico, Perito Mecánico, Maquinista Montador, Contramaestre de Talleres Mecánicos, Conductor de Automóviles. — **IDIOMAS:** Inglés y Francés.

ESCUELAS INTERNACIONALES
(International Correspondence Schools)
Av. de Mayo, 1396. Buenos Aires.
Scranton-Nueva York-Paris-Londres-Madrid-Habana

Nombre..

Dirección..

Localidad y F. C...

Interesado por el curso..

C. y C. 4300.



GENERAL PICO, F. C. O. (Pampa). — Núcleo de señoritas y caballeros de nuestra sociedad concurrentes al te danzante ofrecido por los esposos Bertalina-Chenicelli.

LAS MUSAS, EL AMOR Y LOS BOTINES NUEVOS



ESTAMOS en Tucumán, «jardín» de la República, cuna de la libertad y tumba de los tiranos», como canta en viriles estrofas la musa heroica de Florindo Robledal, gran periodista y poeta varias veces laureado en Juegos Florales realizados en poblacionse tan importantes como Lules y San Pedro de Colalao. Florindo Robledal ama la tierra nativa con exaltación de verdadero poeta, y a cantar su gloriosa tradición dedica los mejores acordes de su lira, que él asegura solemnemente que es de bronce, para dar idea de su reciedumbre. Si alguien con verdadero espíritu de sacrificio se dispusiera a leer sus composiciones poéticas, se imaginaría en seguida a nuestro bardo como un hombre alto, de recia musculatura y retadores y fieros mostachos. La misma impresión recibiría si escuchara, sin verle, sus fuertes pisadas y su voz gruesa y potente, que llega hasta hacerse casi cavernosa cuando él se cuelga el aparato del teléfono, produciendo entonces la sensación de que quiere asustar al que habla del otro extremo del cable.

Sin embargo, ¡oh eterna mentira de la poesía y de las apariencias! Florindo Robledal es un jovencito imberbe, de rostro enfermizo y que no levanta del suelo mucho más que un muchacho en edad escolar. De su menguada humanidad hace constante mofa Eduardo Martínez, jefe de redacción de «El Heraldo» y de cuyo diario, ¡ironía de la suerte!, el poeta viril de la lira de bronce es cronista de «Sociales».

Martínez, de origen español, calvo y apoplético, traduce su bilis y constante dispepsia con chistes nada inocentes y más o menos de buena ley, notándose en él ese empeño de resultar alegre y decidor, que se advierte en los hombres maduros de espíritu que han vivido y sufrido mucho.

— Amigo Robledal: — dijo un día Martínez, con aire inocente — usted debe ir silbando cuando va a cruzar las calles.

— ¿Por qué? — interrogó el poeta, sin comprender.

— Pues porque si no va silbando, los «chauffeurs» no le ven y corre el riesgo de morir aplastado por un «auto».

El bardo usa unas camisas de amplios puños que le cubren, poco menos que por completo, las manos. y cierto día que la redacción casi en pleno de «El Heraldo» marchaba por la calle, le dijo el tal Martínez, tomándole del brazo:

— Dispénseme que le sujete del brazo, amigo mio, pero temo que se nos escape por los puños de la camisa.

Los compañeros ríen estas bromas y el poeta no demuestra enojarse por ellas, quizá porque ya está acostumbrado o porque, como él asegura muy serio, un hombre superior no puede molestarse por semejantes menudencias.

De su actuación periodística se cuentan también sabrosas anécdotas del tenor de la siguiente:

Una vez fué comisionado para concurrir a cierta ceremonia que se realizaba en la Casa de Gobierno. Al hacer luego la crónica pertinente, el gran periodista no encontró otra forma más apropiada para dar idea de la enorme concurrencia que había asistido al acto, que la de decir que la Casa de Gobierno parecía un Arca de Noé. La feliz comparación fué muy celebrada entre los compañeros y el chusco Martínez, que la tenía con el pobre vate, aseguró que lo del arca se explicaba por encontrarse entre los asistentes a la mentada ceremonia un tío y un primo de Robledal, que se dedican a la industria de la política. Hecha la presentación de práctica, busquemos ahora a nuestro héroe para convivir con él algunos momentos, que siempre es grato e instructivo conocer de cerca a los grandes hombres. Es sábado y hace ya un buen rato que se ha encendido el alumbrado municipal. Se siente gritar el diario en que Robledal trabaja. Inútil irle a buscar a la redacción, de donde ha de hacer un par de horas que saliera despidiéndose hasta el lunes próximo, pues el gran «rotativo», como la mayoría de sus colegas de provincias, es amante de santificar los domingos y demás fiestas de guardar. En la plaza Independencia, del lado de la calle Laprida, numerosas jóvenes van y vienen de un extremo a otro, alegres y bulliciosas, más atentas a las miradas de los galanes que a las marchas que toca la banda, y en tanto que el divino florecer de los naranjos puebla el ambiente de perfume nupcial.

Pero el poeta no ha venido hoy a exhibir su melena y monumental sombrero en la retreta; tampoco se le encuentra en el café «España», ni en el que está del otro lado de la plaza, el «Tokio», cuyo edificio se levanta en lugar donde antes existiera la casa que viera nacer al gran Alberdi. Y es realmente extraño. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia por no ir silbando al cruzar las calles, como le recomienda el chusco Martínez?... Pero, no; aquí llega. Viene de compras, a juzgar por el paquete que porta bajo el brazo. En una de las tiendas más renombradas de la ciudad se ha mercado un par de corbatas y unos botines de charol, de caña de gamuza, y con los cuales piensa realizar prodigiosas filigranas esta noche en el baile organizado por la sociedad recreativa «Arte y Tradición». Podría, en su carácter de cronista de «Sociales», concurrir a reuniones de más fuste; prefiere, sin embargo, como ama las cosas de la tierra, asistir donde se bailan malambos, zambas y chacareras.

Toma por la calle 9 de Julio, dobla en seguida por la de San Lorenzo, y al llegar a la media cuadra, saluda ceremonioso a cierta dama de calidad que apoya su busto señoril sobre el barandal del balcón. Ella no le devuelve el saludo, pero se pecaría

de ligeros si se la censurara por eso, porque así cumple admirablemente su misión de representar el amor imposible que debe tener todo poeta que se estime; aunque pulse una lira de bronce, como Florindo Robledal, pues hasta los épicos bardos que cantaron los fastos gloriosos de los tiempos heroicos tuvieron también su amor inaccesible para escribir de vez en vez lamentos elegíacos dedicados «A ella...»

Dobla de nuevo por la «Buenos Aires». Ya llegan hasta él muy apagados los rumores de la batería municipal que escandaliza en la plaza. Entra en el barrio popular que se extiende ante la estación del Ferrocaril Provincial, lleno de pequeños negocios de turcos. El barrio, recogido y tranquilo, parece dormir ya cunado por la inefable serenidad que desciende del estrellado cielo y que sólo interrumpe, agudo y lejano, el grito pertinaz del cocuyo...

Comienza la transcendental tarea de acicalarse y engalanarse. Cambia de traje, se calza los botines nuevos, pásase media hora al espejo haciéndose la corbata y atusándose la recia melena. Obvio es decir que ha revuelto todo el ropero, que ha llenado todos los rincones de la habitación de ropa sucia y que ha disputado con la hermana porque no le tiene las cosas en su debido sitio. La emprende luego con la «vieja» porque todavía no tiene la cena lista, y después de cumplir con esta prosaica pero importante tarea, se lanza de nuevo a la calle, golpeando más fuerte que nunca las baldosas de la acera.

Y llega por fin al salón de la sociedad recreativa «Arte y Tradición». Continúan llegando las «chinitas» del servicio doméstico y algunas de las hijas de los pequeños negociantes del barrio, acompañadas de las mamás. Florindo Robledal busca entre los concurrentes a la que ha de ser su compañera de baile. Como ella no ha llegado todavía, entretiénese en charlar con unos amigos.

Se inicia el baile con un «shimmy», sin duda para demostrar que no se desdeña del todo la moda, ni se hace alarde de exagerado y exclusivista nacionalismo. La orquesta está formada por un quinteto de diversas edades y cataduras: en tanto que el violinista es hombre como de treinta años, flaco, pálido de ojos tiernos y oblicuos, fino bigote de largas guías y abundante melena de virtuoso, el que toca la flauta es gordo, barbilindo y colorado como un langostino, recordando cuando sopla en su instrumento a esos chicos que en las ilustraciones de los libros infantiles aparecen hinchando pompas de jabón. Robledal arremete con el «shimmy» y transige con algunas piezas más que traducen el espíritu de los negros norteamericanos o la tristeza sensual y canalla del arrabal porteño. Empero, cuando llega su esperada compañera, pide con ronca voz de hombre grande que la orquesta toque cosas de la tierra.

Y se inicia el zapateado, llegando a adquirir contornos de un verdadero torneo. El poeta baila grave, litúrgico, como si estuviera cumpliendo un sagrado rito. Todo su talento poético parece concentrarse en los elegantes botines de charol, con caña de gamuza, los cuales realizan verdaderas maravillas, describiendo prodigiosas filigranas en el suelo... Su compañera no se muestra menos artista que él. Se recoge donosamente la falda, permanece algunos segundos golpeando una misma baldosa, como si tuviera empeño en castigarla; describe luego un semicírculo al cambiar de lugar y se aleja y se acerca a su compañero ondeando infantilmente el pañuelo blanco, como si estuviera en el corral espantando a las gallinas...

Termina una pieza y sigue otra. Se intercala algún tango o «fox-trot» entre las preciosas, simples e ingenuas danzas de la región norteña y que son las que más entusiasmo despiertan en los bailarines, especialmente en Robledal y Celedonia, su pareja. Celedonia es también un producto de la tierra, quizá más auténtico que las chirimoyas. Es pequeña y melindrosa, con la boca en forma de hociquito pulposo y exangüe. El ajetreo de las danzas pone encendidas rosas en su rostro color aceituna y extraño brillo en sus ojos negros, de mirar candoroso y tímido, ese mirar que no abandona nunca a las ingenuas «chinitas», por más que hayan pasado por una larga historia de quebrantos sentimentales. Robledal ha conocido a Celedonia el sábado anterior en las romerías criollas de la avenida Mate de Luna, donde bailaron toda la noche juntos.

— Me tienes que decir que me quieres — suplica el vate en un intervalo. — ¿Por qué bajas la vista y no me contestas?

— ¡Ay, no! — responde ella al fin. — Usted no me quiere a mí.

— Pero yo te digo que sí y no tienes por qué dudar de mi palabra.

— Es que «ió» le «desconfio», don Florindo. La Eleuteria me «hai» dicho que usted anda «gateando» a una niña de «la» San Lorenzo.

Robledal hace un gesto de extrañeza al saber descubierta su secreta y platónica adoración por el inaccesible ideal materializado en aquella hija feliz de un afortunado dueño de un gran ingenio... de azúcar. Se rehace en seguida, y tracionando el amor ideal y divino por el plebeyo y profano de una «chinita» vulgar, asegura muy serio que él no anda «gateando» a ninguna niña de la calle San Lorenzo y que, si pasa por allí casi todos los días, es porque la tal calle es camino obligado para su casa.

A media noche, el baile está en todo su apogeo. Por las ventanas abiertas, gente de la calle contempla la reunión y hace comentarios sobre los bailarines, lo mismo que las mamás y las poco afortunadas que no encuentran quienes les saque a bailar. Robledal no se cansa de pedir zambas y malambos, y todas las parejas se afanan por destacarse, por hacerlo mejor que nadie, como si en realidad se tratara de un verdadero torneo. Pero la mayoría de los sufragios están en favor del gran poeta Florindo Robledal y su gentil compañera...

Llegan las dos, las dos y media de la mañana. Decae el entusiasmo, como es natural que suceda, pues sólo la bondad de los cielos y la credulidad de las gentes es infinita y eterna. Comienzan a retirarse los concurrentes. Robledal y Celedonia continúan danzando todavía, pero, al notar que se han quedado sin público y casi sin competidores, cesan de bailar con la satisfacción de quienes han cumplido con una misión meritoria y transcendental. En los patios de la finca se ha establecido un modesto bufet y allí se dirigen para tomar un pequeño refrigerio.

— ¡Qué bien baila usté! — exclama Celedonia arremetiendo contra la montaña de emparedados y masitas. — La gente nos ha estado mirando.

— Es cierto; pero no nos miraba porque yo bailé bien, si no porque he tenido una linda compañera.

— Usted siempre lo mismo, como si «ió» le creyera. ¡No soy de Lules!

— Al contrario, pecarías realmente de tonta si no me creyeras.

Continúan las protestas de Robledal, asegurando que su amor es sincero, hasta que se levantan para dirigirse a casa. Entonces nota él que, al enfriársele los pies, los elegantes botines de caña de gamuza le aprietan tenazmente. Hace un gesto de disgusto; confía, no obstante, en que el dolor será pasajero, y se ponen en marcha. Emprenden el regreso por 24 de Septiembre, dejando a sus espaldas, solitaria y sombría, la estación del Central

Córdoba. Doblan luego a la derecha; pasan delante del teatro Alberdi y siguen por la misma calle, penumbrosa y solitaria. De las casas en silencio salen perfumes de jazmín y madreselva y, en dulce desmayo de azahares, los naranjos de la calle saludan al amor que pasa...

El poeta ha tomado del brazo a su gentil compañera y se afana en decirla mil palabras tiernas. Pero los botines persisten, traidores y desconsiderados, en lastimarle cruelmente los pies, los cuales parecen empeñados en buscar las baldosas más desiguales de la acera. El suplicio hácese cada vez más horrendo, pues al agudo dolor se agrega la depresión moral que comienza a invadir el alma delicada y soñadora del desventurado poeta, al saberse deprimido y humillado por un accidente tan prosaico.

— ¿Así que mañana hacemos juntos un paseíto al Aconquija? Verá cómo nos vamos a divertir. Tomaremos el tranvía rural a las...

(¡Maldición de aceras mal arregladas, llenas de baches y con baldosas y ladrillos que parecen puestos de punta! ¿Qué hace el intendente municipal? Escribiré contra él un artículo furibundo en cuanto llegue el lunes al diario, aunque la vialidad no es asunto de su especial incumbencia.)

— Bueno, si no te gusta el paseo al Aconquija, iremos a otra parte. ¿Qué?... Sí, se buenita conmigo que te quiero tanto...

Sácase el sombrero para hacerse aire. Comprende que ella cede, que es el momento propicio para mostrarse decidido y audaz, pero siente el ridículo de semejante situación grotesca y resultan vanos todos los esfuerzos que realiza por mantenerse a tono. ¡A qué angustiosos extremos llevan a los hombres, en transcendentales ocasiones, detalles tan ínfimos y prosaicos! Terrible indignación embarga todo su ser y extraño sudor frío comienza a inundar su rostro más pálido que nunca. De buena gana se sacaría estos botines, convertidos en aparatos de tortura, y los tiraría en medio del arroyo. No parece sino que situación tan afrentosa fuera provocada por el grotesco prosaísmo de la vida para vengarse de las efusiones líricas de su alma amante de todas las excelsitudes.



— Sí, tonta... Ya verás cuánto nos vamos a querer—murmura estrechando a Celedonia contra su pecho y procurando sobreponerse a su propio dolor. Mas harto poco dura este nuevo alarde de galantes prestancias, pues desaparece al dar el pobre Robledal un tremendo tropezón, acompañado de largo y profundo gemido.

— ¿Qué?... ¿Se ha lastimado?—interroga afectuosa Celedonia.

— No, es que...

¿Cómo explicarse? ¿Cómo decirle que le aprietan horriblemente los malditos botines? Semejante confesión, hecha por un poeta a una dama, se le antoja indelicada, grotesca, más deprimente que si se tratara de una enfermedad vergonzosa o de un delito nefando.

— Está muy pálido — comenta ella sin saber qué hacer ante el silencio doloroso y sombrío que guarda su acompañante.

— Perdóname, Celedonia, pero no puedo seguir. Creo que me he dislocado el pie—termina él por confesar con infinita amargura.

— ¿Le duele mucho? Ya no quedan más que cinco cuadras.

— ¿Y qué quiere? No voy a terminar de estropearme el pie por acompañarla — estalla al fin en un arranque de mal contenida indignación contra todo y contra él mismo, dando un sesgo inesperado a la situación. Ella le mira extrañada, sin comprender la razón de tan brusco cambio, tan lógico en el estado desesperante en que el gran poeta se encuentra. El hombre está deprimido, maltrecho, dominado, al comprobar lo inútil de su empeño, por ese obscuro sentimiento de protesta y rebelión que nace de nuestra humillación, de nuestra impotencia. De buena gana se tiraría de los pelos, se cortaría los pies o tomaría los botines y los haría pedazos. ¿Quién no ha sentido alguna vez, al darse un golpe o al romperse estúpidamente un traje nuevo, irascible y ciego impulso de golpearse más fuerte y hacerse el roto más grande? Es la indignación que nos producen nuestras propias torpezas; las protesta que en nosotros levanta las malas pasadas que nos juega el destino y que, en las almas vencidas, hace que experimenten extraño placer masoquista en hundirse más en el fango.

— ¿Qué espera todavía? — interroga cada vez más indignado, viendo que ella no se mueve.

— ¡Tanto decirme que me quería y ahora me trata así! ¿Tengo «yo» la culpa, po? — protesta Celedonia, y se marcha rezongando y diciendo que no le ha de mirar más a la cara.

Florindo Robledal procura en seguida libertar los pies del inquisitorial tormento y, después de dar un profundo suspiro de alivio, contempla un momento la silueta de Celedonia, que se aleja y no tarda en desaparecer entre las sombras de los edificios y los árboles de la calle. Comprende ahora que ha estado mal; que un poeta, bajo ninguna circunstancia, debe llegar a tratar a una dama en la forma desconsiderada que él lo acaba de hacer. Siente impulso de llamarla, de echar a correr tras ella para justificarse, pero al intentar andar advierte que se ha quedado descalzo y se queda mirando con infinita tristeza los botines que cuelgan de sus manos. ¡Y él que habíase sentido tan orgulloso por su adquisición! ¡Y tan placentero fin que se había prometido de la fiesta! ¿No será una venganza de los justicieros cielos por haber traicionado al amor ideal? ¡Dios misericordioso, todo un gran poeta como él colocado en semejante tranco! ¿Qué diría el chusco Martínez si le viera en este momento, con los elegantes botines, de caña de gamuza, en las manos, y se enterara del grotesco episodio? «Amigo poeta de la lira de bronce—a buen seguro que le diría—bello asunto este para un poema en octavas reales»...

V. SANTOS PEÑAFIEL

DIBUJOS DE BESARES

Comentarios

La iluminación miraban
varios señores formales
más o menos radicales,
y, admirados, la elogiaban.
Y gritó un hipolitista:
—No me llama la atención,
porque esa iluminación
es antipersonalista.

* * *

Conciliador, Molina,
dice de esta manera, a la sordina:
—Evitemos posibles alborotos;
pero oigo un alarmante
ruido de platos rotos.
Aunque eso, en realidad, no es inquietante,
pues hay Loza sobrante.

* * *



—¿Qué has hecho, mentecato,
metiéndote a pintor?
—¿Conque ese es el retrato
del príncipe? ¡Qué horror!
—¡Qué cuadro, Dios bendito!
—Es una atrocidad.
—Más bien es un delito
de lesa majestad.

* * *





Tiene esa dama arrogante
un mirar altivo y fiero
y un bigote semejante
al de un perro ratonero.
Aunque mal genio denote,
el mirar, pase el mirar;
pero el bigote... el bigote
se lo debía afeitar.

* * *



—Sí; se ha casado. ¡Quién lo dijera!
—No lo sabía.
—Se ha jubilado como soltera
a los treinta años de soltería.

Aunque habla sin cansarse
y aturde a los mucamos,
en público no puede
ni abrir la boca Mario.
Su distinguida esposa
le dice:
—Eres un sandio.
Tomar puedes ejemplo
del perro que está abajo:
El perro ladra en público
lo mismo que en privado.

* * *

—Más que manía era un vicio
que me sacaba de quicio.
Crea usted que, sin piedad,
toca el piano con perjuicio
de toda la vecindad.
Por diez años la sufrí,
sin que hubiera para mí
ni alegría ni consuelo.
Y San Pedro dice así:
—Entra. Te has ganado el cielo.

* * *

—Ese es Gallardo.
—¡Qué canciller!
—Debe cansarse.
—Bien puede ser,
dadas las cosas que ha de arreglar,
siempre de prisa,
con su sonrisa
protocolar.

* * *



Fué a las fiestas de frac,
que es de rigor, y clac,
pero al ver que un sirviente
le ofrecía una copa de coñac,
gritó, rabiosamente:
—¡Estamos, por ventura, en un vivac!

* * *

Atrozmente pintada Concepción
se metió entre el gentío ¡desdichada!
y salió despintada
de la aglomeración.
Fué a mirarse al espejo. ¡Qué horrorosa!
Y la pobre mujer
exclamaba furiosa:
—El pueblo no es artista. ¡Qué ha de ser!

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: En la Villa y Corte, por **Arturo Capdevila**. Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** La fiel admiradora, por **Luis Cané**. Maledicencia, por **Jomer B. Villa**. Abanicos japoneses, por **Alberto Franco.** Ríe bien, por **Enrique Richard Lavalle**. El sapo, por **Alberto Casal Castell**. Un espíritu singular, por **Eduardo A. Mallea**. Un hombre honesto, por **Joaquín Méndez Calzada.** Conservatorio «Paradis», por **Gastón H. Lestard**. La ruiseñora, por **A. Risco**. El paraguas astrónomo, por **Manuel García Hernández**. El intruso, por **Ezequiel Ubatuba**. Los vecinos, por **Jan Neruda**. Un casamiento por interés, por **Antonio Paulovich Chejov**. El caballero andante, por **E. Marshall**. Páginas humorísticas de los dibujantes norteamericanos **Herfields** y **Charles Dunn.**